



Desde Toledo a Teruel

Tierras y pueblos del Maestrazgo y Albarracín

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

DESDE TOLEDO A TERUEL

Tierras y pueblos del Maestrazgo y Albaracín

Juan José Fernández Delgado

2024

© 2024, Juan José Fernández Delgado

Fotografía de cubierta: Aljibe de Rodenas (Teruel), © Manuel Matas Velasco

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución y transformación de esta obra, incluido el diseño de la cubierta, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Índice

Índice.....	4
Haciendo camino.....	5
En Teruel, donde el ladrillo, la madera y el yeso se convierten en arte	13
Hasta Villaespesa y la iglesia de El Salvador	35
Más de Teruel.....	39
Por tierras y pueblos del Maestrazgo, “país de guerrilleros”	51
Por el camino	55
Cantavieja, la dama culta del Maestrazgo	61
Mirambel, la villa reglada del Maestrazgo.....	67
En Olocau del Rey, parada y fonda	75
La Iglesuela del Cid, señorío y popularidad.....	79
Por la comarca de Gúdar-Javalambre.....	87
En Rubielos de Mora.....	91
Mora de Rubielos.....	101
Alcalá de la Selva y su amor a la naturaleza	111
Hacia Albarracín con las maletas por delante	117
Por Albarracín, con la agradable incomodidad por compañera.....	121
Por la vera del Guadalaviar en Albarracín	133
Hasta Toledo.....	137
APÉNDICE.....	141
Rodenas o el primor de lo sencillo	143
El castillo de Peracense: fusión de piedra, color y arte	153

Haciendo camino

Aunque el autobús emprendió la ruta desde Toledo con la firme decisión de entrar en Madrid, cuando se le presenta la invitación generosa de la M-50 abandona su primera intención y se monta en el color azul de la dirección al aeropuerto y hacia Zaragoza. Y entre enmarañadas propuestas de destinos ajenos, sin titubeos, elige las vegas del Tajuña y del Henares y encuentra Alcalá de su nombre y los suspiros de Meco; y en los alrededores de Torrejón de Ardoz se imponen aquellos recuerdos estudiantiles con gritos de rabiosa protesta por la presencia de la base yanqui en el corazón de España. Una ancha e inmensa planicie se extiende a la izquierda de la ruta que sólo se detiene, lejana, ante el vigor de una sierra vagarosa y alomada. Y hojas labradas en las que la sementera ha cuajado ya su primer verdor cargado de promesa con los beneficios de la lluvia, y legiones de pinos, y sabinas, y prietos y oscuros encinares... El cielo se mantiene azul inagotable al pasar por Guadalajara, asentada en un pronunciado otero de 708 metros de altura entre la Alcarria y la Comarca del Henares, por donde siguen empecinados en sus pleitos y discusiones los cervantinos “alcaldes de Daganzo”.

Por estos alrededores, en la transición de la Alcarria alcaláína y la de Guadalajara, un indicador señala hacia Santorcaz, y el topónimo me recuerda, al instante, la prisión del cardenal Cisneros, cuando aún no lo era, en las mazmorras de su castillo, conocido como “de Torremocha”. Y dicen documentos antiguos que Cisneros abre la lista de ilustres presidiarios ahí alojados, pero todos ellos deben aguardar a mejor ocasión para ocuparnos de su nombradía; ahora, sólo la ruta permite mencionarlos: el mismo Francisco I, rey de Francia y primo del emperador Carlos I y V; la intrépida princesa de Éboli, don Juan de Luna, don Rodrigo Calderón, el que con tanto orgullo murió en la plaza Mayor de Madrid; el duque de Híjar, el marqués de Ayamonte... Y el rótulo de Guadalajara, aparte de recordarme algunas jarchas mozárabes que incluyen ese topónimo en sus candorosos versos, me trae a la memoria a Espronceda, pues en el convento de los Franciscanos estuvo unos meses exiliado de Madrid como fundador y miembro más joven de la Sociedad secreta “Los Numantinos”, periodo en que escribió las primeras octavas reales de su épico poema *El Pelayo*.

Pronto, la altitud alcarreña es superada por Algora, población que también asoma su nombre en el filo de la ruta, y por estos lares el autobús tiene a bien detener su carrera y tomarse un descanso. Sí, el autobús busca una amplia explanada y la encuentra en los alrededores de Alovera, en la que repostan algunos de sus compañeros, a 51 kilómetros de

Guadalajara y Madrid 111. Por cierto, que Alovera procede de dos étimos germánicos: —Al, que significa en lengua cervantina “todo”, y —Wer, con valor de “verde”. Por tanto, todo verde por estos alrededores. Y por Alcolea del Pinar que, empinada en 1200 metros sobre las sandalias de Castellón, en las estribaciones del puerto de su nombre, curiosea el trajín veloz de los autos, fugaces y alocados, con la esbelta torre de su iglesia dedicada a la advocación de Nuestra Señora del Rosario; y más cerca, casi a la vera de la ruta, se recrea con su admirable y ejemplar Casa de Piedra, construida en el vientre de un enorme bloque de granito por Lino Blanco a principios del siglo XX, inaugurada que fue por el rey Alfonso XIII. Quien desee más información sobre el honrado y ejemplar vecino de Alcolea del Pinar, Lino Blanco, y quiera saber por qué se decidió a construir su propia vivienda en el vientre de la “piedra dura” con sus propias manos, un pico, una escoba de tamujas, un esportillo y una pala, puede acudir a *El Imparcial* del 11 de enero de 1925. Pero ha de saber el inquieto lector que no leerá en esa cita periodística que la susodicha mansión sirvió también de refugio antiaéreo en la guerra civil (1936-1939), ni que su familia agrandó y adecentó la vivienda ni que una de sus nietas la enseña con suma delicadeza al curioso visitante.

Un gran bosque de sabinas se extiende por estos alrededores y aparece el nombre de Maranchón, otro de los pueblos empinados que se cruza en el camino, lindando con los parameros de Molina de Aragón, desde donde ve nacer al río Tajuña. Y repitiendo Maranchón, he tenido la veleidad de preguntarme por el origen de su nombradía, y entre las varias etimologías propuestas, me quedo con la sencilla, que le hace proceder de Mar Ancho, por referencia a una gran laguna sobre cuyo cuenco se asienta el susodicho pueblo —Mar. Y como inundaba una gran extensión de terreno, se le denominó “Ancho”, aumentado por el sufijo —on de Grand—ÓN. Pero sobresale entre las demás esta villa guadalajareña, adscrita al partido judicial de Molina de Aragón y asentada en terreno llano sobre un cerro con nombre de otero, por el hecho de cantar una coplilla que así dice:

“Al salir de Maranchón
dicen los maranchonenses:
¡Adiós, Virgen de los Olmos,
Que me voy por nueve meses!”.

Possiblemente se irían los maranchonenses a hacer las tareas de la trashumancia allá por las tierras cálidas de Andalucía. Ocurre, sin embargo, con suma certeza, que Nuestra Señora de los Olmos es la patrona de Maranchón y, a principios del siglo XII, tuvo a bien aparecerse a un nativo pastor¹ de esas localidad sobre una sabina con un ramo de olmo entre las manos: de ahí la romería a la ermita de Nuestra Señora del Montesino y la advocación mantenida desde entonces. Y a esta romería se unen cerca de ocho pueblos, entre los que se encuentra Aragoncillo y Torremocha del Pinar, que también se asoman a la ruta desde el indicador que los pregonan. Es conocida esta romería como “la de las siete banderas” por ser otros tantos pueblos los que la celebran a orillas del Arandilla. Y ocurrió para que así sea que la Virgen se apareció por esos parajes al capitán Montesino, jefecillo de una guarnición del rey moro de Valencia. El militar, ante semejante milagro, mandó levantar una ermita en su honor, junto al Arandilla, que por ahí corre entre escarpados riscos. Y ahí está la ermita dedicada a la Virgen de Montesino.

Por estos contornos, por los que se ven encinas y robles en reuniones familiares y pinos resinosos trepadores, un indicador señala hacia Sigüenza, pero pasamos silenciosos por el mencionado topónimo para dejar dormir tranquilo al “doncel don Martín Vázquez de Arce”, el melancólico, en la catedral de Santa María, novelado por Mariano José de Larra, el de “Vuelva usted mañana”.

Encinares prietos, pinares y cotos enormes de sabinas en zonas montañosas, y hojas labradas, y numerosas naves industriales entre Torremocha del Pinar y Molina, que siempre será castellana por real decisión de la reina Isabel, la Católica, aunque de Aragón se llame. Y Molina de Aragón aparece reseñada por la inmensa mole de su soberbio castillo, de los más grandes de España, pues sólo le disputa su tamaño el castillo de la Puebla de Montalbán. La muralla, en forma de coracha, se precipita desde la montaña en que se extiende hasta la misma acera de la villa, por lo que hubo de ser agujereada para dejar vía libre el filo de nuestra ruta, la N-211. El castillo está flanqueado por numerosos torreones defensivos que se hacen señas —o se mandan recatados mensajes— con otras torres vigías,

¹ Otras fuentes aseguran que la Virgen se apareció a una pastora, a la que le faltaba la mano y el antebrazo y buscaba por aquellos alrededores sus ovejas, que se le habían extraviado. Y la Virgen le pidió que le diera algo para comer de lo que llevaba en su morrala. “Hazlo con la mano que te falta”. Le pidió la Virgen. Y la aldeana obedeció y, asombrada, sacó el trozo de pan que llevaba en el zurrón con la mano ya completamente repuesta. Y la Virgen le ordenó que fuese a buscar al capitán Montesino, jefe de una sección del rey moro de Valencia. Y como viera el militar el brazo recuperado de la pastora, a la que conocía por ser su paisana, del cercano Aragoncillo, mandó levantar una ermita en su honor, junto al río Arandilla, entre escarpados riscos. Y ahí está aún la ermita dedicada a Nuestra Señora de Montesino, a la que acuden siete pueblos curmanos, entre ellos Aragoncillo y Torremocha del Pinar, pueblos que también se acercan a la vera de la ruta pregonados por sus respectivos indicadores.

visibles en cotas y cerros estratégicos. Esta enorme y aguerrida fortaleza está muy relacionada con Rodrigo Díaz, el de Vivar, conocido como “el Cid Campeador” y caballero de pro erigido en lo más alto de nuestra épica nacional, pues en el *Poema* se citan el castillo y el enclave en que se alza diez veces cuando menos. Y resulta curioso, cuando menos, que Abengalbón, *el alcaide* moro de la fortaleza molinense, y nuestro héroe castellano sean presentados como buenos aliados², a pesar de que el caballero de Castilla le había impuesto un abultado tributo, que el moro pagaba sin rechistar.

Rillo de Gallo es otro pueblo que se presenta con el rótulo de su nombre para saludarnos y para afirmar que se encuentra en la comarca del Real Señorío de Molina y su Tierra, en el curso alto del Tajo; que está satisfechamente asentado en un elevado terreno a más de 1050 metros sobre las olas del mar, que tiene 40 habitantes, todos nativos y nombrados como *rillanos*, y que su alcalde es José López Pérez. Dice también que en su escudo aparece un gallo de oro en azur, un olmo de los muchos que abundan por el lugar y un hacha. Pero importa más saber que los romanos fundaron la ciudad de Molina por estos lares, a la que llamaron *Manlia*, aunque —según el decir de los sabios—, *Manlia* ya temía especial relevancia entre los celtíberos, por lo que, muy posiblemente, el despoblado conocido como “Molina la Vieja” esté relacionado con el decir histórico. Lo cierto es que por Molina la Vieja, poblada por moros sustentados por su amigo Abengalbón, hubo de pasar Rodrigo Díaz camino de Onteniente y de Valencia.

Pero, creo, lo que nos viene a decir el rótulo de Río de Gallo es que en su término municipal se encuentra la primera huella de dinosaurios en España; que en el paraje *rillano* conocido como “El Abrigo del Llano” hay muestras de pinturas rupestres declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1998 y Bien de Interés Cultural en 1997; que es la patria chica de don Calixto Rodríguez, con cuyo busto en broce se adorna la fuente de la plaza para recordar que este ínclito paisano fue el primer político que derrotó en libérrimos comicios al conde de Romanones, lo que ocurrió en 1910. Y a la plaza acude veloz el Callejón del Arco para asegurar que por ahí pasó Rodrigo, el de Vivar, a lomos de Babieca “El Galopador”, más de dos veces. Dice el rótulo también que los *rillanos* celebran tres días de fiesta en septiembre: el día 8 (Natividad de la Virgen), el 9 la Fiestecilla y el día 10 el día de la Abuela. Y el rótulo me pide que no deje de reseñar que acuden en procesión todos los años a la muy deteriorada ermita Nuestra Señora de la Carrasca ni de resaltar que la localidad no pasa de cuarenta vecinos, todos con su correspondiente y significativo

² Los versos 1464, 1528 y otros lo justifican.

apodo. Y yo añado que en las laderas montañosas de su término aparecen las primeras manchas de nieve y en algunos humedales de las cunetas. Y Luzón, y Anguita... Y si los de Maranchón cantaban aquella copilla, los anguiteños, que se bañan en las aguas del Tajuña, cantan esta otra:

“A la Virgen de la Lastra,
santa patrona de Anguita,
le suplican las mocitas
libre a los mozos de quintas”.

Y Mazarete con 20 pobladores y, luego, Herrería con sus 25 contertulios y a 130 kilómetros, ya de Guadalajara, son pueblos que también se acercan a la carretera para salir de su mutismo macerado desde hace ochocientos años, con sus casas apiñadas y ateridas en torno a la mole eclesiástica: todas resaltadas por sus respectivas torres renacentistas y barrocas. Ambos pueblos —Mazarete y Herrería— se dejan atravesar por la daga de la ruta. Y si Rillo resaltaba con orgullo el nombre de su paisano que derrotó a Romanones en la de 1910, Mazarete, perteneciente también al señorío de Molina, subraya con energía histórica la figura de su paisano el beato Julián Navío Colado (1904-1936), fraile franciscano martirizado por las hordas marxistas republicanas en 1936, beatificado que fue en octubre de 2007 con otros 497 compañeros de fe cristiana. Y Montreal del Campo, asentada en una plataforma subida a 943 metros junto a los “Ojos del río Jiloca” y superado en altura por dos cerros circundantes, también se cruza en la ruta por varias razones: por ser la puerta que abre al antiguo reino de Aragón y para asentar que es otra reseñada referencia en el Camino del Cid, en cuyo *Cantar* se cita en tres ocasiones. Según el *Cantar*, Montreal es un lugar de paso frecuentado y, al tiempo, un lugar importante por la reiteración con que lo cita el anónimo cantor: en el verso 863 para identificar el Poyo del Cid:

“Aguijó Mío Cid, ivas’ cabadelant³,
í fincó en un poyo, maravilloso e grant;
non teme guerra, sabet, a nulla part.
Metió en paria a Daroca enantes,

³ El héroe castellano empieza la campaña contra las villas asentadas en las márgenes del río Jiloca. El Poyo es una de ellas, a unos 35 kilómetros de Daroca y a 10 de Montreal del Campo, en una antigua calzada romana. Ya he señalado que Montreal está dominada por otros dos cerros: al norte, el cerro de Valdellosa (1227 metros) y al oeste el cerro de San Esteban, más bajo pero imponente, que domina las llanuras del sur. Y es en este monte divisor donde la crítica cidiana localiza la colina en que acampó el Cid.

desí a Molina, que es del otra part,
la tercera Teruel, que estaba delant,
en su mano teníe a Çelfa la de Canal”. Vs. 862—869.

Sea como fuere, lo cierto es que Monreal del Campo, capital del azafrán por estos contornos y topónimo importante en la “Ruta del Cid”, nos ha abierto las puertas de la provincia de Teruel cincuenta y ocho kilómetros antes de dar con el “torico”, y el autobús, galopando ahora por la A-23, saluda entusiasmado a cuantos pueblos aragoneses se asoman a sus faldones, a derecha e izquierda: las históricas poblaciones de Villafranca del Campo y Singra, acomodada ésta en una amplia llanura a 43 kms de Teruel y a 1047 metros sobre las orillas marineras de Castellón. Y digo *histórias* porque ambos pueblos fueron independizados de Daroca por Jaime I en 1248 y los integra en una división o administración territorial llamada Sesma (o Sesmo) del Río Jiloca en la Comunidad de Aldeas de Daroca, que dependía directamente del rey, y así han continuado hasta la muerte de Fernando VII (1833); y Torrelacárcel, Torremocha del Jiloca, que desde los alrededores de Sierra Palomera y desde los 981 metros sobre la planicie marina de Alicante en que se acomoda, dice que aún faltan 35 kilómetros para dar con la plaza de Teruel; y Villarquemado y la cidiana Cella, que vuelve a aparecer en el verso 646:

“Otro día de mañana piensan de cabalgar,
vinieron a la noch a Çelfa⁴ posar” Vs. 645—646.

Y es cierto también que la nieve ha intensificado su presencia en el lomo de las laderas y en los surcos labrados con furia y tesón por las aguas tajadoras, y en los claros del pinar. Y en los huertecillos y hojas pequeñas de cereal, aparece la nieve disgregada en ronchas pequeñas y disformes, y petrificada y eterna en las umbrías. Los pinares muestran las primeras y nefastas señales de la procesionaria de su nombre.

4 Çelfa, llamada “la del Canal” en los versos 649 y 869, situada a 15 kms. de Teruel. También es mencionada en el verso 1194:

“Quien quiere ir conmigo cercar Valençia,
—todos venga de grado, ninguno ha premia,—
Tres días le speraré en Canal de Çelfa”. Vs. 1192—1194.

Caudé nos saluda asentada en una amplia llanura salteada por hojas pequeñas de cereal y por huertos familiares también pequeños. Además, y sobre todo, Caudé se hace con toda mi atención y curiosidad porque, de pronto, aparecen formados en filas de a dos numerosas aeronaves “silenciosas y cubiertas” de copitos de nieve en aparcamientos al cielo raso, entre los que se encuentra el hangar de mayor capacidad de España: es el aeropuerto de Caudé, donde trabajan más de cuatrocientos empleados afanados en reparar viejos aviones, ya cansados de levantar el vuelo, o destruyéndolos para reciclar lo pertinente de sus respectivos enseres.

— “Se trata —diría después la ilustrada *cicerone* de nombre Lucía—, realmente, de un estacionamiento de aviones, en el que, además, se mantienen las aeronaves, y se desmantelan, y se destruyen o reciclan los restos que se pueda, y se guardan y venden piezas de recambio servibles. También se realizan pruebas de motores-cohete, y hay una Escuela de vuelo y formación y desarrollo aeronáutico y aeroespacial”. Su iglesia, de factura barroca y dedicada a santo Tomás de Canterbury, saluda a los viajeros del Camino del Cid. Y Concad también curiosa, y San Blas nos mete ya en la ciudad, por donde se abrazan el río Alfambra y el Guadalaviar para transformarse, aguas abajo, en el Turia, “río truchero donde los haya”, informa una voz desde el autobús. Precisamente, en ese instante del abrazo ocurren dos sucesos que conviene subrayar: hasta ese momento del abrazo fluvial, la corriente mayor se nombra Guadalaviar, “agua blanca” en lengua de Cervantes; mas, al unirse en las lindes de Teruel con el Alfambra, corriente de “aguas rojas”, el Guadalaviar pierde su nombre, que ostentaba desde el siglo X, el Alfambra el suyo y nace el Turia, río de abundantes y escurridizas truchas y percas juguetonas.

En Teruel, donde el ladrillo, la madera y el yeso se convierten en arte

Nada más bajar del autobús, se hace verdadero aquel dicho que aconseja abrigarse bien en Teruel, si no mal para ella y mal para él, por lo que nos ajustamos el abrigo, la bufanda y los guantes y nos entregamos a Lucía, que ya nos espera a las mismas puertas del hotel Reina Cristina, junto a la torre-puerta del Salvador, “del siglo XIV”, repetirá varias veces Lucía.

—Como la torre de San Martín, que veremos luego —añadirá.

Y Lucía, después de asegurar que Teruel sí existe, lo que confirma todo el grupo por el frío que hace y por la espléndida estampa de la torre mudéjar próxima y otras que asoman sobre las fachadas y **los** tejados, y de asegurar que el mudéjar terulense se ofrece como el máximo ejemplar en toda Europa, por lo que la UNESCO lo ha considerado Patrimonio de la Humanidad en 1986, nos invita a recorrer los escenarios en que se desarrolla la tragedia de los universales amantes terulenses, Isabel y Juan Diego. Antes ha referido la repercusión literaria, musical y cinematográfica de sus trágicos amores: Antonio Serón, en la VI de sus *Silvas*, quizá sea el primero en ocuparse del romántico y trágico amor de Isabel y Diego; y Tirso de Molina (*Los amantes de Teruel*, 1635), Andrés Rey de Artieda (*Los Amantes*, 1581) y Juan Pérez de Montalbán (*Los Amantes de Teruel*, 1652) en el prolongado Siglo de Oro; y, claro, Juan Eugenio de Hartzembuch en la época romántica. También se han hecho eco del tema los romances de ciego:

Jóvenes enamorados
y doncellas casaderas,
los que gozáis del amor
los que sufrís por su pena,
oíd la historia amorosa
más sublime y verdadera
que ocurrió en tiempos pasados
aunque todos la recuerdan.
Fue en la villa de Teruel,
de la patria aragonesa,

a poco de conquistarla
a las gentes agarenas,
siendo el mil doscientos doce
de nuestra cristiana era.

Lucía Teruel hermosa
con su corona de almenas,
sus nobiliarios palacios
y esplendor de nueve iglesias.

Dos jóvenes allí había,
vástagos de la nobleza,
él se llamaba Juan Diego
Isabel llamaban a ella,
de los Marcilla el galán
de los Segura la Bella.⁵

—Y a todo ello —continúa Lucía— se suma la recopilación de más de 500 poemas, escritos por los mejores poetas de su época, que nuestro paisano Domingo Gascón, aunque naciera en Albarracín, reunió en su *Cancionero de Los Amantes de Teruel*. Ahí está la plaza con su nombre. Y en música, como todos sabemos, Tomás Bretón compuso una ópera sobre los infaustos amores de Isabel y Juan Diego, estrenada en el Teatro Real de Madrid. Y no puedo dejar de señalar la ópera *Los Amantes* del compositor turolense Juan Navarrete, que todos los años se representa desde 2017, año en que se estrenó en la iglesia de San Pedro. Y en pintura destaca el cuadro de Muñoz Degráin, siglo XIX. Y en escultura, el extraordinario monumento de Juan de Ávalos, que ahora veremos. El cine también ha encontrado inspiración en esta famosa pareja, bueno, en sus trágicos amores. Recordad la película *Luna de miel*, de 1958, de Michael Powell, con música de Mikis Theodorakis e interpretada por Ludmila Tcherina y por Antonio el bailarín. Bienvenidos, pues a Teruel...

—Que también existe —piensa la mayor parte del grupo y dicen tres o cuatro, unísonos, con voz clara y sonora.

—Bienvenidos a Teruel, ciudad del amor y del mudéjar —acaba precisando Lucía.

⁵ Versos del *Romance de ciegos a los amantes*, compuesto por Gregorio A. Gómez.

Y en el recorrido damos con la calle de los Amantes, escenario muy importante en esta trágica historia, pues en ella se encuentra la casa—palacio de la familia de Isabel, adonde acudió Diego el día en que se cumplía el plazo de los cinco años que el padre de Isabel le había concedido para que hiciera fortuna en la guerra y, así, poder casarse con su hija. ¡Pero Isabel se acababa de casar esa misma mañana con don Pedro Fernández de Azagra!, emparentado con el primer Señor de Albarracín.

—La vivienda de Diego no era tan ostentosa como ésta, pero estaba también bien surtida. Y próxima a la de Isabel, por lo que los jóvenes se conocían desde niños, y por aquí correteaban. El día de la boda —ya se había casado Isabel en la iglesia de los Franciscanos, que podéis visitar y os aconsejo que la visitéis, con el caballero designado por su padre—, Juan Diego se encuentra con Isabel en su habitación y le pide un beso, sólo uno:

“Sólo un beso yo te pido.
Un beso, Isabel, tan solo,
a cambio de tantas noches
pasadas en el insomnio,
de tantos días de lucha
con sed, hambre y con agobio.
Días hechos con dureza
pensando en el alborozo
de volver y hallarte mía,
de darte el honor y el oro
que por ti salí a buscar
y no sirve ya, pues otro
al final se me llevó
el más preciado tesoro.
Un beso, Isabel, un beso.
¡Un beso a cambio de todo!”⁶.

Pero Isabel, velando por el honor de su marido, no accede a la petición, por lo que el esforzado amante cae desplomado al suelo y muere al momento. Al día siguiente, en el

⁶ Versos anónimos que se leen en la fachada de la casa—palacio de Isabel, donde ocurrió la muerte de Diego.

entierro de Juan Diego en la parroquia de San Pedro, que ahora visitaremos, Isabel decide darle el beso que el día anterior le había pedido su verdadero amante; mas, cuando se disponía a besar el cadáver, cae desplomada antes de cumplir su deseo. Por eso —lo veremos luego—, en el mausoleo dedicado a los amantes, se aprecia perfectamente que las manos de Isabel y de Diego no se rozan ni siquiera, insinuando con ello que no se llegaron a besar en vida. Vamos— nos invita Lucía—. ¿Cómo se llama la calle por la que vamos?

—*De los Amantes*, claro, —contesta ella misma—, que corre paralela a la de Yagüe de Salas, escritor, notario, escribano, secretario y archivero del Consejo de Teruel, su ciudad natal, pues aquí nació en 1561 y también murió en 1621. Escribió un libro titulado *Los amantes de Teruel, epopeya trágica*, en 1616, y mucho más escribió este notable turolense que le relacionará para siempre con Juan Diego e Isabel. Esta obra fue muy alabada en su época, incluso por Lope de Vega, pero no por Moratín, quien dijo del notario—escritor en *La derrota de los pedantes*, refiriéndose a esta obra de 1616, que era “insipidísimo”. Luego me referiré otra vez a Yagüe de Salas como notario, por lo trascendental de su descubrimiento relacionado con la identidad de Diego e Isabel. Y las dos calles están próximas a la iglesia de los Franciscanos, en la que se casó Isabel aquel día aciago.

Y nos lleva por los escenarios íntimamente relacionados con aquellos sucesos amorosos que, sin lugar para las dudas, se contaron al calor de los hechos acaecidos en la ciudad de Teruel en el siglo XIV, los cuales, a pesar de la rasca de la hora, Lucía relata con profusión de detalles.

—Y ahora vamos a la iglesia de San Pedro Mártir, donde están enterrados Isabel y Juan Diego, en el mausoleo que lleva su nombre. Veremos la torre mudéjar, claro, que es la más antigua de cuantas torres mudéjares se levantan sobre los tejados de Teruel. También vamos a ver el claustro, el ábside y el Ándito.

—¿Qué es eso del Andito —pregunta una voz femenina del grupo que se dice amante de la poesía.

—No. Ándito —corrige Lucía—. Es un corredor o galería que rodea exteriormente un edificio o parte de él a través de aberturas, que se hacen si son necesarias. Y estas galerías —o Ándito— se convierten en elemento de gran valor defensivo, porque permiten ver sin ser visto, observar, vigilar al enemigo. Es, en definitiva, un estrecho pasadizo de circunvalación. Y se pueden ver en edificios religiosos, como el caso que nos ocupa y luego

veremos: la iglesia mudéjar de San Pedro Mártir. Se corresponde en gran medida con lo que se llama Triforio. Suele estar abovedado como las naves, y con igual longitud y anchura.

Mientras explica lo que es el Ándito y nos invita a observar casonas de sello modernista desparramadas por el camino, portales renacentistas, restos de muralla... También edificios en que se combina la piedra y el ladrillo, añade Lucía. Y entre todo ello, llegamos a la iglesia mudéjar más antigua de Teruel.

—Bueno, esta iglesia del siglo XIV, de finales, es un verdadero ejemplo de arquitectura mudéjar. Es Patrimonio de la Humanidad. Su torre—campanario, del siglo XIII, es el ejemplo más antiguo de arquitectura mudéjar de todo Teruel. Reparemos en la torre antes de pasar: “Es de planta rectangular y responde al modelo de puerta—torre. Es obra del siglo XIII y forma parte del conjunto mudéjar reconocido mundialmente en 1986. Junto a la torre, encontramos el Mausoleo de los Amantes. La iglesia de San Pedro se construyó en el siglo XIV y su estructura es de una sola nave con capillas laterales. Alberga un claustro mudéjar de planta cuadrada, y como rasgo singular del mudéjar aragonés, posee un ándito que rodea la nave y el ábside. De su decoración exterior, destaca el ábside de siete lados, decorado con paños de arcos mixtilíneos e incrustaciones cerámicas. Sobre su cubierta encontramos seis torreones de planta octogonal decorados con cerámica estrellada”, dice la placa de cerámica fijada en la fachada de la iglesia.

—Vamos antes al mausoleo —propone Lucía—. Se trata de un conjunto escultórico que lleva el nombre de los protagonistas. En él se encuentran los cuerpos de Juan Diego Martínez de Marcilla y de Isabel Segura.

—¿Hay completa seguridad de que son ellos, Diego e Isabel? —pregunta un compañero de viaje que se dice nativo de Ajofrín.

—Sí. Plena seguridad. Luego lo comento —responde Lucía un poco molesta por verse interrumpida en plena información—. Luego lo comentaré. Las estatuas, yacentes, son extraordinarias. Las esculpió —creo que ya lo he dicho— Juan de Ávalos. Pues bien. Este mausoleo está integrado en un edificio de tres plantas que ocupan 350 metros cuadrados, en cuyas dependencias se explica la historia de estos jóvenes turolenses de trágicos amores. Hay una biblioteca, aulas didácticas, salas expositivas, carteles informativos, etc. Se inauguró en septiembre de 2005, y es uno de los monumentos funerarios más famosos y grandiosos de toda España. Ya sé que en Toledo tenéis otro muy famoso: el del cardenal Talavera... No, Tavera. Y en Sigüenza, el del “Doncel”. Ahí yacen

las momias de los dos jóvenes, Diego e Isabel, que vivieron en Teruel en el siglo XIII. Sus momias fueron descubiertas en 1555, con motivo de unas obras realizadas en la parroquia de San Pedro, pues aparecieron los cuerpos de dos jóvenes —un joven y una chica— enterrados juntos, por lo que la opinión popular los identificó desde entonces como los auténticos Amantes de Teruel. No quedaba claro con plena certeza, sin embargo, que esos dos cuerpos correspondieran a Juan Diego de Marcilla y a Isabel de Segura. Pero la prueba definitiva de que las momias corresponden a los dos protagonistas de esta truculenta historia de amor la aporta un preciso documento conocido como “Papel de letra antigua”, fechado en el siglo XIV. Y fue descubierto, precisamente, por el notario Yagüe de Salas en abril de 1619, tres años después de haber escrito su obra sobre los Amantes, a la que antes me referí. Entonces es cuando se confirman los hechos y la identidad de los cuerpos hallados y sin lugar para la duda —afirma Lucía mirando al viajero de Ajofrín.

—Ah, bueno. Porque si se encuentran dos cuerpos, y más del siglo XIII, pueden ser de cualquiera. Ya me quedo tranquilo —argumentó el ajofrinero.

—Es decir, Lucía, que la leyenda deja de ser tal leyenda y se convierte en historia realmente real —dice una voz del grupo.

—Así es. Ocurre que la historia real de los dos jóvenes se alimenta, luego, de muchas anécdotas y creaciones literarias románticas... Pero la existencia de los Amantes está atestiguada y sus señas de identidad comprobadas, digamos —cierra Lucía—. A parte de la extraordinaria belleza de las estatuas yacentes, el detalle artístico que resume a la perfección la historia funesta del amor entre estos jóvenes es la aproximación de sus manos extendidas con el deseo de tocarse, pero no lo logran... El anhelo...

—Como tampoco se besaron en vida —dice la mujer poeta.

—A ver, ella, Isabel, sí le dio el beso y, al instante, cayó muerta sobre Diego. Y así lo dice el poeta:

“Muere Diego de Amor e Isabel siente
alanceada el alma por la pena.
Y es la Muerte quien viene a ella serena
al punto que da a Diego un beso ardiente.
Así muere Isabel, al dar un beso
al yerto rostro de su fiel amante.

Postrer beso de amor que deja impreso
el signo de un querer tierno y constante,
que es morir por Amor dulce embeleso”.

Versos callejeros firmados por BRUN

—Bueno, como todos sabemos la historia de estos amores desastrosos —continúa Lucía ignorando la precisión de la mujer—poeta—, resumiré y diré que las momias permanecieron en la capilla de San Pedro, donde se descubrieron en 1555, hasta 1578. Durante ese tiempo, se podían ver las momias tal cual fueron encontradas. Ese año las enterraron en la capilla de San Cosme y san Damián de la misma iglesia, donde habían sido encontradas, por mandato del arzobispo de Teruel, don Andrés Santos. Después, el notario Yagüe de Salas mando desenterrar los cuerpos y levantó acta notarial de los mismos, que se puede leer en el Museo, y, también, de toda la historia que los envuelve e inmortaliza. Durante todo el siglo XVII, los cuerpos se podían visitar en la misma iglesia de San Pedro, hasta que se decidió guardarlos en un armario fuera de la parroquia. Y ahí estuvieron hasta principios del siglo XVIII, momento en que se trasladaron —gracias a la popularidad que habían adquirido estos truculentos amores y desgraciados amantes—, nuevamente a un anexo de la parroquia de San Pedro, y fueron colocados en un panteón. Más tarde, los trasladaron al claustro...

—Observo que la iglesia de San Pedro está ligadísima a la historia y al peregrinaje de los Amantes —comenta Irena.

—Sí, sí, muy relacionada. Ten en cuenta que aquí trajeron el cuerpo de Juan Diego para enterrarlo, y aquí tuvo lugar la escena del beso de Isabel y su muerte. Y ahí, en el claustro, permanecieron hasta 1902, año en que fueron depositados en dos nuevos sarcófagos de madera tallada y tapa de cristal. Pero no acaba aquí el peregrinaje de la famosa pareja: en la guerra civil (1936—1939), las momias fueron trasladadas a los sótanos del convento de las Carmelitas de aquí, de Teruel, para que las custodiaran. Y acabada la contienda, regresaron a su antigua morada, el claustro. Pero ocurrió, felizmente, que en 1955, año del IV centenario del descubrimiento de las momias, el diario *Lucha* inició una campaña a nivel nacional con el fin de recaudar fondos para la construcción de un mausoleo, campaña que no logró el éxito deseado. Y como no hay mal que para bien no venga, digo corrigiendo la expresión popular, la campaña trajo al generoso Juan de Ávalos hasta Teruel y, al contemplar el lamentable estado en que se encontraban las momias, se

comprometió a hacer un mausoleo digno de los leales amantes y de la tradición que los recuerda, compadece y celebra. Y al poco tiempo, donó esta espléndida obra que aquí contemplamos: el mausoleo de alabastro y bronce donde reposan Diego e Isabel, cuyas manos no llegan a tocarse simbolizando con ello un amor no consumado. Y no digo nada de beso...

Para terminar, diré, rápidamente, que el edificio está dividido en sectores de la siguiente manera: en el I se explican las circunstancias sociales, políticas y culturales del Teruel en que acontecieron los hechos. Principios del siglo XIII; en el II, se desarrolla la historia de los amantes desde el año 1217, cuando los amores entre los dos jóvenes se hacen imposibles y varias cosas más. Pero esto que señalo es lo fundamental para nuestra historia. En el III sector, se da cuenta de la inspiración que esta dolorida historia de amor ha encontrado en el mundo de las artes y las ciencias. Y el sector IV es éste, en el que aún nos encontramos. En el V se recogen historias de otros amores también truculentos de todas las épocas, desde Cleopatra y Marco Antonio, Alonso y Ormesinda, Tristán e Isolda hasta Calisto y Melibea. Y en el VI, la cripta, que está debajo de nuestros pies, debajo del mausoleo, en la que se explica el hallazgo de las momias y el peregrinaje de las mismas. Bien, encontraremos muchos recuerdos y motivos sobre los Amantes por las calles de Teruel...

Y concluida la visita, nos lleva Lucía a la plaza “del Torico” y nos despide hasta después de comer. Y comimos y bebimos, y levantados los manteles y después de reposar lo debido, nos presentamos puntuales en el lugar preciso de la cita. Y allí nos espera nuestra *cicerone*.

—Pues aquí mismo, delante de la Torre de El Salvador, vamos a iniciar el recorrido, mejor dicho, vamos a continuar con el Teruel mudéjar. Esta torre—puerta —empieza diciendo Lucía— es otro monumento emblemático de Teruel, adosado a la iglesia de su nombre. Es, como ven, un ejemplo más de torre—puerta, con la particularidad compartida con la torre de San Martín de que está formada por dos torres, es decir, una metida en el interior de la otra imitando la estructura de los alminares almohades y a las matriuskas rusas. Consta de dos cuerpos: el arco—puerta y la torre propiamente dicha que se levanta sobre

él, y ventanas geminadas. Guarda una gran similitud con la torre de San Martín, como veremos, y las dos permiten el paso a los coches y a los viandantes a través de un arco apuntado y abovedado sobre el que se levanta la torre, bueno, las dos torres. Por su decoración exterior, es la más adornada de todas las torres turolenses, mediante la combinación de ladrillo y cerámica vidriada verde y blanca. La torre interior tiene tres pisos superpuestos cubiertos con bóveda de crucería y un campanario con arcos apuntados y de medio punto desde el que se ven panorámicas impresionantes de Teruel. Las tres salas interiores, y también el campanario—mirador, albergan el Centro de Interpretación de la Arquitectura Mudéjar de Teruel. Y el campanario nos ofrece unas panorámicas maravillosas de todo Teruel. Ah, y si estáis en el campanario a horas—punta, podréis ver el badajo golpear la campana. Eso sí, el ruido es ensordecedor.

—Vamos ahora a la plaza de las plazas, la plaza más popular de Teruel, la Plaza del Torico —nos propone Lucía. Y mientras caminamos, nuestra *cicerone* da cuenta de edificios modernistas, de restos de muralla del siglo XIV, de casas—palacio y de pasadizos colgados que cruzan calles, “como el del hotel María Cristina, donde estáis alojados”, precisa Lucía.

—Y fachadas en las que se combina la piedra y el ladrillo. Fíjáros en esos dos edificios. Es lo que se llama estilo regionalista —informa Lucía—. Todo ello confirma que si el mudéjar es el arte por antonomasia en Teruel, también ofrece numerosas y espléndidas muestras de arte modernista, estilo introducido en Teruel a principios del siglo XX de la mano y obra de Pablo Monguino, como ya comenté. Por ello, Teruel forma parte de la Ruta Europea del Modernismo desde el año 2012. Y llegamos a la plaza más popular y concurrida de Teruel, la del Torico, llamada oficialmente Plaza Carlos Castel.

—¿Quién es ese Carlos Castel, merecedor de tal honor y relegado al anonimato...? —pregunto sin acabar de hacerlo porque Lucía responde.

—Un político turolense de la Restauración y gran benefactor social de Teruel y su provincia, e hijo adoptivo, pues su padre procedía de Madrid, y predilecto de esta ciudad. Murió, sin embargo pobre, de manera que un familiar hubo de pagar su entierro, aquí, en Teruel, donde está enterrado. Este personaje, y Torán también, hizo muchas obras en Teruel, entre ellas La Escalinata, que veremos, y así lo recoge una jota:

“Tenéis una obra de arte,
que es la gloria de Teruel,

es la hermosa Escalinata
en recuerdo de Castel”.

—En fin, a pesar de todo eso y mucho más, el pueblo, soberano, da y quita, según su capricho, y a Castel le honró con esos nombramientos y le apea de la nombradía de la plaza. Como veis, es una plaza un poco destortalada, triangular y alargada, y toda ella porticada.

—¿Por qué? —pregunta una voz.

—Porque aquí se celebraba el mercado de abastos y, como veis, la temperatura no es de las más deseadas. Y nieve, y lluvia. Menos mal que la mañana va levantado y no nieva, al menos por aquí. Bueno, en los soportales se refugiaba la gente y se continuaba con las actividades mercantiles. Era el escenario del mercado, y aquí estaban las casas de los gremios más pudientes. También se corrían toros en este espacio y se representan muchas actividades culturales, puramente lúdicas (carnavales, charangas, etc.) e históricas. Y, claro, se escenifican los amores de los Amantes y, también, la boda de Isabel, que se celebró, como sabéis, en la Iglesia de los Franciscanos, único edificio gótico de la ciudad. De esta iglesia diré, aunque nos viene a trasmano, que en su interior están enterrados los beatos Juan de Perugia y Pedro Saxoferrato, martirizados en Valencia en el siglo XII. Zeit, el rey moro que los condenó a morir, perdió poco después el trono, se convirtió al cristianismo y ayudó a Jaime I a conquistar la ciudad, por lo que fue nombrado Señor de Villahermosa.

Una fuente generosa y risueña se muestra equidistante de la boca de las respectivas calles que hasta aquí acuden, curiosas y alegres, desde que en noviembre de 1855 sustituyó a otra del siglo XVI, y junto a ella, se alza una columna encimada hasta siete metros por una figura de toro de reducidas dimensiones con una estrella refulgente al lado...

—Pero, jojo!, pesa 55 kilos, aunque no lo parezca —advierte Lucía—. Observad las cuatro estrellitas situadas en cada esquina o punto cardinal de la parte superior de la columna. Mirad también los cuatro grifos por los que sale el agua: cuatro cabezas de toro. Y es que el toro es el emblema de la ciudad. El toro, en realidad, tiene mucho arraigo en todo Aragón. Existe una tradición muy antigua con el toro, que es la conocida como la de “El Toro nupcial”. Era una tradición reservada a los nobles, como el toreo a caballo en sus inicios. Consistía en la suelta de un toro bravo, de temerosa cornamenta adornada con guirnaldas. La novia lanzaba su capa a un caballero para que diera los primeros capotazos

al morlaco. Después de los lances garbosos y lucidos, el caballero devolvía la prenda a la dama, que se debía poner de nuevo sobre los hombros para que la descendencia de ambos heredara la fuerza, la nobleza y la fiereza del toro. Y no os lo perdáis: el que se casó con Isabel, don Pedro Fernández de Agrada, está relacionado con esta tradición, y es muy posible que el día de su boda con Isabel, se corriera el toro nupcial, enmaromado, por estas calles hasta llegar a la casa de la novia, como exigía la costumbre.

Y en relación con el torico se halla la leyenda de la fundación de Teruel.

La leyenda —continúa Lucía—, se remonta al siglo XII, a 1170 para ser exactos, en plena reconquista, capitaneada por Alfonso II, y es como sigue, aunque, advierto, hay numerosas variantes de la dicha leyenda. Este rey Alfonso y los suyos buscaban un lugar para levantar un nuevo asentamiento. Y para construirlo con vientos favorables, se reunieron los sabios y gente culta del poblado y buscaron señales, indicios, algún augurio que les inspirara de manera formidable para la construcción de un nuevo y favorable asentamiento y les indicara el lugar idóneo. Y todos dieron por muy bueno los estruendosos mugidos que un toro lanzaba desde lo más alto de un arrogante monte, lugar coincidente con lo más cimero de esta misma plaza. Y sobre el toro resplandeció una estrella que, si no belenita, sí lo suficientemente significativa para que la consideraran también como señal positiva para la fundación de la nueva ciudad. Y de la conjunción de ambas apariciones, teje Teruel su nombre: Toro más Estrella (ACTUEL), que juntados dan TOROEL, Toruel y de aquí: Teruel. Claro está que esta etimología de Teruel es meramente popular...

—Sí, porque lo de “Actuel” ... —puntualiza una profesora de Lengua y Literatura españolas y compañera de viaje que acaba de jubilarse...

—Sí. Otra teoría afirma que el término TERUEL procede del encuentro del Guadalaviar y el Alfambra, en el punto de Entrambasaguas, donde se origina el Turia, y de aquí, Teruel”, del ibérico —ITUR, que significa “fuente”, “manantial”, y el sufijo —OLU, que da Uel, y tenemos Ituruel, de donde se cae la —i inicial y la —Ó breve diptonga en —ue. Teruel. Y aún hay otra propuesta para el nombre de Teruel, y lo derivan de un diminutivo prerromano —TOR, con valor de “cerro”, “terreno alto”, más el sufijo —UEL, y tendríamos TORUEL... Discúlpennme, pero es que me encanta investigar sobre el origen de las palabras, de los topónimos... Y, en fin, los árabes —y pasamos por alto a los celtíberos y a los griegos, y a los romanos que la llamaron TURIOLUM, en relación al Turia—... Los árabes adaptaron el topónimo y llamaron, en su lengua, claro, Teruel al lugar

en que nos encontramos: Teruel. Y ya sólo añado dos copillas muy populares referidas a la plaza y, por supuesto, al torico:

“En esta hermosa ciudad
hay dos cositas muy majas:
los Amantes de Teruel
y el torico de la plaza”.

Y esta otra:

“En Teruel hay una fuente
de donde mana el querer,
donde van las terulanas
desde niñas a beber”.

—Y pueden beber de cualquiera de los cuatro chorros que brindan las cabezas de los toros respectivos —comenta razonablemente el viajero de Ajofrín, Natalio de nombre.

—Y de este fortuito encuentro —continúa Lucía—, procede también el símbolo del toro y de la estrella resplandeciente en el escudo y en la bandera de la ciudad. Y algo así viene a significar este letrero que se lee aquí, en la chapa fijada en la taza de la fuente: “Et daquel toro tomaron señal y para esto facen en la señal toro y estrella”, texto procedente del *Libro verde o Alcorán*, que de las dos formas es conocido este manuscrito de 1507.

Y también encuentra su inspiración en la conjunción del toro y la estrella el monumento de La Vaquilla, que luego veremos: un joven, el vaquillero, se enfrenta a un toro y el ángel Custodio muestra al toro la estrella, a modo de capote, para atraerlo y salvar al avieso muchacho del peligro acechante. Y hablando de la Vaquilla y del Vaquillero, tengo que decir que uno de los actos más populares, aunque todos los que se celebran en esta plaza son populares, claro, unos menos oficiales que otros, es el “Reparto del regaño”, con motivo de las “Fiestas de la Vaquilla del Ángel”, que se celebran a primeros de julio, cada primer sábado de julio desde 1982.

—Pero, a ver, ¿qué es eso “del regaño”? —pregunta Natalio, el compañero de viaje nativo de Ajofrín, “lugar de picante nombre”, como decía Félix Urabayen.

—Ahora lo voy a decir, tranquilo. Son raciones de comida que cada año reparte el Ayuntamiento con motivo de estas fiestas. El año pasado repartió mil raciones de “regaño”.

—Pero que qué es... —quiere preguntar Natalio.

—El “Regaño” son tortas saladas con formas alargada y redondeada, típicas del área de Teruel, que se cubren con sardinas en salazón o tajadas de jamón de Teruel, que, como pueden comprender, con estos fresquitos se curan muy bien aquí. Y todo ello va acompañado de tiras de pimientos que se suelen incrustar en la masa. Y este acto es el inicio previo de la gran Fiesta de la Vaquilla del Ángel”, que empieza el primer sábado de julio de cada año desde 1982 con la “Puesta del pañuelico”, claro, al torico que tenemos delante. Se viste de rojo al torico como símbolo de las Fiestas de la Vaquilla, lo que ya es una tradición. Para vestir al torico, se forma una torre humana de varios metros hasta lograr anudar el pañuelico al cuello del torico. Cada año corresponde a una peña el honor de atarle el pañuelo al toro. Dos cosas más sobre el “pañuelico”: que el pañuelo que luce el torico durante La Vaquilla lo dona el establecimiento centenario *Ferrán* al Ayuntamiento, bordado por las Carmelitas del convento de Teruel. Y el segundo comentario es que ningún pañuelo es igual al del año anterior, vamos, que siempre es distinto, porque cada año las monjas lo bordan con el lema “Vaquilla del Ángel, el año en que se celebra la fiesta y el nombre de la peña que ese año coloca el pañuelico al torico. Este año toca a la peña “Los Bohemios”, y de quitarlo, que también se encarga la misma peña, acto que se realiza a media noche del lunes...

—En fin... Cambiemos de tema —propone Lucía—. Reparad un momento en las extraordinarias muestras de arquitectura modernista que se cita en la misma plaza y en su entorno: la Casa de la Madrileña, la propia Casa el Torico... Esa otra, en la Calle Nueva, es la Casa Ferrán, construida en 1910 y está considerada como el máximo exponente del modernismo turolense. La piedra, el hierro forjado, la madera con que está construida, todo ello está amalgamado magistralmente para lograr esa asimetría casi imposible de que mantenga el equilibrio. Luego la observáis.

—Algunas de ellas —continúa Lucía—, están declaradas BIC, como la Casa el Torico. Son, todas, espléndidos ejemplos de casas modernistas. Se construyeron entre 1910

y 1912. La Casa Madrileña toma su nombre del comercio que había en su planta baja y así se anunciaba, como la Casa del Torico, que también lo toma del comercio que había en su sótano. Y estas otras de fachadas muy estrechas. Se las conoce como “Casas vagón”, estrechas y largas, con gran fondo. Y ahora mirad al suelo. Está cruzado por señales, líneas luminosas...

—¿Y esto que parece un ascensor o la boca del metro...? —pregunta una excursionista que dijo ser nativa de Mazarambroz.

—No, no. Aquí no tenemos metro —asegura Lucía—. Es la entrada a los aljibes medievales. Son asombrosos. Debéis entrar a verlos. Aquí llegaba el agua y desde aquí se distribuía por la ciudad. Se construyeron en el siglo XIV por mandato de Pedro I, el Ceremonioso...

—Por favor, Lucía, ¿por qué dices “aljibes”? ¿Es que...?

—Porque se construyeron tres, pero sólo se conservan dos, y se pueden visitar. Mandó construirlos el rey para solucionar el problema del agua de la ciudad, y están debajo de nuestros pies, debajo del suelo mismo de la plaza: el Aljibe Fondero y el Somero. Merece la pena que los veáis —repite—. Unos paneles explican toda la historia. No tendréis problemas. Además, en una cómoda sala podéis ver un video muy interesante.

—Ahora osuento algo más de esta concurrida plaza —prosigue Lucía—. En torno a esta fuente, que no es ostentosa, ni lo necesita, se cita toda la historia de nuestra ciudad, que ya ha superado los ocho siglos de andadura. Y a su alrededor, casi todos los años se citan agrupaciones de vecinos, asociaciones e instituciones culturales y conmemoran algún episodio histórico. Pero en 2007, con motivo de los ochocientos y casi cincuenta años de la fundación de Teruel, se festejaron numerosos hechos históricos en este mismo recinto, irregular y un poco inclinado hacia abajo. Por ejemplo, la misma fundación de la ciudad, la leyenda de amor de los Amantes, la muerte del juez Francisco Villanueva a manos de Alfonso V de Aragón en 1427, la muerte del mismo rey en 1458, y otros muchos actos más, entre ellos la visita de los Reyes Católicos a Teruel en 1482, y la quema de la Constitución de Napoleón, y otros muchos de los que ahora no me acuerdo.

—Lucía, por favor, ¿quién fue este señor juez...? ¿Qué había hecho para que el rey se mostrara tan sañudo con él? —pregunto yo mismo.

—La verdad es que poco puedo decir de este personaje. Que era juez y fue muerto ese año a manos del propio rey en la Sala (del Concejo) donde se celebran las Cortes, que

ese año fue aquí, en Teruel, precisamente. Parece ser que estaba presente en esas Cortes el papa Gregorio VIII, al que el mismo rey hostigaba para que renunciara al Papado. Eran tiempos en que se dirimían los entresijos de nombrar al Papa Luna. Y, quizá, para advertencia del papa Gregorio VIII, el rey se mostró tan sañudo con el juez, para que obrara en consecuencia y renunciara a la silla pontificia, como el mismo rey le sugería que hiciera por las buenas. De hecho, poco después dimitió. Hay un documento que describe con señales, todas espeluznantes, cómo el rey mató a este juez. Y después de haberlo matado, ordenó arrojarlo a esta misma plaza. Y desde aquí, lo llevaron a enterrar a la iglesia de San Pedro. Era el día de San Nicolau, el día 6 de diciembre de 1427.

—¡Vaya, hombre, el día de Reyes Magos! —dice el de Ajofrín.

—No, no —corrigió la mujer—poeta—. La festividad de los Reyes es el 6, sí, pero de enero.

—Ahora pasamos al interior de la iglesia, la Catedral de Santa María de Mediavilla, que así se llama, pero antes fue parroquia de estilo románico dedicada a la advocación de Santa María de Mediavilla; luego colegiata desde 1342. Después, cuando se creó la Diócesis de Teruel en 1587 y mediando una bula papal, se convirtió en catedral, el monumento más significativo de Teruel. Es del siglo XIII —continúa informando Lucía—. Ya sé que no es tan esplendorosa como la de Toledo, pero es de la misma época, quizá, ésta se empezara a construir a finales del siglo XII. En cualquier caso, después de transformar su esencia románica, de eliminar muros y contrafuertes por innecesarios y de ganar en espaciosidad, altura y luz, se convirtió en la única catedral de estilo gótico—mudéjar, junto con la de Tarazona, en toda España. Como se aprecia, se encuentra en el corazón histórico de Teruel. Está dedicada a la Virgen en el misterio de la Asunción. Se accede a su interior por una portada modernista realizada por Pablo Monguío a principios del siglo XX, el introductor de este estilo arquitectónico en Teruel, como dije esta mañana. Varias obras suyas se reparten por toda la ciudad.

—Consta de tres naves de la misma altura —continúa Lucía—, lo que confiere al espacio mayor amplitud. Se han hecho varias transformaciones desde su primera composición: el en siglo XVI se elevó el cimborrio que cubre el crucero y, a finales del

XVII, se amplió con la girola que rodea el ábside. Todo el conjunto eclesiástico fue declarado Monumento Nacional en 1931: planta rectangular distribuida en tres naves y girola recta. Todo construido con mampostería y ladrillo. Aunque son muchos los tesoros que guarda —el retablo del altar mayor, de estilo renacentista en madera de pino donde sobresale san Pedro; el de la Coronación, siglo XV, y el de la Visitación, el ábside de estilo gótico—mudéjar, y su decoración e incrustaciones de cerámica blanca y verde y los pequeños torreones de ocho lados decorados con cerámica que forman estrellas, etc.—, sobresale entre todos la techumbre mudéjar.

—El artesonado, vaya —dice el de Ajofrín.

—No. Artesonado no —corrigió Lucía—, porque no tiene forma de artesa invertida y porque forma parte de la estructura base del edificio. Un artesonado se puede desmontar y trasladar a otro lugar tal cual. Esta techumbre no, si no queremos cargarnos la catedral. Porque es elemento constructivo muy importante. Pues bien, es la techumbre la joya de la catedral, que, desde finales del siglo XIII o primeros del XIV, cubre la nave central. Suban, suban a ese balcón volado extendido por los laterales de la nave y el tramo de los pies, desde donde se aprecia perfectamente un trozo sin decoración: el destrozado por un obús en la guerra. En su armadura de par y nudillo, presenta una muy completa decoración con motivos geométricos, vegetales y epigráficos de influencia islámica. Es como un libro abierto que enseña la compleja sociedad del Teruel medieval. Están representados numerosos personajes, desde Jesucristo y escenas de la Pasión, hasta santos, reyes, obispos, nobles, y damas, y caballeros, y campesinos, y togados... Se ven también escenas de caza, y bélicas, y luchas contra animales fantásticos, y escudos, y muchos instrumentos musicales; en fin, una muestra muy completa de la forma de vivir y de concebir el mundo en aquella época. Se conserva muy bien, a pesar de los daños sufridos en la guerra civil. ¿Ven que ahí falta la decoración? —dice Lucía señalando los últimos casetones de la techumbre que estaban sin decorar—. Y se conserva muy bien porque desde el siglo XVI permanecía invisible...

—¿Cómo invisible, si se ve perfectamente? —protesta extrañado el de Ajofrín.

—Ahora sí se ve perfectísimamente. Pero porque ha estado más de cuatro siglos invisible, porque estaba tapada por una bóveda renacentista, y se descubrió, precisamente, reponiendo esos destrozos ocasionados por la guerra. Mide 32 metros de longitud y casi 8 de ancho.

—Lucía, ¿has dicho que la estructura de la techumbre es de par y nudillo? — pregunta la mujer poeta.

—Sí, sí. Y sé que en Toledo también hay ejemplos de esta armadura: la techumbre de la iglesia de Santiago del Arrabal y la de la sinagoga del Tránsito.

—Sí, es cierto. Pero gracias porque no lo recordaba.

—Vean esas decoraciones... hexágonos, octógonos, estrellas de ocho puntas en los tirantes. Y cabezas de águila en las terminaciones de los canes, y bustos de mujer. Miren como las figuras nos están mirando desde esa privilegiada posición, desde lo alto, como miran los dioses las cosas de los humanos. En fin, como ya he dicho, por Real Decreto del 10 de noviembre de 1911 es declarada en su conjunto esta catedral —techumbre, ábside y torre— Monumento Nacional, junto con las torres de San Martín y la de El Salvador. El rosetón también es magnífico. Podíamos comentar mucho más, pero el tiempo no se estira. De la torre sólo diré que se empezó a construir en 1257, por lo que es una de las torres mudéjares más antiguas de España. Es de planta cuadrada formada por tres cuerpos decorados con azulejos y cerámica vidriada. Todo ello rematado por una linterna octogonal del siglo XVII. Ya en sus mismos inicios, se abrió en la base de la torre un paso para el tránsito de los viandantes de entonces.

—Aquí, a los pies, como ven, el coro y su sillería de madera. Es impresionante su cúpula y, también el órgano.

—Pasemos al claustro —nos propone Lucía—, que es uno de los pocos ejemplos de arte mudéjar en tierras aragonesas. Recordad que aquí estuvieron recogidos los cuerpos de Diego e Isabel en un templete de madera hasta que los trasladaron al lugar en que se encuentran en la actualidad, la Capilla del Sagrado Corazón. Se construyó en la segunda mitad del siglo XIV, de planta cuadrada y material de ladrillo. Es, como veis, de estilo gótico—mudéjar, de lo que da buena cuenta el ladrillo que lo compone. En sus buenos tiempos, el claustro tenía un aljibe. En 2007 se reformó y se hicieron excavaciones arqueológicas y se encontraron varias criptas funerarias de los siglos XVII y XVIII. Y entre los escombros, apareció una estela funeraria medieval decorada con una cruz y las llaves de san Pedro. Y ya que hablamos de excavaciones y de lo que aportan en muchos casos, añado que en 2004, con motivo de las obras para el Museo de los Amantes, se descubrió una gran necrópolis del siglo XIII, que fue identificada como el cementerio de la iglesia primitiva. Vamos fuera ya.

—Este espacio, esta plaza, anexa a la iglesia y al claustro, es el llamado patio—jardín y sirvió como cementerio parroquial entre los siglos XVII y XIX. En las dos primeras décadas de este siglo, se realizaron excavaciones y se encontraron restos de tres viviendas de la Baja Edad Media, que habían sido destruidas en el siglo XV...

—¡Hay que ver lo que aporta la arqueología! Pero a mí me parece imposible que... —exclama el viajero de Ajofrín—. ¿Cómo es posible averiguar que esas casas fueron destruidas en el siglo XV? ¿Por qué no en el XIII o en el decimonoveno? ¿Por qué?

—Y la heráldica, y... —continúa Lucía desoyendo las dudas ajofrineras—. Bueno, la última ocupación de este amplio solar correspondió a un taller de vidrio soplado del siglo XVII, del que aparecieron cinco hornos de fundición. Sin embargo, el hallazgo más importante en este lugar es una galería cerrada que atraviesa el patio y formaba parte del acueducto de los Arcos, llamado en aquellos tiempos “Traída de las Aguas”, obra del siglo XVI para el abastecimiento de agua en la ciudad. Miremos ahora al ábside de la cabecera. Observad los vanos geminados con arcos apuntados y otros lobulados que dan luz al Ándito, que corre detrás del muro sobre las correspondientes capillas.

—Bien —continúa Lucía dando por concluida la visita a la catedral—. Como sólo tenemos que cruzar esta placita para entrar en el Museo de Arte Sacro, que está en ese hermoso edificio que tenemos delante, el Palacio Episcopal, construido a finales del siglo XVI, y como la entrada a la catedral incluye también su visita, que nos llevará poco más de una hora, lo vemos ya mismo sin pérdida de tiempo en idas y venidas. Y refiriéndome al museo, diré un par de cosas de carácter general sobre el mismo y su contenido, porque harán la visita por libre, pues hay paneles explicativos por las salas de exposición: que la exposición se organiza en cuatro salas. En la primera se exponen dos bloques de contenido: sobre la Creación del mundo —imágenes del Dios creador, la Trinidad, los ángeles y arcángeles, y acaba con la creación de Adán y Eva y, claro, la aparición del pecado. El segundo bloque está dedicado a la promesa de la Salvación, y se explica mediante figuras de profetas, con obras que representan a la Virgen Niña y a sus padres. Reparad en una tabla muy buena de santa Ana con la Virgen Niña. Se cierra con imágenes de la Virgen con el Niño. La segunda sala está dedicada a Cristo: anuncio a los pastores, Epifanía y Huida a Egipto, escenas de la vida pública de Jesús y de su Pasión y Muerte y Resurrección. En la tercera sala, ya en la segunda planta, hay imágenes de santos y de mártires de la Iglesia, y relicarios y objetos de uso devocional. Y la cuarta sala es la antigua capilla privada del palacio y el Salón del Trono del obispo. Está dedicada a la Eucaristía y encontraremos, en primer

lugar, el retablo de la capilla, con la sensación de hallarlo dispuesto para celebrar la misa. También se muestran objetos usados en la celebración y en el servicio de los sacramentos: cálices, casullas, pluviales unas y otras no, copones, incensarios, hisopos, navetas, crismeras, bandejas, portapaces, etc. Y custodias, y cruces procesionales...

—¿Cómo te sabes todo esto de memoria? —pregunta Angelines, compañera de viaje nativa de Mora.

—Porque ya lo he explicado muchas veces —responde Lucía—. Y antes de pasar, quiero decir un par de cosas sobre el edificio: Que se empezó a construir a finales del siglo XVI y se organiza todo su interior en torno a un patio interior, al que se abren dos patios unidos por una espaciosa escalera. El patio central está cubierto por una bóveda de cristal, que le hace mucho más funcional, pues se celebran conciertos, exposiciones temporales y otras actividades culturales. El edificio ha conocido muchas reformas a lo largo de su historia, pero la que más nos interesa ahora es la última, porque se cubrió el patio, se dotó al museo de nuevos archivos y, al mismo tiempo, se amplió y modernizó el antiguo museo. Y ya podemos pasar. Tenemos poco más de una hora para visitarlo. Ah, por favor, un momentito más —nos pide Lucía—. Quiero decir que se ha renovado para resaltar las piezas expuestas de la diócesis de Teruel y de Albaracín, pero la mayor parte de ellas se exponía aquí, en el Palacio Episcopal. Y la segunda cosa que quiero señalar es el significado de los colores que vamos a encontrar: el color rojo, en la primera planta, está dedicado a la Redención, por lo que encontraremos numerosas imágenes de Jesucristo; el azul hace referencia a la Maternidad de la Virgen y a sus padres. El verde, ya en la planta superior, se identifica con la Fidelidad de los santos. También se representa la Sabiduría, con una biblioteca con libros desde el siglo XVI, la reproducción de un escritorio y un par de cuadros de santa Teresa, escritora y doctora de la Iglesia. En esta planta, además, hay otros ejes temáticos, por ejemplo, la Delicadeza; y en el Salón del Trono se exponen piezas relacionadas con la Comunidad Diocesana. Y junto a este salón, se puede visitar la capilla y la casa del obispo, como si estuviera en uso en la misma actualidad. Y ya sí, ya pasamos.

—Por favor, Lucía, ¿quién es el señor que preside la plaza desde ese empinado pedestal? —pregunto yo mismo otra vez.

—Es el Venerable Francisco de Aranda, que se encuentra entre los orígenes mismos de la Fiesta de los Toros, según la entendemos hoy día. Resulta que un año cualquiera del siglo XIV que no recuerdo, tuvo a bien nuestro personaje pagar de su bolsillo el importe de los toros que se iban a lidiar, y se lidiaron, vamos según aquella usanza, amarrados a una

soga..., para que la carne se repartiera entre hospitales y gentes recluidas en las cárceles de este entorno. Y la ciudad agradecida le dedica esta plaza.

—Muchas gracias.

Y nada más pasar el claustro de la entrada, aparecen esos objetos de culto mencionados, y otros muchos más, y tallas románicas de la Virgen del siglo XIII y otras posteriores, y un Cristo de marfil extraordinario y originalísimo. Perteenece al convento de las dominicas de Albaracín adonde llegó, procedente de Filipinas, en el siglo XVII, y es uno de los pocos que existe en toda España. La figura de Jesucristo está enmarcada en “El árbol de la vida” y se encuentra rodeada por medallones de marfil engarzados con tanta precisión que resulta inverosímil. También me parece soberbio un cofre de marfil tan trabajado con detalles y figuras que me recuerda la técnica de “horror al vacío”. Y la obra El Calvario es extraordinaria, un conjunto monumental. Lo integran cuatro imágenes, sólo identificables por el decir de la cartela: Cristo en la cruz, supuestamente en la cruz, porque no hay tal cruz: sí, un muy significativo el agujero en el pie lacerado de Jesucristo por aludir al alojamiento del clavo taladrador, la Virgen y san Juan, apenas reconocibles, y Longinos decapitado. Procede de la ermita de la Sangre de Cristo de Sarrión, destruida durante la guerra civil y el Cristo, además, muy dañado... También me ha llamado la atención, y mucho, otra escultura con Cristo bendiciendo, pues no conozco otro caso en la iconografía con este tema. Leo que procede de la ermita de Santa Bárbara de Bronchales.

En cuanto al apartado reservado a la pintura medieval, me ha impresionado la Virgen de la Misericordia, tabla gótica del siglo XV, con el manto abierto para dar cobijo en su regazo a cuantos se acerquen a Ella. En la parte alta de la izquierda, según se mira el cuadro, Jesucristo lanza flechas contra personajes que representan los siete pecados capitales. Me impresiona enormemente ver a Jesucristo en posición atacante, ofensiva, lanzando flechas. Nunca lo hubiera imaginado. La tabla con la Santísima Trinidad es originalísima también, del siglo XV con fuertes reminiscencias bizantinas: El Padre sostiene la cruz de Cristo crucificado y forma una pirámide, en cuyo centro está la paloma como símbolo del Espíritu Santo. La luz y la expresión de san Sebastián en los dos cuadros que le representan también lo he anotado en mi cartera: mirando uno de los dos cuadros, he tenido la impresión de que san Sebastián sonreía ante la insidiosa de los lanzadores de flechas. Y la complacencia en la mirada de santa Teresa, escritora y doctora, recibiendo la inspiración divina en el cuadro en que documenta el espacio dedicado a “la Sabiduría”, junto a la reproducción de una biblioteca antigua con ejemplares del siglo XVI. Y otras dos

tablas que representan a santa Catalina acechada por la rueda del martirio y la santa sin inmutarse, como san Sebastián.

Entre la orfebrería abundan los cálices, relicarios, custodias, cruces procesionales y otros objetos de culto. Y en la sección dedicada a la “Vida conventual” me ha cautivado una talla en madera de san José con el Niño y una escena de la Huida a Egipto. Pero lo realmente extraordinario son las figuras de papel, impresionantes por el colorido, las formas que adquieren y el tamaño de muchas de ellas. Y entre la escultura de madera y mármol, anoto varias imágenes de la Virgen con el Niño del siglo XIII en madera policromada, como la procedente de la iglesia de Torrelacárcel, de muy expresivos ojos; y otras del XIV y XV de porte gótico. Y san Joaquín con la Virgen Niña cogida en los brazos es una hermosa talla de madera policromada del siglo XVI; y la talla de santa Ana con la Virgen, Niña también de la mano, y san José con Jesús Niño, todas de vestimenta muy trabajada.

Reconozco que buscaba con afán obras de Benlliure, como leía en algunos folletos, pero las que se exponen “y que” pertenecen a su taller. Una, sin embargo, es atribuida al escultor valenciano sin duda: “El Medallón del cardenal Belloch”, en terracota, pero me dice poco. Sin embargo, delante del medallón hay un hermosísimo bulto escultórico que muy bien podía haber firmado el afamado escultor: se trata de un bellísimo ángel que entrega el cáliz a Jesucristo, en el que destaca el laboriosísimo trabajo de la vestimenta de sendos personajes. Y si no es de Benlliure, muy bien podía firmarlo como suyo.

De nuevo nos despide Lucía en la Plaza del Torico, “donde tenéis muchos bares para refrescar la garganta, aunque la hora no invita a un refresco, precisamente, dijo Lucía.

—Nos vemos después de comer a la puerta del hotel, como hoy.

—A ver, por favor, un momento —nos pide Raquel—. Que por culpa de la nieve queda suspendida la visita programada para esta tarde, por lo que hemos improvisado otra muy interesante y, además, muy próximas a Teruel. Por tanto, haremos muy pocos kilómetros. Vamos a ir a Villaespesa, a unos 8 kilómetros de Teruel, a ver una iglesia de estilo modernista muy original, la iglesia modernista de El Salvador. Por lo demás, todo sigue igual: salimos a la misma hora y desde el mismo lugar, la puerta del hotel. Allí nos esperará Lucía.

—El frío. La nieve, no olviden dónde están —recordó Lucía—. Verán como la visita a esa iglesia les va a gustar. Hasta después de comer.

Hasta Villaespesa y la iglesia de El Salvador

—Como se ha suspendido la visita a Orihuela del Tremedal, vamos a ir por los alrededores de Teruel, a Villaspesa concretamente,—nos informa Raquel,—, para visitar la Iglesia modernista de El Salvador de la Merced. Al regresar a Teruel, Lucía nos llevará de paseo extramuros y llegaremos al hotel por el Arrabal —informa Raquel.

—Sí. La nieve se ha adueñado de las carreteras y no es posible transitar por ellas. Así que visitaremos esa iglesia modernista, que es muy interesante. Y como estaremos de regreso a media tarde, daremos una vuelta por este barrio llamado del Arrabal. Veremos construcciones modernistas y otras casas de estilo regionalista, ya sabéis, con las fachadas hechas de piedra y ladrillo, y el Acueducto de los Arcos. También veremos estatuas muy simbólicas de Teruel: la del Vaquillero y la del Niño con un libro y la palabra “Río”, y terminaremos aquí abajo, en la Escalinata, donde encontraremos más recuerdos de Juan Diego y de Isabel —informa Lucía—. Y como el autobús ya está rugiendo de impaciencia, vamos a Villaespesa...

—Y como está a unos 8 kilómetros, o menos, de Teruel, se le considera un barrio de la ciudad, donde bastante gente que trabaja aquí, tiene su residencia en Villaespesa. Mejores condiciones de las viviendas, más baratas, mejores condiciones de vida y proximidad a la capital de la provincia. Todas las ventajas de la gran ciudad sin tener que sufrir sus inconvenientes.

—Vamos, que Villaespesa se ha convertido en ciudad-dormitorio para... — argumenta sin terminar el compañero de Ajofrín, o sea, Natalio de nombre.

—Sí. Exacto —responde Lucía.

Y el autobús la emprende por la Avenida de Zaragoza y, al poco de su marcha, identifica Lucía la iglesia de los Franciscanos, donde se casó Isabel y el descendiente de los señores de Albarracín.

—El convento estaba rodeado de huertas, y en ellas se construyó, entre otras instalaciones, la Casa de la Misericordia o de Beneficencia a principios del siglo XIX, que vemos a nuestra derecha. Hoy día es conocido como “Hogar Comandante Aguado”, que así pasó a llamarse después de la guerra civil. De impronta modernista y forma rectangular. Sus dependencias distribuidas en cuatro plantas se desarrollan en torno a patios interiores. Ha tenido diversos usos, y en su última etapa ha servido de almacenamiento: ahí se encuentra parte la documentación del archivo de la Diputación de Teruel e, incluso, algunas

dependencias de la Universidad de Teruel. Lleva unos veinte años en desuso y muy deteriorado, por lo que es usado para múltiples actividades, incluso para prácticas religiosas satánicas, como denunciaba hace poco en el periódico *La Lucha*, por el lamentable estado en que se encontraba el edificio. Diré que este edificio fue propuesto para instalar en él un Museo Nacional de Etnografía y, después, la Agencia Espacial Española. Pero no se hizo nada al respecto. Ese otro edificio es la cárcel. Aquella ermita es la del Carmen, construida en el siglo XVII. Aquel palacete de inspiración neomudéjar es el Parador —informa Lucía cuando el autobús la emprende por la autovía Sagunto—Burgos.

Y por esos alrededores, guardando el centro de una rotonda en la Avenida de Zaragoza, pide Lucía que reparemos en una bella estatua en bronce con un niño leyendo y la palabra “Río”, simbolizando que la educación, la cultura, inculcada desde la infancia es como un río que forma cauce, pienso con la idea de encontrar un justificante que relacione lectura y “Río”.

—A nuestra izquierda. Luego la veremos y hago un comentario sobre todo ello — argumenta Lucía—. Sí, sí, mirad, esa escultura que queda a nuestra izquierda. No os preocupéis si no habéis encontrado la palabra “río”. Luego la veremos.

Salimos de Teruel y aparecen manchas de nieve asentadas en las laderas de los montes sobre tierra roja y piedras caballeras. Y entre rotundas de circunvalación y terrenos labrados y huertos pequeños, llegamos a Villaespesa, por la carretera que va a Cubla, y el autobús se detiene ante los rótulos de las calles del Horno y de Cubla, precisamente, junto al cauce del Turia: delante de la puerta de la muy original Iglesia de El Salvador, en la que sobresale su esbelta estampa hecha con mezcla del material diverso: piedra sillar, ladrillo, mampostería y cerámica de colores. Tres arcos apuntados sujetan un tejadillo que corre toda la fachada central y forman un soportal. El tejado, a su vez, está flanqueado por dos torres de dos cuerpos cada una, de distinta altura y rematadas por una corona de cerámica policromada, en cuyos respectivos centros se alza un pináculo, a modo de faro, que dará luz al interior. El primer cuerpo de sendas torres está resaltado por una esbelta ojiva de arco apuntado, y la superior con dos en su parte central y otro lateral. El arco central da la entrada al recinto, y el vano del superior lo ocupan cinco ventanales policromos.

Para entrar al interior del recinto, Lucía se hizo con la amabilidad de una aldeana que franqueó la puerta de acceso y nos acompañó sin abandonar la sonrisa. El interior de la iglesia es pequeño, de una sola nave distribuida en cinco tramos por columnas de ladrillo y cabecera poligonal. En el altar se encuentra una imagen de la Virgen de la Sabina,

adornada, entre otros detalles, con cabello natural, a la que honran los 821 villaspesinos entre mayo y junio de cada primavera. La cubierta es de madera y está perfectamente conservada. A los pies de la nave, está el coro alto al que se accede por una escalera de madera en forma de caracol. Y como la entrada había sido libre y franca, dejamos unas monedas para la conservación del muy original recinto religioso.

—El constructor es Pablo Monguió, el que tantas obras levantó en Teruel: varias casas de elegante modernismo, la portada de la catedral, el teatro Marín, la restauración de la iglesia de san Pedro y el teatro municipal. Y casas modernistas: la de la Madrileña, la Casa Ferrán y la de “el Torico”, como dije ayer. Todas ellas declaradas Bien de Interés Cultural en 2007, lo mismo que esta iglesia, declarada BIC en el 2002. Se construyó entre 1910 y 1912, a expensas de una aldeana que por su altruismo y buena acción resaltó su nombre para agradecerle su decisión y para hacerla menos muerta recordándola: Alejandra Torán, que pagó las cinco mil pesetas que costó la reparación.

Más de Teruel

Y acabada la visita y con la plenitud de la tarde, dejamos la iglesia rodeada de huertos y hojas pequeñas de cereal que se afanan en sacar sus primeros colores a los sembrados y deseosos de encontrar la paz y el silencio aldeanos que ya empieza a tejer la hora. Al poco, nos devuelve el autobús al punto de partida y se hace Lucía con la palabra:

—Ahora bajamos por La Escalinata hacia el Arrabal, donde estaban las huertas y los campos de labor. Es un paseo que al quedar fuera de lo que fue el recinto amurallado y a trasmano del centro, casi nadie visita. Y merece la pena conocerlo por muchas razones, como veremos. En primer lugar, porque en este espacio abierto y ancho, vamos a encontrar ejemplos de estupendas casas unifamiliares de variados estilos.

Y entre la alameda nos va mostrando hermosas casonas de estilo regional pertenecientes a alguna familia navarra, otras neomodernistas, “ecléctica alguna y, como veis, todas rodeadas de una amplia parcela verde, bien para huerto o jardín o para las dos cosas; y fábricas abandonadas” ... Y llegamos al Acueducto de los Arcos...

—Acueducto de los Arcos o “Traída de las Aguas”, como también es conocida esta obra de ingeniería considerada entre las más relevantes de Renacimiento español —dice Lucía—. También está considerada Bien de Interés Cultural. Se construye a mediados del siglo XVI para mejorar y asegurar el abastecimiento de agua a la ciudad, que dependía de los aljibes del siglo XIV, y el arquitecto encargado de realizar las obras es el francés Quinto Pierres Bedel, que las realiza a buen ritmo. Para salvar el último obstáculo —este barranco del noreste de la ciudad—, el arquitecto construyó estos arcos que, como se aprecia, tienen una doble función: la de viaducto los dos arcos de abajo, y los seis superiores de acueducto. En fin, que el agua llegó a la plaza principal en 1558. Luego se hubieron de superar otros problemas, como el de la distribución del agua por la ciudad...

—Y esta es la estatua del Niño, “El Doncel” leyendo que hemos visto desde el autobús, obra del escultor de Huesca Pascual Berniz, construida en acero cortén, mezcla de acero y cobre y tiene una altura de cuatro metros. Lo que llama la atención es la palabra “Río” ahí colocada, porque no se ve relación con el conjunto. Pero, según el propio autor, la idea general de la escultura es —partiendo de la unión de la imagen con la palabra “Río” y de que en Teruel se juntan el Alfambra y el Guadalaviar para dar origen al Turia—, que

por los ríos se transmite la cultura al poner en contacto a los distintos pueblos que unen sus cursos.

—Muy original la idea —respondo yo mismo.

—Ahora vamos por aquí, por la Ronda de Ambeles... Los Ambeles —dijo Lucía mirando al viajero de Ajofrín— eran una familia poderosa en el Teruel del siglo XVIII, tanto que el “pater familia” compró a principios de ese siglo lo que quedaba del primer alcázar de la ciudad. También recuerdan a esta familia en Teruel el Torreón de Ambeles, que señala la ubicación exacta del alcázar, y de ahí toma su nombre esta Ronda. Pues bien, veremos en esta misma Ronda otra estatua muy significativa y apreciada en Teruel, la del Vaquillero. Ya desde aquí se la ve colocada a la entrada del viaducto peatonal, en este pequeño y ameno jardín con bancos. Su autor es el escultor José Gonzalvo, de Rubielos de Mora. La obra está hecha en chapa de hierro con los tres grandes protagonistas de las fiestas grandes de Teruel: el ángel Custodio, el toro y el vaquillero o peñista, y coronando el conjunto, la omnipresente estrella, símbolo de la ciudad. Todo ello sobre un pedestal de piedra, a cuyos cuatro lados hay sendas placas ilustradas que imitan al pergamo. A cada una le corresponde una leyenda que copio íntegras: “*Este monumento simboliza la tradicional fiesta de la vaquilla del Ángel de Teruel. Su origen data del día 31 de agosto de 1679. El toro, la estrella, el ángel y el vaquillero símbolos de la fundación de la ciudad y de la vaquilla del Ángel. La Vaquilla del Ángel debe celebrarse el segundo domingo después de S. Pedro y el más próximo a San Cristóbal. Obra del escultor José Gonzalvo inaugurada el día 6 de julio de 1985*”.

Pero observando el conjunto, veo que el ángel Custodio muestra una estrella al toro, a modo de capote, con que hace un prodigioso quite al osado peñista en momentos de sumo peligro, pues el astado iba hacia él con intenciones poco amistosas. Dejamos el descansado lugar y...

—Desde aquí, vamos a La Escalinata —dice Lucía—, que desde el año 1921 en que fue construida por José Torán, otro arquitecto muy importante para la ciudad de Teruel, es conocida por varios nombres: de la Estación (de Ferrocarril), que está ahí mismo, la Escalinata del Óvalo, que es como se llama la calle de vuestro hotel, y la Escalinata de Torán. ¿Recordáis la copilla de ayer que os recité en la Plaza del Torico...? Pues bien, como se puede apreciar, es una construcción monumental, también declarada BIC en abril del 2008, levantada con ladrillo, adornos de cerámica, hierro y piedra. Se construyó con una finalidad social importante: salvar el desnivel entre la Estación de Ferrocarril y la parte histórica y central de la ciudad. En la parte central alta, ¿veis?, se aprecia una escena

esculpida de los Amantes: Isabel desmayada sobre el ataúd de Juan Diego. También resplandece el escudo de la ciudad y una placa de cerámica incrustada en el pilar izquierdo del monumento, según se sube, que informa de que “El día 5 de junio de 1921 se abrió al tránsito público esta obra proyectada y construida por el ingeniero D. José Torán de la Rad”.

—Arriba, en el tramo más alto de La Escalinata, una placa explicativa da cuenta del día exacto cuando se puso la primera piedra de esta monumental escalera. Pero, ¡ojol!, que hay un error en la misma, pues dice que el director general de obras públicas es D. Carlos Castel y Clemente, cuando, en realidad, este político ya había muerto. Se trata, por tanto, de su hijo, el relacionado con la Plaza del Torico: Carlos Castel y González de Amezúa.

—Como se aprecia perfectamente —continúa Lucía—, destacan en la construcción del monumento el ladrillo cocido y la piedra tallada, propios de mudéjar, y la cerámica policromada (verde y blanco) y los esbeltas torreones de la parte alta. Y a esta impronta neomudéjar se suman los detalles que recuerdan al modernismo: los diseños de forja de las farolas que marcan el recorrido. Así pues, amigos de Toledo, La Escalinata es una exaltación de la ciudad y su historia, representada en la escena de Los Amantes de Teruel, en el frontispicio del panel principal. Y recordando que La Escalinata fue declarada BIC en septiembre de 2008, subamos hasta el punto de partida. Son 144 escalones... Pero hay ascensor para quien lo deseé. Y hemos llegado al corazón del Paseo de Óvalo.

—Ahora, —se hace con la palabra Raquel— tenemos tiempo libre hasta la cena, y recuerdo que es a partir de las ocho y media. Y unos se marcharon directamente al hotel, otros regresaron al centro, e Irena y yo nos vamos a los lugares que Lucía había aconsejado visitar.

Y regresando cruzamos el Acueducto de los Arcos, por cuyos alrededores leí que “es una construcción renacentista de estructura mixta de arcos, que hace función de viaducto en el cuerpo inferior y de acueducto en el cuerpo superior, tal y como disponía el antiguo Fuero de Teruel. Obra del maestro francés Pierres Vedel, es una construcción ejecutada durante el siglo XVI y realizada en piedra ligeramente almohadillada. Forma parte de la estructura de abastecimiento de aguas desde el manantial de la Peña del Macho hasta la ciudad. El último gran obstáculo y parte visible de un trazado mucho más complejo que permitía captar las aguas mediante un dilatado sistema de puentes y arquetas”.

También nos acercamos a la Estación de Ferrocarril, un poco tristona porque no está tan atendida por los mandamases como desearía, a pesar de ser más que centenaria. De

manera sencilla, enseña sus entrañas: ladrillo visto y vanos adintelados; sin más adornos, y pasamos delante del Archivo Histórico Municipal, espléndido edificio de estampa modernista, y de la Iglesia de la Merced con su señera torre-campanario adosada a los pies de su iglesia, la “*olvidada torre mudéjar de Teruel*”, diría luego Lucía. Nos acercamos a la iglesia, anclada en el barrio del Arrabal, donde antes estuvo el convento mercedario desde el siglo XIV, y observamos la torre esbelta, sencilla y estirada en tres cuerpos, de los que los dos primeros son mudéjares, de planta cuadrada el primero y el central, ambos del siglo XVI, y destacan por su decoración enladrillada, vanos apuntados y cruces de múltiples brazos. El superior, que pertenece a una reforma del siglo XVIII, es de planta octogonal y está abierto en sus vanos con arcos de medio punto y coronado, a su vez, por un expresivo chapitel piramidal.

Como estaba cerrada la iglesia, nos conformamos con leer que alberga en su interior un espléndido retablo plateresco dedicado a san Jorge. Nuestra postrera mirada fue para la torre que, solitaria y atardecida en el Arrabal y, silenciosa, brinda su clásica elegancia con su propia estampa adornada con la decoración de su cuerpo central cotejada por el espléndido edificio modernista que alberga el Archivo Histórico Provincial (BIC, 1996, julio) y el Acueducto Los Arcos.

—Aún tenemos tiempo para visitar la Torre de El Salvador —dice Irena. Y la visitamos. Pero antes compré dos pares de zapatos a Enrique, un comerciante turolense de toda la vida, al que le ha llegado la hora de jubilarse y liquida su negocio “*por jubilación — dice— y, sobre todo, porque mis hijos no quieren saber nada de vender zapatos.*

En el vestíbulo de la torre, el cancerbero nos dio un folleto donde leí que “El primer cuerpo, de planta cuadrada, se levanta sobre un basamento de piedra sillar. A partir de aquí, se construyó en ladrillo, enfoscado hasta algo más de la mitad de este cuerpo... La decoración en ladrillo resaltado se concentra en la parte alta en forma de banda de esquinillas simples y un vano doblado en arco ligeramente apuntado con unos curiosos motivos en los laterales. En cada uno de ellos se dispone un rehundido que se rellena con seis filas de esquinillas en vertical... entre los que se intercalan columnas de ladrillo aplantillado circular... Se completa la decoración con una nueva banda de esquinillas simples. Una cornisa sobre ménsulas en forma de pirámide invertida da paso al segundo cuerpo. Es un poco más pequeño y presenta las esquinas achaflanadas con seis pequeños torreoncillos a los lados de la puerta marcada por varios arcos de medio punto abocinados, alternando las de diente de sierra con las aboceladas a base de ladrillo aplantillado”.

—Son 122 escalones. ¡Y sin ascensor! —nos advirtió el joven cancerbero—. Pero se suben con bastante comodidad. Además, al final de cada tramo, hay una sala de interpretación de la arquitectura mudéjar y pueden descansar. ¡Si lo necesitan! Ya se lo digo: en la primera sala el vídeo versa sobre el mudéjar en el mundo, donde se habla de Toledo, claro; en la segunda, sobre el mudéjar en el tiempo explicando los materiales de construcción, y en la tercera, el mudéjar en Teruel. Aquí en esta sala, en la tercera, hay una maqueta espléndida del Teruel del siglo XIV. Y si no están cansados, entren en las salas y admiren la ciudad de Teruel que, poco a poco, peldaño a peldaño, va quedando a nuestros pies.

—Muchas gracias por su sustanciosa información.

El caso es que en una de esas salas, un documentado panel informa de “La leyenda de las dos torres”, que leí, y tal cual la escribo ahora: “Cuenta la leyenda que Abdalá y Omar eran dos arquitectos musulmanes que trabajaban en Teruel a principios del siglo XIV. Los cristianos de la villa querían levantar para las iglesias de San Martín y El Salvador sendas torres adosadas, y les encomendaron a los dos alarifes su construcción. Iban a ser magníficas: la pericia de los mudéjares para la albañilería era conocida y apreciada en todo el reino. Y quiso el destino (o el amo: no podía de ser de otra manera en esta ciudad) que una hermosa mora se cruzara en el camino de los maestros alarifes. Zoraida, que así se llamaba, era pretendida por los dos, y a la muchacha le gustaban ambos y no se decidía por ninguno. Entonces se le ocurrió al padre de la joven intervenir, y les propuso que la mano de su hija sería para quien alzara la torre más bella en menor tiempo. Los tres expresaron su acuerdo, y comenzaron las tareas. Pasaron los meses. Los edificios, casi gemelos, se elevaban cubiertos por lonas, andamios y cañizos. Omar había terminado su obra el primero; llegó el momento de ofrecer orgulloso su maravillosa atalaya a todos los turolenses. Pero el deslumbramiento duró unos segundos. La torre de San Martín estaba levemente inclinada. El enfurecido Omar subió las escaleras de tres en tres escalones, trepó a lo más alto y desde allí se precipitó al vacío. Unos días después, cuando Zoraida y Abdalá, unidos ya en matrimonio, se deleitaban con las vistas en el campanario de El Salvador, dejaron escapar un suspiro de melancolía al contemplar la torre del rival”.

Y como se había suspendido la excursión a Orihuela, que era la primera de las programadas, Lucía ya nos espera a las nueve en punto en la puerta del hotel.

—Buenos días, toledanos. Creo que lo debéis pasar muy bien conmigo, porque desde que habéis llegado, os he acompañado por las callejas de Teruel y sus monumentos más emblemáticos. Como sabéis, estaba programada una excursión a Orihuela del Tremedal, pero como es uno de los pueblos de la provincia de Teruel de mayor altura...

—A cuántos metros está sobre el nivel del mar, si puede saberse —pregunta Natalio, el de Ajofrín.

—A 1450 —contesta Lucía recordando las interrupciones del día anterior...

—Es que cómo no va nevar a esas alturas. Y el frío que hará será menino. Es aquí en Teruel, que estamos a menos de mil metros sobre el nivel del mar, y ya veis la rasca...

—razona repleto de lógica Natalio.

—Y es una pena —retoma la palabra Lucía—, porque Orihuela merece la pena visitarla, y los alrededores, y el paisaje, plena Serranía de Albarracín. Cuenta en su jurisdicción con importantes yacimientos arqueológicos. Se encuentra, además, enclavado en la ruta del Camino del Cid. Su iglesia está bajo la advocación de San Millán de la Cogolla, y es del último tercio del siglo XVIII. Tiene una torre muy esbelta, de tres cuerpos rematados con un airoso chapitel. En su interior conserva una talla muy antigua de la Virgen del Tremedal, tan antigua que es románica, y un órgano de mediados del XVIII. Sólo un par de cosas más sobre Orihuela del Tremedal, que nos espera el Museo Provincial de Teruel. La iglesia fue declarada Conjunto Histórico-Artístico en 1972 y que los de Orihuela...

—¿Cuántos habitantes tiene ese pueblo y cómo se llaman? —pregunta Natalio.

—Unos cuatrocientos. Se les conoce como oriolanos y orihuelanos. Decía que como Orihuela del Tremedal es uno de los pueblos más altos de la provincia, la nieve impide que vayamos a visitarla, pero diré un par de cosas de Orihuela. Bien, pues estos paisanos acuden todos los años al santuario de la Virgen del Tremedal el segundo domingo de septiembre para honrar a su Patrona, que cuenta con su correspondiente leyenda. Resulta que la Virgen se apareció a un pastor al que le faltaba una mano. Y este pastor tiene nombre y apellido: Pedro Novés, que por aquellos parajes cuidaba de su rebaño. Y la aparecida le dijo que tenía hambre, que, por favor, le diera algo de comer. Y Pedro abrió su zamarra y se disponía a meter la mano en su interior para coger un trozo de pan y queso que ahí

llevaba. En ese momento, la Virgen le dijo que lo cogiera con la otra mano, la lisiada, y le diera parte de su comida. Y Pedro, aunque sorprendido, obedeció, y cuando sacó la mano con el trozo de pan y queso, vio su brazo completamente restablecido. Y agradecido que era Pedro, se postró de rodillas delante de la imagen y le dijo que haría cuanto le pidiera.

—Baja a Orihuela y publica lo que he obrado contigo, y diles que moro entre ellos en esta Sierra, y es mi deseo ser venerada aquí para consuelo y beneficio de todos ellos.

—Pues bien, todas estas cosas y otras tantas y los paisajes de la Sierra nos dejaremos sin ver, pero veremos otras tan merecedoras de nuestra atención. Ahora vamos a la Torre de San Martín, al Portal de Daroca y a la Cuesta de la Andaquilla para continuar con el mudéjar y recoger más recuerdos de los Amantes. Terminaremos la mañana en el Museo Provincial

—Y ya, ante la Torre de San Martín —explica Lucía— estamos enfrente de la calle de los Amantes. Es otra torre-puerta, por cuya bóveda ojival pasa el tráfico humano y rodado que lo desea, “y sin pagar portazgo alguno”, añadió una voz. Se construyó a principios del siglo XIV con dos torres, una dentro de la exterior, y entre ambas una escalera que sube y baja y conduce al campanario. Su estructura es la de un minarete almohade cualquiera. La torre interior tiene tres plantas cubiertas con bóvedas de crucería. Claro está que sobre la fachada exterior, se plasma toda la decoración: paños de ladrillo resaltado, estrellas de ocho puntas enlazadas, friso de arcos mixtilíneos y arcos lobulados. Observad el contraste entre la esbelta torre mudéjar y lo barroco de su iglesia, a la que está adosada. Ese edificio es la Casa de la Cultura, actual Biblioteca Pública —dijo Lucía señalando hacia la plaza contigua—. En su lugar, hubo una mezquita que ocupaba casi todo el edificio y buena parte de esta torre de San Martín. Ahora bajamos un poco y nos acercamos al Portal de Daroca, que es una de las entradas del antiguo recinto amurallado de la ciudad del siglo XII y enlaza con la Cuesta de Andaquilla, paraje todo esto muy relacionado con la historia de Juan Diego e Isabel. Otra de las funciones de esta vieja y ejemplar torre era la de vigilar a cuantos cruzaban la Puerta de Daroca y subían por la Cuesta de Andaquilla...

—Pues bien, —continúa Lucía—, por este arco—puerta cruza la susodicha Cuesta de la Andaquilla, camino que, forzosamente, trajo el caballero Juan Diego de Marcilla para cruzar el renombrado Portal en 1217, cuando entró en la ciudad con el ardiente deseo de casarse con Isabel, Isabel de Segura. Y como testimonio de lo que digo, leed esos versos de la placa ahí colgada. Y dicen así:

“Buen caballero Marcilla,

en mal hora a Teruel vuelves,
frena el paso, que ya es tarde,
piensa que a la muerte vienes.

A mitad de la subida
la caballería pierde,
¡anda, jaquilla! le grita,
pero la jaca no puede,
¡caballero, qué veloz,
qué veloz vas a la muerte!“.

—Claro, que antes que pasara Diego por este Portal —aclara Lucía, dueña de toda nuestra atención—, hubo de hacerlo el traidor y mentiroso que, con plena seguridad, era pariente de los Azagra de Albarracín. Este traidor, unos días antes de que lo hiciera Diego de Marcilla, cruzó este Portal y subió esta Cuesta y llegó hasta la casa—palacio de los padres de Isabel con la noticia de que Diego de Marcilla había muerto en sus propios brazos exclamando el nombre de Isabel, por lo que solicitaba la mano de Isabel para don Pedro de Azagra. Y relataba con tanto sentimiento de dolor la muerte de Diego y con pleno convencimiento de cuanto decía, que todos los oyentes, principalmente Isabel y su padre, lo dieron por cierto, incluso los padres y familiares de Juan Diego, y aceptaron de buen grado que la joven se casara con el caballero de Albarracín. Y así fue, y así ocurrió, pues Isabel de Segura y Pedro de Azagra se casaron en 1217 en la parroquia de los Franciscanos de Teruel. Después, ocurrió lo que todos sabemos.

—¿Se sabe el nombre del traidor? —pregunta el viajero de Ajofrín con el rostro desencajado y el ceño fruncido y para pocas bromas.

—No, no se sabe. Se desconoce —contesta Lucía—. Nos basta con saber el pecado. No hace falta conocer al pecador.

—¡Al traidor! —grita el ajofriner.

—Sí, al traidor.

—Es que a los traidores, ni agua. ¡Ni agua ni sal! —reafirma el compañero de Ajofrín.

En este momento, Raquel, nuestra guía toledana, se hace dueña de la voz y nos informa de que las excursiones previstas para mañana a Orihuela y a Albarracín continúan aplazadas porque la nieve lo impide al hacer intransitable la ruta. Ahora vamos al Museo Provincial, ¿no, Lucía? Es un gran edificio asentado sobre una colina de la ciudad que hemos visto desde muchas partes paseando por Teruel.

—Sí, y ahí nos despedimos hasta mañana. Esta tarde la tenéis libre. Ah, subid a la logia para ver amplias panorámicas de Teruel y su entorno. Ya sabéis, la entrada es libre.

En un esquino de la histórica Puerta de Daroca, empecinado en competir con ella en altura y constancia, crece un joven ciprés regado por la fuerza y la lealtad de Diego e Isabel.

—El Museo Provincial de Teruel que, como ya he comentado —recuerda Lucía ante la puerta renacentista de su entrada—, está en la Casa de la Comunidad, antiguo palacio del siglo XVI construido para ser sede de la Comunidad de aldeas de Teruel durante la Edad Media. Antes de ser destinado a museo, el edificio ha cobijado a otras instituciones políticas y culturales: fue sede de la Diputación Provincial, sede también de algún partido político e Instituto de Secundaria. Como se aprecia por su austera elegancia, es de estilo renacentista, con fachada de sillería rematada por una arquería de quince vanos abrazados por arcos de medio punto y, sobre ellos, una logia de columnas dóricas. Consta de cuatro plantas y no todas las ocupa el museo, museo que desde 1974 tiene la consideración de Monumento Histórico Artístico. Y aunque su destino y finalidad primera sea la de albergar colecciones de etnografía, prehistoria y arqueología, tiene otros usos circunstanciales: en él se desarrollan muchas actividades culturales, como presentaciones de libros, conferencias, exposiciones permanentes, etc. Hay también un taller de conservación y de restauración. Pero todo se supedita a las exigencias del museo, por lo que esas otras actividades quedan relegadas a las necesidades del museo, como es la ampliación y exposición de su contenido. Y lo digo porque últimamente se han incorporado dos nuevas secciones: la de Arte y Costumbres Populares y la del Museo de Juguetes. Y como la visita es por libre, os sugiero que reparéis en la botica del siglo XVIII en una sala de la primera planta, con alberos procedentes de Alcalá de la Selva, pueblo que vamos a visitar, y en estas dos últimas secciones incorporadas, porque, con toda seguridad, os despertarán muchos recuerdos —acaba diciendo Lucía y se despide—. Ah, y ya me despido del grupo hasta que volváis otra vez por Teruel, pues mañana ya empezáis las excursiones por el Maestrazgo, a no ser que el tiempito quiera que nos volvamos a encontrar antes de que os marchéis. En cualquier

caso, espero que os haya gustado mi ciudad, que os encante —os encantará— el Maestrazgo, sus pueblos, su patrimonio y los paisajes. Y que volváis por Teruel que, ya veis: ¡Existel!

En la sección de etnología, en la planta de las antiguas caballerizas, en las que aún se conservan pesebres y argollas para atar a los animales, me detiene la reproducción de una cocina tradicional, en la que no pueden faltar el fuego encendido, ni las llares, ni el morillo... También reparo en la colección de trajes típicos antiguos de la región, quizá no tan cómodos como aquellos aldeanos desearan. La reproducción de una fragua también es muy completa. En la planta baja, la de la entrada al museo, se exponen enseres propios de la vida cotidiana hechos de esparto, cáñamo y juncos. Entre tanto objeto almacenado, testigo de tantas vivencias humanas pasadas y ya inservibles, fui a buscar la botica del siglo XVIII, reproducida con “materiales de la botica de Alcalá de la Selva y los anaqueles y el mostrador de la de Oliete”, pueblo muy relacionado con el olivo situado en el corazón mismo del Parque Cultural del Río Martín, lo que anoto en honor de los pueblos cedentes.

Parecía recién estrenada la botica y que en cualquier momento aparecería el boticario con su bata blanca, su bigote nevado, cabello largo, blanco también y ensortijado, gafas de culo de vaso y rostro de agradable conversador. Llama la atención el primor con que está reconstruida y la cantidad de tarros de cerámica pintada de azul y de todos los tamaños... Muchos de estos albareños “y que” se fabricaron en los alfares terulenses en el siglo XVIII. También me llama la atención la cantidad y variedad de instrumentos que se usaban para la preparación de píldoras y brebajes, ungüentos o sellos, entre los que se distinguen redomas, alambiques, moldes de distintas formas y tamaños, morteros, juegos de distintas medidas... En la planta dedicada a la arqueología se encuentra la joya de la corona, el extraordinario mosaico romano procedente del Yacimiento del Camino de la Vega de Albalate, en Calanda, hallado en 1964 por Antonio Bielsa. Impresionante, asombroso, espectacular el espléndido mosaico romano compuesto por cerca de dos millones de teselas policromadas que forman muy diversas escenas, en las que sobresalen animales y motivos de caza. Mide cuatro metros de ancho y quince de largo que se extienden por el suelo de tres habitáculos o habitaciones de la villa en que fue hallado, claro, como las grandes cosas, por casualidad: cuando realizaba tareas de campo Antonio Bielsa Alegre, el dueño de la huerta en que apareció. Está perfectamente restaurado, de modo que el mosaico enseña todo el esplendor con que nació, su luminosidad y su cromatismo. Y cuando me dirijo a la sección de cerámica, aún pensando en el trabajo desmesurado para hacer y luego

colocar y encajar con precisión, orden y concierto tantísima tesela, me llama la atención un compañero del grupo:

—A ver, usted que toma nota de todo, pues le veo escribir desde que se sentó en el autobús en Toledo. ¿No le parece que este cántaro —y señala un ánfora de abultadas proporciones, rota en mil pedazos y todos pegados y ajustados con precisión—, le rompieron apostado para recomponerle después? Porque, no me diga, ¿cómo es posible, primero, que se rompa en tantos pedazos y, en segundo lugar, que se encuentren todos los cachos sin que se haya perdido ninguno, y, luego, se ajusten todos los trozos como salieron del horno? ¿No le parece cierta mi teoría de: primero, romper el cachivache con mucho cuidado y, después, recomponer el cántaro ajustando todos los trozos?

—¿Qué quiere usted que le diga?

—No, no. A mí la verdá.

—Pues romper por romper el cántaro para luego recomponerlo, me parece que está de más: Ahora, que se rompa el objeto en mil trozos, como éste que aquí vemos, y no falte ninguno a la hora de reponerlo, me parece extraño.

—Eso, extraño, cuando menos, y es la sospecha que yo me llevo conmigo.

Ahora, en la sección del juguete, recuerdo aquel poema de Unamuno y lo hago mío:

“Agranda la puerta, Padre,
porque no puedo pasar.
La hiciste para los niños,
y he crecido a mi pesar.
Si no me agrandas la puerta,
achícame, por piedad,
vuélveme a la edad aquella
en que vivir es soñar⁷.

Como la logia está cerrada, nos vamos directamente al hotel, y como tenemos la tarde libre, visitamos los Aljibes, como nos había aconsejado Lucía. Se trata de una inmensa construcción del último cuarto del siglo XVI, pues fue el rey Pedro IV, el Ceremonioso,

⁷ Estos versos pertenecen a un poema mayor de Unamuno, incluido en su *Cancionero* (1928—1936) y publicado en 1953.

quien ordenó construir tres aljibes públicos que habrían de cumplir tres funciones básicas: recoger la máxima cantidad de agua pluvial, que se deberían construir en un lugar geoestratégico para aprovechar los desniveles del terreno de la zona más elevada del interior amurallado y hacer llegar a los aljibes la mayor cantidad de agua de los cauces próximos. Y la información bibliográfica habla de tres aljibes, pero sólo se conocen dos, que son los ubicados en el subsuelo de la plaza de Carlos Castel o “del Torico”: el Fondero y el aljibe Somero. Y las obras duraron mucho más tiempo del previsto por varias razones: porque se conoció un periodo de paz inesperado y ya no urgía la finalización de las obras y, también y sobre todo, porque ocurrió un grave accidente el 30 de octubre de 1373 que dejó al paisaje turulato, consternado. Y de este accidente da cuenta un panel de los que se encuentran en el aljibe Fondero, y así se lee: “*Sancho Sánchez de Viguercas (...). En este año (1373) comenzó el señor castellán de Anposta⁸ los tres aljibes de la plaza de Teruel, et después día domingo a treinta días de octubre faciendo hi una almoneda de doña Juana de Alcañiz sumióse la cubierta con veinticuatro hombres y quatro mujeres que no escapó más de uno*”⁹. Como observación general, diré que son dos espectaculares y altas cisternas rectangulares unidas por pasillos y distribuidas en varias salas, una de las cuales se ofrece como cómodo salón de actos en los que se proyecta un vídeo con toda la información sobre los aljibes: primeros proyectos, lugar elegido, porque la plaza “el Torico” competía con la de “la Merced”, procedencia del agua —arroyos, acequias, manantiales y, claro, el agua de la lluvia—, arquitecto, realización de los trabajos, intervalos de tiempo en que no se trabaja y sus causas, el accidente señalado, que fue una de las causas por las que se detuvieron los trabajos durante un tiempo más o menos prolongado, etc.—. También me ha llamado la atención que estas inmensas obras pasen desapercibidas para el común de los visitantes estando, como están, en el centro mismo de Teruel.

⁸ Este personaje, así conocido, aparece con su nombre y apellidos al hablar de Cantavieja.

⁹ *Crónica s de los Jueces de Teruel*. Manuscrito A(rchivo) H(istórico) de T(eruel). Un panel de los muchos que ilustran al visitante en las paredes del aljibe Fondero refiere con detalle la historia de este accidente.

Por tierras y pueblos del Maestrazgo, “país de guerrilleros”

Aunque el autobús se muestre impaciente por emprender la ruta y nosotros también estamos deseosos de encontrarnos con lo que no conocemos, se hace necesario un comentario, breve y de carácter general, sobre esta comarca que está y no está, que existe y no existe sino cuando vienes directa y decididamente a conocerla, porque no tropiezas con ella cuando buscas otros destinos. Ocurre lo mismo con Castellón —lo digo por la proximidad a los derroteros por que vamos a transitar—: esta ciudad levantina no se interpone nunca en tus desplazamientos. O vas decididamente a Castellón o no la encontrarás cruzada en tu caminar. Pues bien, el Maestrazgo es una comarca rebosante de personalidad: por su historia común, pues Maestrazgo procede de “Maestre”, que se refiere al Gran Maestre de las Órdenes Militares del Temple y de San Juan, y todos estos territorios que componen la Comarca estaban bajo su jurisdicción; y por su geografía dura y variada, de profundos barrancos, frondosos valles, empinadas montañas coronadas por fortificaciones naturales —verdaderos castillos de piedra convertidos en nidos inexpugnables de quebrantahuesos—, moduladas por el tesón del viento y de la nieve, en competencia con otros levantados en la alta Edad Media para escribir y almacenar hechos históricos y también resultan inverosímiles; y altas mesetas que forman plataformas de envidiados miradores, terrazas, muelas o “mesas” alcarreñas y cauces de tenaces ríos “que van a dar en la mar”.

Otras veces, la erosión ha configurado, callada e insistentemente, verdaderos espectáculos pétreos de roca caliza: montes cortados, peñas caballeras en posturas elegantemente incómodas e inverosímiles, murallas que descienden por la ladera a modo de corachas, largos y estirados escalonamientos de piedra de quince o veinte metros de altura sobre lo cimero de la montaña, y paredones rocosos, muchos estratificados en plataformas colocadas porque sí, por puro capricho de la erosión, que siguen paralelos a la ruta o se cruzan ante ella y hay que esquivarlos entre curvas de 30 por hora; y laderas y farallones trepados por carrascas, tomillo, por algunos pinos tesoneros y generosas plantas aromáticas; y coronados por umbrías y sombrías parameras, aposento de nieves perpetuas, y por águilas reales y buitres leonados. Y grandes pinares y sabinares y frescos prados de límites concretos y hojas pequeñas sujetadas en la ladera por paredes de piedra para convertirlas en escalonados bancales que, guardando su equilibrio, desafían a las leyes de la gravedad. Estos bancales también me hablan de la poquedad de los aldeanos que los levantaron ante el precipicio, y de su tesón, y de su hambre callada... Y castillos, y torres

vigías y molinos eólicos faltos de sed y de poesía, y casonas suspendidas imprudentemente sobre barrancos. Y junto a todo ello, aparecen con frecuencia por los campos del Maestrazgo construcciones de piedra sin argamasa que las apiñe, y cubiertas con una bóveda o falsa cúpula que parece el solideo de un obispo. Son, en cualquier caso, construcciones sencillas que cumplían una doble función: recabar para sí todos los cantos de sus alrededores y, al tiempo, hacer más rentables y cómoda la siembra, y servían de refugio a los hombres del campo hasta mediados del siglo pasado. Es un paisaje abierto, pedregoso y árido, con cerros, montañas y muelas y grandes barrancales donde resulta imposible que crezca el cereal. Todo ello conforma un paraíso natural para piaras de jabalíes y de traviesas cabras montesas, y de águilas y quebrantahuesos, y de hombres enjutos y fibrosos curtidos por esta agreste naturaleza tan feraz como feroz. Y horizontes que se pierden en la lejanía azulosa hasta toparse con tierras de Castellón.

Y por su extremado clima, sobre el cual está de más pronunciarse si miramos a nuestro alrededor y recordamos que la nieve se ha empeñado en deshacer el proyecto viajero programado: nieve, viento, muchas veces gélido y envuelto en aguaceros; temperaturas abrasadoras por el frío que viví, ¡ay! hace ya muchos años y muy lejos de estos parajes que nos envuelven...

Los pueblos están encaramados en lo alto de los cerros o aferrados en las laderas y cobijados por sus aguerridos castillos, o en el cogollo de un otero emparedado por otros cerros de mayor altura, o en vegas y valles acariciados por algún río.

Y la historia del Maestrazgo también es otro supremo ingrediente que imprime carácter a esta tierra fronteriza y la afianza como comarca independiente: ni de Valencia, ni de Cataluña ni de Castilla; entre todas ellas, de las que participa y con las que convive, pero cada cual con su propia identidad, acuñada la del Maestrazgo por distintas Órdenes Militares, especialmente la de los Templarios y, luego, sus herederos: los Sanjuanistas. Castillos de Aliaga y Castellote son hijos directos de aquellos tiempos, e iglesias de sello gótico —la de Cantavieja, la de la Iglesuela del Cid, etc.—; lonjas, casas—palacio y casas blasonadas son también muestras del gótico y su transición al Renacimiento; y bellas plazas porticadas, fuentes, abrevaderos y lavaderos públicos, y casonas de labranza, muchas abandonadas, aquí llamadas “masadas”, y torres vigías encaramadas en altos estratégicos... Todo ello da cuenta de una historia común que ha contribuido a que muchos de estos pueblos, bastantes con el renombre de “villa”, hayan sido declarados conjuntos históricos,

como Cantavieja, Mirambel y La Iglesuela del Cid, los tres que vamos a visitar en esta jornada.

A finales del siglo XII y principios del XIII, el Maestrazgo se incorpora al reino de Aragón y se convierte en “tierra de frontera ante el reino moro de Valencia”. Y en estos tiempos de reconquista, intervienen las Órdenes Militares, principalmente la del Temple, y la Orden de San Juan del Hospital y la de Calatrava. Con la extinción de los del Temple a principios del siglo XIV, sus posesiones pasaron a los sanjuanistas, con lo que se hicieron casi con la totalidad del Maestrazgo. De esta época datan castillos, fortificaciones, torres defensivas y vigías y murallas, testigos irrefutables de convulso pasado.

La Edad Media ha legado un gran patrimonio religioso y lonjas también, a modo de porches bajo los ayuntamientos (Cantavieja, Rubielos, La Iglesuela del Cid, etc., enseñan extraordinarios ejemplos), de aquí que muchos de estos pueblos rezumen un sugerente aire medieval (Mirambel, rodeado de murallas y con sus cinco puertas de acceso... Premio Europa Nostra en 1983 por la labor de conservación y restauración de su patrimonio). Los ejemplos más interesantes de palacios renacentistas del Maestrazgo se encuentran en La Iglesuela del Cid y en Cantavieja. La plaza del Ayuntamiento de Cantavieja concentraba todo el poder de la localidad, pues en ella se encuentran la iglesia de la Asunción (s. XVII), el ayuntamiento y la casa de la baylía, es decir, la oficina del comendador o del bayle general que tenía a su cargo un territorio o unidad administrativa territorial. La muralla de Mirambel, construida por los Templarios, aún enseña restos y torres vigías. Entre estas murallas preparó Baroja su libro *La renta de Mirambel* y calificó el territorio como “país de guerrilleros” sin faltar a la verdad histórica. Son tierras—testigo de numerosas contiendas: la última contada, la batalla de Teruel, en el treinta y ocho del pasado siglo.

Pero dejémonos de “guerrilleros” y de contiendas” miles y pensemos en las “sanantonadas” que se celebran cada mes de enero en Mirambel, en honor de san Antón Abad, famosas en toda la comarca; y en numerosas romerías que llegan hasta ermitas y santuarios enclavados en lugares paradisíacos de estos montes y florestas, y en la feria internacional de la trufa, en el ferial de ganado y de mecánica agrícola en Rubielos de Mora y en los numerosísimos festejos taurinos que se distribuyen durante el verano por estas tierras del antiguo Maestrazgo.

Por el camino

Y ya, sin más tregua al descanso, con la mañana grisácea y la incertidumbre del comportamiento de *Juliette*, el nuevo frente borrasco que azota parte de Europa y amenaza con entrar en España por el Levante, el autobús la emprende por tierras que se han batido en cien batallas hacia Cantavieja como primer destino. Y al poco, aparece Corbalán anunciado en reiterados indicadores y anclado en el paraje por la esbelta torre de su iglesia; y desde sus 1261 metros sobre la playa de Castellón, nos informa, amigablemente, de que la carretera se empieza a empinar. Un enorme bosque de sabinas se extiende por sus fueros y me aseguran que es de los mayores de España, y algunos pinos y vegetación reseca sobre el terreno alomado y pedregoso. Y mucha razón asiste a Corbalán porque la carretera se envalentona en su afán trepador y trae Cedrillas y su castillo, asentados en un alto cerro de 1425 metros de altura desde donde dominan horizontes ilimitados. Es un pueblo que conoce muy bien los envites bélicos desde los siglos III y II antes de Cristo hasta la refriega civil última. Pero no quiere hablar de guerras ni *guerreros*, sino de su centenaria feria ganadera y agrícola que celebra a finales de septiembre y ha adquirido renombre por toda la comarca. Además, los cedrilleros deben celebrar de manera muy entusiasta a santa Quiteria, pues una carnicería y una fonda del lugar se anuncian en el filo de la ruta con el nombre de esta santa que encontró el martirio en los alrededores de Marjaliza.

Por estos contornos se anuncia, a la derecha, Perales de Alfambra entre retazos de nieve sobre las lomas agujereadas por molinos de viento airoso y esbeltos, sí, pero faltos de la sed de la fatiga, de la poesía y la jovialidad del buen corazón que tienen los viejos molinos de viento sanchopancescos de La Mancha.

Al coronar un puerto, aparecen vallas de madera que sirven para frenar la nieve descontrolada y azuzada por el ventisco. A los lados, valles que se extienden hacia abajo hasta dar con extensos pinares, o hasta lejanas y azules montañas. Y aún más empinado aparece Castillo de Monteagudo, pues el grupo de casas en las que se acomodan veintitrés almas se empina a 1450 metros. El filo de la ruta atraviesa el poblado y vemos minifundios perfectamente emparedados y huertos familiares y suertes pequeñas labradas. Al salir del pueblo, cruzamos un río de nombre “Blanco”, y todo lo anota la silueta del castillo erguido sobre la cima de un enorme cerro pelado y de color rojizo.

Un indicador señala hacia Camarillas, pero el autobús, sin titubeos, sigue su ruta, y antes de llegar a Allepuz, en una curva cimera aparece otro “ventisquero” protector contra

la nieve y las bolas rodadas de yerba reseca y, al tiempo, trae extraordinarios valles abiertos salteados por suaves lomas y *masadas* en las laderas. Y por estas cotas, la carretera empieza a descender; después vuelve a subir y se mantiene en un llano corrido hasta llegar con Allepuz, población de tradición minera que el autobús cruza por su mitad. Parece ser que este topónimo procede del árabe AL—Alabuus, que en lengua cristiana da Allepuz para que sus moradores sean conocidos como allepuzanos o allepucinos. En cualquier caso, Allepuz es la puerta que nos introduce en el Maestrazgo a cuarenta kilómetros de Teruel. Por estos derroteros se anuncian la Sierra de Gúdar, Geoparque del Maestrazgo y los 1508 metros de altitud del puerto de Sollavientos

Y en verdad era un espejismo pensar que la carretera se volvía prudente y se mantendría con firmeza en la llanura, pero vuelve a empinarse con firme decisión hasta llegar a Villarroya de los Pinares por terreno muy montañoso, subido el pueblo a 1337 metros sobre el mar y a 51 kilómetros de Teruel y junto al río Guadlope. Anoto también que en la jurisdicción de Villarroya se encuentra el pico más alto de toda la comarca del Maestrazgo, precisamente llamado “Pico de Villarroya”, con sus 1900 metros de altura, aunque hay montes vecinos de mayor cimera, pero ajenos a esta enjundiosa e histórica comarca. Y manchones de nieve y, al fondo, un largo y lejano paredón montuno cubierto de nieve eterna. Y más vallas protectoras, y señales precavidas contra aviesos ciervos y jabalíes en el trayecto que hasta ahí nos ha traído. Una enorme muralla de piedra azulosa hecha por la erosión se coloca al frente de la ruta, y bancales empeñados en humanizar estos agrestes parajes amarrados en las lomas que encajan riachuelos o encajonan valles frondosos... Y más nieve. Cruza también el autobús este histórico pueblo, que celebra a san Benón en la ermita de su nombre, de robusta cúpula forrada con pizarras, y enseña buenas casas y un fornido torreón que hace de campanario de la iglesia de la que está desligado, pues se alza en una colina próxima. Y la ruta baja desde Villarroya y se mantiene entre puertos y curvas que enseñan profundos precipicios, y sierras, y montañas, y barrancos y altos prados, y asciende a Fortanete y lo encuentra a 1353 metros sobre las sandalias de Alicante, coronado por su castillo y recorrido por paneles de muralla. No obstante, esta histórica villa se asienta en el valle del río de su nombre rodeado, a su vez, por montes que enseñan fieras hendiduras en sus lomos rojizos hechas por corrientes torrenciales... También cruza el autobús Fortanete y su castillo, que ofrece su hotel Mercadeles y fornidas casas de piedra con arcos de bloques labrados y balcones de forja. La torre de la iglesia también se asoma a la ruta, y la calle de San Rafael nos enseña una

casona construida en 1887. Saliendo del pueblo, aparece una parva de placas solares y una ermita aterida y asombrada por lo desconocido de sus alrededores.

—Fortanete es conocida como “la joya oculta del Maestrazgo” —informa Raquel.

—¿Por qué? —pregunta la voz de la viajera poeta.

—Por su historia y, sobre todo, por sus yacimientos arqueológicos pertenecientes al paleolítico y otros posteriores. Pedro II donó el castillo y la villa a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén a principios del siglo XIII. Ya he dicho varias veces que todo el Maestrazgo era tierra fronteriza: de ahí, los castillos y torres defensivas y vigilantes que hemos encontrado por el trayecto.

Y de pronto, por los alrededores de Mosqueruela, entre las lindes de Teruel y Castellón, sorprende mi curiosidad un indicador con el topónimo de La Estrella por conocer otro pueblo toledano con ese nombre apellidado “de la Jara”. Y como la curiosidad no descansa ni deja descansar, aunque el autobús ignore el rótulo y no se preocupe por mostrar ni si quiera una estampa del pueblo —bien metido en el hueco de un hondo valle, bien asentado en la corona de un otero—, cuando tengo oportunidad, busco información sobre este municipio con nombre refulgente. Pero antes, desde la carretera de la Venta del Aire, he imaginado el pueblo guardando temeroso equilibrio entre los hondones del Maestrazgo, al que sólo se podrá acceder por pistas forestales y curvas de treinta por hora que amenazan con hondones y, al tiempo, enseñan el dorso pelado y negruzco de lomas resecas por el frío y trepadas por el tomillo y la mata baja. Y sin saber cómo, una aldea cualquiera se llena de vida, de gente callejera que trajina con el ganado, que hace la matanza, que asiste a un entierro..., que se divierte en la taberna, que aguarda su turno delante del horno comunitario, que acude rechilante a una boda o al bautizo de... Luego, casas derruidas, solares abandonados, una fuente surtidora inútilmente. Donde hubo una tienda, ahora crece el jaramago... Ahí estaría la fragua, y la carpintería, y la taberna, y la plaza “de la Velilla” repleta de gente festejando a la Virgen de la Estrella...

Pero este pueblo de callejas cortas en que el empedrado anda por libre, con tapias de cercones, de huertos familiares y establos “que saben a madre y a heno”, y solares de casas que fueron nuevas y tiernamente hogareñas con señales aún de vida fijadas por láminas de humo en la pared que cerraba la cocina, tuvo su nacimiento y fraguó su pequeña—gran historia iniciada en el siglo XIII con el nombre de Villar de las Viñas, por las muchas que la enriquecían y llenaban de vida; después, sin saber por qué, la pedanía cambia de nombre por su actual denominación que ya aparece acuñada desde mediados del

siglo XV. Pero desde siempre era llamada “la Villeta” por los de Mosqueruela para oponerla a la gran Villa, que era su amurallado pueblo. Pero, amigos de Mosqueruela, no es para ponerse tan presumidos, pues el nombre de vuestro pueblo se relaciona con MUSCARIA, que con el sufijo ULLA viene a decir “lugar donde hay muchas moscas”, aunque sea por el trajín de la trashumancia. En sus buenos tiempos, “y que” contaba La Estrella con trescientos cincuenta vecinos, dos tabernas, en las que se celebraban rumbosos bailes, dos escuelas, casa consistorial, que ahí tiene sus señas de identidad desde 1739, y alguacil y, para que no faltara de nada en La Estrella, hasta su propio enterrador. Y dos romerías...

Y sin entrar en detalles intrahistóricos, tres sucesos sobresalen en el acontecer histórico de este silencioso pueblo, dos de los cuales se dan la mano por lo extremos que resultan entre sí. Y de los tres existen testimonios que no borrará el tiempo, sin olvidar los desmanes republicanos en el santuario de Nuestra Señora de La Estrella durante la guerra civil (1936—1939), ni a los maquis... El primero de esos hitos históricos ocurrió un día cualquiera de 1638, cuando “la Fuente de la Virgen”, así llamada por todos los estrellanos, empezó a brotar agua abundante y fresquita después de una prolongada etapa de pertinaz sequía, sin otra justificación que las plegarias de los fieles marianos. El segundo suceso es conocido como “*El diluvio de La Estrella*”, *pues así lo refiere una placa callejera conmemorativa adosada en una fachada que, fría y escueta, deja leer: “Diluvio de La Estrella. 9. Octubre. 1883. 17 casas destruidas. 26 personas muertas”*. Y el tercer hito histórico de este empinado pueblo lo marca el hecho de que La Estrella es cuna del torero Silvino Zafón, *el Niño de la Estrella*, que gozaba de merecida fama en toda España durante la década de los años treinta del pasado siglo, pues logró abrir la Puerta Grande la las Ventas en dos ocasiones, dos. Un famoso anís lleva su nombre y un alegre pasodoble aírea su fama...

La iglesia—santuario de Nuestra Señora de la Estrella está en la plaza principal, adonde desemboca la calle Mayor y se citan las dos casonas que dan hospedaje a los mosqueruelos cuando en mayo acuden a la romería de la Virgen de La Estrella. Presenta la iglesia una estampa de sello neoclásico anunciado, desde lejos, por su cúpula de teja vidriada vestida de color celeste, y lo corrobora la fachada principal con su esbelto arco de medio punto enmarcado por dos torres cuadradas sobre las que se alzan sendas terrazas. Y sobre la clave del arco, una hornacina sostiene en el hueco de una concha a la Patrona con el Niño en el brazo izquierdo.

En fin, dice el papel que los dos únicos vecinos, de 88 años Martín Colomer y de 89 Sinforsa Sancho, unidos para siempre en matrimonio, han sido los últimos habitantes

del lugar. Después de vivir solos en la aldea más de cuarenta años, entre la soledad y el silencio, decidieron marcharse a la ciudad con su hijo.

Casi nunca ha existido el tiempo en La Estrella, pues siempre ha estado regido por dos inútiles relojes de sol, pues los meses, confundidos entre sí, se daban la mano y se pasaban el testigo envueltos en nieblas, nieves, umbrías e inviernos prolongados, y todo ello ha estampado el silencio y la soledad para siempre en este pueblo que se resiste a desaparecer con el empeño de los bancales aferrados a las lomas al borde de amenazantes precipicios...

Y bajando mucho, y llaneando y volviendo a subir con codicia, el autobús da con Cañada de Benatanduz, una de las poblaciones más antiguas del Maestrazgo, que se asoma a la ruta encimada en los 1422 metros que la aupan sobre las olas marinas y la convierten en el municipio más alto de la comarca. Estamos a 88 kilómetros de Teruel. Y llegamos a Cantavieja entre numerosas masías —algunas torreadas—, enormes muelas, canteras de piedra, prietos pinares en llano o trepando por laderas que encajonan frondosos valles y ríos que buscan otro mayor...

Cantavieja, la dama culta del Maestrazgo

Es Cantavieja una de las muchas joyas turísticas de España desconocidas por el común. Y digo “joya turística” no sólo porque ostente el nombramiento de Conjunto Histórico Artístico desde 1981 ni porque, además, se numere entre los peldaños primeros en la Asociación de *Los pueblos más bonitos de España*; también, y sobre todo, por su privilegiada situación: en un amplio valle sobre la plataforma de un arrogante cerro con forma de triángulo casi perfecto levantado 1300 metros sobre las playas de Alicante, cómodo asiento desde el que domina la serranía entre grandes barrancales, y muelas y numerosas masías, torreadas muchas. Y por su largo recorrido histórico, que empieza antes que la historia misma, o en sus mismos umbrales, como manifiestan muestras de arte rupestre en su jurisdicción; y por su fundación, según la voz popular, por Amílcar Barca, tres siglos antes de que Jesucristo hiciera el agradecido milagro en aquellas bodas de Canaán, y por ser compendio de numerosos episodios bélicos de la historia de España: romanos, visigodos, incontables capítulos escritos cuando era enclave musulmán hasta 1169 y otros muchos derivados del proceso de reconquista prolongados durante toda la Edad Media, refrendados casi todos por los Templarios y los Sanjuanistas, sobre todo. Estas Órdenes Militares hicieron de Cantavieja la “Capital del Alto Maestrazgo”; y las Guerras Carlistas ahondaron la intrahistoria de la villa, pues el general Cabrera, “el tigre del Maestrazgo”, la convierte en la capital de la Comandancia General de la comarca y la dota de un taller de ropa militar, de una imprenta y de una fábrica de pólvora instalada en el único torreón existente del viejo castillo... Y la guerra civil (1936—1939) ..., y los maquis...

Pero es Cantavieja una de las máspreciadas joyas del Maestrazgo porque el tiempo se ha detenido en su sencilla y noble prestancia clásica y el silencio se ha petrificado y la tranquilidad absoluta se ha adueñado, como una reinita, de su señorial y popular estampa. No existen las prisas en Cantavieja, ni la competencia ni el afán mundano de poseer: no existe “*ni lo tuyoo ni lo mío*”. El curso del tiempo y las lecciones de historia viva y vivida han hecho *tabula rasa* (“pizarra en blanco” o borrón y cuenta nueva, que diría yo mismo) de todo ello, por lo que vive Cantavieja orgullosa sin ostentación de lo que es y por qué es así —poseedora de encantos regalados por la naturaleza agreste y enjundiosa, de otros patrimoniales y de hazañas históricas convertidas en lecciones de vida en muchos casos—. Y los cantaviejeros son felices con lo que tienen: casas solariegas y palacios de salientes

aleros reseñados por enseñas heráldicas junto a otras populares en plena armonía; balcones de forja labrada, portales de estilo y puertas con férreas y temerosas aldabas, calles empedradas que desembocan en placitas y explican lecciones de historia aún legible. Todas las calles son rectas y aseadas de muy grato sabor medieval con valor de adarves y detalles góticos y aleros mudéjares de trabajada madera; pasadizos, fuentes, rincones apartados de cualquier curiosidad ofreciendo silencio y paz, y envidiados miradores de paisajes agrestes y montaraces, etc. Y su patrimonio religioso... Viven los cantaviejeros “*ni envidiados ni envidiosos*”, sin esperar cosa recta y ventajosa de sus hermanos, los políticos. Por todo ello, es Cantavieja la dama culta del Maestrazgo.

Lo primero que nos enseña Cantavieja nada más bajarnos del autobús es una fuente octogonal de piedra sillar con una pilastra de granito en el centro del agua helada y puntiagudos carámbanos colgados, como espadas de Damocles, de la concha superior, o “chupitos”, como dice el viajero de Ajofrín. Mas, sin dilación, vamos al Ayuntamiento, donde nos espera una guía lugareña que nos dirá que estamos delante de uno “*de los más antiguos edificios de la comarca*”. Y el Ayuntamiento se encuentra en la plaza de Cristo Rey, considerada como “*el corazón medieval de Cantavieja*”, pues la forman el mismo Ayuntamiento, que es, a su vez, el edificio más llamativo de la plaza, la robusta iglesia y la casa de los Zurita del siglo XVIII, familia noble de la población con don Jerónimo a la cabeza, primer cronista de Aragón del siglo XVI. Pero es la plaza toda —su amplitud, su elegancia porticada y señorial y su silencio— lo que más me llama la atención. Y la guía lugareña nos dice desde la misma puerta de entrada que el edificio es de estilo gótico y de la primera mitad del siglo XVI, y que reparemos en la fachada:

—¿Ven? Dos ventanales góticos y en medio el escudo de Cantavieja. ¿Y qué ven en el escudo? —pregunta Margarita, que así se llama nuestra lugareña guía—. Pues una señora anciana, es decir, una viejecita, y un tambor. Y ahí se condensa y se concentra la leyenda que justifica el nombre de esta villa. Resulta que hubo una peste que hizo estragos en el pueblo, tantos y tan grandes que sólo quedó viva una viejecita, la del escudo. Y en esos momentos llegan los moros por estos alrededores y se disponen a asaltar la fortaleza. La anciana, al verlos, empezó a cantar a viva voz y a tocar lo más fuerte posible el tambor, para dar a entender a la morería que estaba llamando a la guarnición defensora de la plaza. Y así estuvo tres días y tres noches, con lo cual se retrasó el asalto y dio tiempo a que llegaran tropas cristianas para enfrentarse a los moros, a los que vencieron. Y esto debió ocurrir antes de 1169, año en que Cantavieja deja de ser enclave musulmán, pues ese año la reconquista Alfonso II de Aragón.

—Me encantan las leyendas, tan ingenuas, tan encantadoras, tan... —decía la mujer—poeta.

—Leyenda o no leyenda. Lo cierto es que una fuente escrita de la época habla, precisamente, de este mismo hecho. Observen también que en el escudo hay una leyenda, un texto escrito ¿Y qué dice?, ¿Qué se lee? —pregunta Margarita—. No se preocupen si no lo entienden. Está en latín...

—¡Ah, bueno! —exclama el de Ajofrín—. Ya decía yo que no entendía nada...

—Está en latín y es toda una declaración de valores. Dice: “*Esta casa odia la maldad, ama la paz, castiga los crímenes, conserva los derechos y honra a los honestos*”.

—Muy bien. Debería figurar entre los dos leones del Congreso de los Diputados —puntualiza Aurelio el vocálico.

—Pasemos ya al salón de actos, allí nos saludará el alcalde.

En efecto, nos saluda el alcalde y nos desea agradable estancia en su pueblo, y se marcha por razones de apretada agenda, por lo que toma de nuevo la palabra Margarita:

—Los ventanales dan a un espacioso patio interior, pero el máximo detalle de este salón es su artesonado, del siglo XVI, hecho de pino de la zona.

—Claro, artesonado porque tiene forma de arteson invertido —aclara Natalio.

—¿Y estos objetos tradicionales? —pregunta una voz extrañada de que en un lugar tan emblemático hubiera viejas máquinas de escribir “Olivetti”, un par de antiguos arcones, varios conjuntos de unidades de peso, una hermosa almirez, unos libros antiguos, el instrumento para averiguar qué quintos daban la talla para poder ir a “*servir a la Patria*” ... Algunos de los viajeros, subidos en la nostalgia, aprovechan para medirse entre risas infantiles y otras entusiasmadas y curiosas ante lo que ven.

—¡Ay, si de verdad me midieran ahora para irme a la mili! Y me iría sin rechistar si me volviera también de aquella edad —dijo el viajero que se acompañaba de un bastón para caminar.

—Vamos a la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción —propone Margarita—. La iglesia, que ha conocido varias reformas, se puede decir que es del siglo XVIII, primera mitad, por ser la última de ellas, y está construida sobre otra anterior, de la que sólo queda la torre que, como ven, —dice Margarita delante de la torre misma—, es una torre—puerta, como varias de las que habrán visto en Teruel. De la primitiva iglesia, que es un siglo más

vieja que la propia iglesia, apenas quedan restos. Sólo se conservan los arcos de la lonja, éstos, y la puerta principal que, como ven, está debajo de la torre. ¿Que por qué no quedan restos?, se preguntan. Pues yo misma les respondo: por las tropelías cometidas en las guerras carlistas y por los desmanes que cometieron las hordas marxistas republicanas en la guerra civil. Por cierto, que durante la guerra civil la iglesia —el retablo sobre todo— sufrió grandes destrozos también.

—Como ven —continúa delante de la fachada—, tres arcos apuntados sostienen este histórico porche. La iglesia es de grandes dimensiones, de estilo barroco y según el modelo de la basílica del Pilar. Consta de una sola nave dividida por grandes columnas, que se ramifican en su parte superior, en tres espacios de la misma altura, lo que le da más amplitud. La cúpula del crucero es de forma elíptica y la sostienen pechinas adornadas con las figuras de los cuatro evangelistas. La amplia girola está adornada con pinturas al fresco. Esa urna —dijo señalando al crucero—, contiene los restos de san Vicente, traídas de Roma, lo que añadió prestigio y categoría al recinto. En cuanto a la torre, diré que se construyó en 1612 sobre otra gótica. Y se construyó en la misma calle Mayor para que se accediera a la iglesia por su antigua portada. Y, claro, como se levantó en medio de una calle, había que dejar paso; de aquí que sea torre—puerta. Como ven, consta de tres cuerpos elevados sobre el arco—puerta de medio punto. En los dos primeros, además del reloj y su maquinaria, se ha montado un museo en el que se recrea la escuela masovera de San Juan del Barranco...

—Por favor, Margarita, ¿qué es una escuela masovera...? —pregunta Irena.

—Las escuelas que se montaban en las masías para los niños de barrios alejados. Esta escuela masovera aquí reproducida se remonta a 1918. Era un edificio que constaba no sólo de la propia escuela, sino también de la vivienda del maestro. Y esta de San Juan del Barranco es un ejemplo de las que había en algunas masías, algunas tan bien dotadas como la municipal. A ella iban los niños de las Albaredas, del barrio del Barranco. Se trasladó aquí en 2015, si mal no recuerdo. Hay también una exposición de piezas de cerámica de Teruel. Y desde el cuerpo de campanas, como se pueden imaginar, las vistas son impresionantes. Se ve perfectamente las honduras, los barrancos que rodean Cantavieja...

—Y ahora vamos al castillo, bueno, al Calvario. Es que del castillo—castillo es bien poco lo que queda. Sí, paneles de muralla y el muro circular que aparece como la proa de un barco. Este muro circular se levanta sobre el primitivo, que era rectangular, y se

convirtió en ermita del Santo Sepulcro, de lo que dejan constancia las catorce estaciones del Vía Crucis en el exterior. Se desconoce cuándo fue levantado. Sí que se sabe que fue un importante baluarte defensivo en tiempo de los Templarios. El recinto del castillo se convirtió en Calvario, y hoy se puede recorrer, y es lo que veremos, y la ermita del Santo Sepulcro de planta circular coronada por una cúpula corrida por ojos de buey y de impronta oriental, levantada donde antes hubo un torreón rectangular.

Las vistas que ofrece esta privilegiada plataforma son espectaculares: barrancos sin fondo de suaves laderas trepadas por hierbas no todas aromáticas; muelas —“*la Muela Monchén es aquella*”, dice Margarita señalando un gigantesco cabezón rocoso; oteros aislados cortados por su mitad, lomas suaves estiradas, arboledas, bosques frondosos y horizontes limitados por sierras lejanas, sombrías y con manchas de nieve.

—Vamos a la Iglesia de San Miguel —propone Margarita—. Es una pequeña iglesia gótica de principios del siglo XV. La construyó Gonzalo de Funes en 1411, posiblemente, el último maestre de la Orden de San Juan, que mandara levantarla como oratorio personal. Y es muy probable que sea así porque hay un espléndido sepulcro de alabastro en el seno de esta iglesia que lleva su nombre fechado en 1415. Bien, pues —como ven— dice Margarita delante del porche de la iglesia—, este pórtico sostenido por arcos apuntados da entrada al recinto que tiene dos grandes curiosidades: que se muestra como ejemplo perfecto y sin mezclas del arte gótico. Es una joyita gótica de una sola nave cubierta con una bóveda y sin capillas en los laterales. Sí, hornacinas, como ven. La cabecera es espléndida, cubierta por una bóveda de crucería en la que se aprecian numerosas marcas de los canteros que la trabajaron. Y la gran maravilla es este sepulcro de alabastro, bellísimo ejemplar de la escultura gótica que guarda los restos de Gonzalo de Funes, fechado cuatro años después de terminada la iglesia.

A la salida del templo, me asomo al prodigioso balcón que se abre detrás del recinto y se presenta una ejemplar estampa del alma del Maestrazgo: la naturaleza con su riguroso ceño fruncido formado por lomas más altas que otras lomas que se cruzan o corren paralelas para formar barrancos y vaguadas trepadas por el matorral, y cordilleras encadenadas a lo lejos, detrás de otras lomas, encadenadas también y vestidas de azul. Y oteros cercenados en su mitad cimera por la mano implacable y tenaz de la erosión, gobernada por las lluvias, por la mano de la nieve y por el viento tenaz y enfurecido. Por lo hondo del valle, seguramente, corra el río Cantavieja...

—A ver, que falta el señor que no hace nada más que escribir —oigo.

—Ahora les acompañó hasta el Museo de las Guerras Carlistas —dice Margarita— Allí me despido porque no necesitan guía. Hay muchos paneles explicativos que dan pormenorizada cuenta de este episodio bélico de la historia de España, de cómo se desarrolló en el Maestrazgo y, sobre todo, de lo ocurrido en Cantavieja. Además, hay un documentado apartado en el que se recoge una amplia bibliografía sobre las Guerras Carlistas en la comarca y en sus pueblos perteneciente a curiosos viajeros, literatos e historiadores : *Paisaje con figuras*, de Antonio Gala, el episodio galdosiano *La Campaña del Maestrazgo*, *El testamento de amor de Patricio Julve*, de Antón Castro, *La venta de Mirambel*, de Pío Baroja, *Zumalacárregui, Historia de la vida, hechos de armas y principales sucesos del carlista Ramón Cabrera, Cabrera, el Tigre del Maestrazgo*, de Julio Romano, etc. Y también sobre “El maqui”, que por aquí montaron uno de sus cuarteles generales.

Se olvidó decir a Margarita que el museo se encuentra en una casona del siglo XVII donde se extiende por varias plantas, en la calle principal de Cantavieja que lleva a la plaza Mayor. Y en el museo encontramos objetos y armas originales o fielmente reproducidas, como un cañón fundido en Cantavieja réplica exacta del original, y uniformes, y maquetas, como la que reproduce la toma de Mirambel, y grabados e ilustraciones y periódicos de la época, y documentos originales. El audiovisual, titulado *El Maestrazgo en tiempos de cambio*, explica los principales hechos históricos de este conflicto en la comarca que si, por una parte, elevaron al general Cabrera a la cumbre de su poder, por otra, convirtieron el Maestrazgo en espejo utópico de la insurrección carlista.

La hora no dio para más y el autobús nos vuelve a engullir en su vientre metálico y nos lleva a Mirambel, la joya oculta más preciada del Maestrazgo.

Mirambel, la villa reglada del Maestrazgo

“Los pueblos de altura tienen siempre un aire más aristocrático, más hermético que los pueblos de llano o de orillas del mar. Mirambel ha seguido siendo un pueblo cerrado, hierático, misterioso”. Pío Baroja: *La renta de Mirambel*.

Nada más ponerse en marcha el autobús en la Avenida de Aragón, muy cerca de donde nos había soltado, empieza a bajar curvas retorcidas entre laderas cultivadas y sostenidas por bancales y paredes de piedra, umbrías de bosques y rala vegetación y algunos pastizales. El fondo del valle se intuye verde y frondoso. Poco después, la carretera se estira los ocho o diez kilómetros que faltan para llegar al destino fijado y enseña algunas masías, lejanas y distanciadas entre sí, y un par de torres—vigía para recordarnos que estamos en tierra fronteriza entre el reino de Aragón y la taifa valenciana. Y aparece Mirambel, histórica villa entre murallas elevada casi 950 metros sobre la planicie marina de Alicante, y el autobús nos devuelve a la calle en una explanada extramuros, y leo el rótulo: “*Calle de las Eras*” nada más tomar tierra.

—Precisamente, estamos delante del Portal de las Monjas —nos informa Raquel mientras llega el guía—, una de las cinco puertas que tiene esta historiada villa para entrar en su seno casi circular: éste de las Monjas, el de San Roque, el de San Valero, el de la Fuente y el del Estudio. Ahora nos recoge Fernando, que guiará nuestros pasos por el pueblo, el mejor conservado en su conjunto de todos los que conozco del Maestrazgo. Y después del cortés saludo y de desearnos agradable paseo...

—Estamos en el lugar más emblemático y visitado de Mirambel por varias razones —empieza a informarnos Fernando—: por ser la puerta mejor conservada del castillo, por dar la entrada al casco antiguo, por estar adosado al convento mandado construir por Felipe II para que lo ocuparan las monjas Agustinas y porque aquí estacionan los autobuses con los turistas que nos visitan. Y, claro, es también este Portal el lugar más emblemático por la fachada del monumento, original donde las haya. Como ven, está sostenido por un arco de medio punto, pero si miran el frontal interior, verán que el arco es apuntado. Observen las celosías que cierran los dos cuerpos superiores. Son, las celosías, de barro y yeso que forman figuras originales y curiosas y distintas. El primero es un mirador de madera, detrás del cual hay una capilla dedicada a santo Tomás, a la que la superiora del convento tenía acceso directo desde su celda. Cuenta el Portal también con un fornido torreón de planta

cilíndrica, y ahí estuvo habilitada la sacristía de la iglesia del monasterio. En la parte superior se encumbra el campanario, también con sus adornadas celosías.

—Crucemos la puerta, que para eso está, y estamos en la plaza de la Madre Consuelo, como dice el rótulo, maestra y religiosa de la villa y profesa de este convento que tenemos a nuestra derecha, adosado al portal. Es el Convento de las Agustinas. Y adjunta al convento, está la Iglesia de Santa Catalina Mártir. En la parte superior se encuentran las celdas primeras del monasterio. Precisamente, el levantamiento de esta iglesia anuló la excomunión que pesaba sobre esta villa por el derribo de la ermita que estaba extramuros. Luego explico lo de la excomunión. Ahora añado que en 1564 la villa de Mirambel cedió esta ermita para fundar el convento, que se empezó a construir en 1564... En la Guerra de la Independencia sufrió muchos y graves daños. Sin embargo, pasó desapercibido, casi, en la desamortización... Como ven, el convento es un enorme edificio de tres plantas de mampostería, en las que se abren ventanas enrejadas y dos balcones con celosía de madera...

—¿Hay monjas?, ¿o pasa lo que en los conventos de Toledo...? —intento preguntar.

—No. Las monjas... Hace... En 1980 se trasladaron a Benicasín, la Casa que la Orden tiene en Castellón. El gran salón de entrada lo ocupa la Oficina de Turismo y el Centro de Interpretación de Arquitectura del Maestrazgo. Esta calle, recta y empedrada —continúa Fernando—, es la Mayor, verdadero museo de historia mirambeliana y de arquitectura... Así da cuenta Baroja de esta calle, y lee: *“Entrando por la puerta (de las Monjas) se sale a la calle Mayor, la calle principal, bastante ancha y casi desierta. Esta calle, empedrada de cantos empotrados en el suelo, tiene una especie de acera, también de cantos, limitada por una línea de piedras blancas”* como en la actualidad —añade el guía.

Al fondo —continúa Fernando—, el Portal del Estudio, rodeado de casas palaciegas y otras señoriales adornadas con escudos y airoso aleros de madera. Observen ahora que los edificios de la derecha de la calle Mayor están todos adosados a la muralla. Y ahí, a la derecha, según miramos —dice señalando un robusto edificio esquinado de señorial fachada de madera—, estaba la venta en que se alojó Pío Baroja cuando anduvo por aquí con su sobrino. Ahora pasaremos delante.

—Pero antes de empezar el recorrido, les voy a comentar un par de cosas de carácter general sobre la villa de Mirambel. Primero de todo, que si traen prisas, olvídense de ellas porque aquí el tiempo se ha dormido y los relojes se han detenido. La tranquilidad,

el silencio, el ambiente medieval que han encontrado en Cantavieja, todo ello continúa en Mirambel, si cabe, acentuado por el hecho de que esta villa está toda ella encerrada en los brazos de su antigua y reformada muralla. Los días se suceden unos a otros sin atropello alguno, de manera que el lunes de la semana pasada es idéntico al viernes de esta próxima, a no ser por los grupos de turistas que nos visitan. Y ya que he mencionado lo de la muralla reformada, les diré algo —una anécdota, al fin y al cabo—, que muy pocos saben y, además, es casi exclusiva de esta villa. Me refiero a que el papa Benedicto XIII excomulgó a los mirambelinos porque destruyeron la ermita de Santa Catalina en 1413, que estaba extramuros, para reconstruir la muralla. Pero duró poco la excomunión, porque levantaron otra capilla dentro de las murallas, ésta precisamente, que luego se adhirió al convento, y todo quedó en pura anécdota histórica. Otro distintivo de Mirambel, aunque comparte su honor con algunos pueblos más del Maestrazgo, es que en 1980 es declarada Conjunto Histórico Artístico por ser “*villa cargada de historia, conservando en su totalidad el recinto amurallado y las notables construcciones, sin alterar la imagen y el ambiente medieval*”. Y al año siguiente, se otorga al municipio la medalla de Oro del premio “*Europa Nostra*” por las tareas de restauración y ordenación del conjunto urbano de la localidad, medalla que nos entregó la reina doña Sofía. Y termino diciendo que Mirambel ha servido también como escenario idóneo para varias películas, entre ellas *Tierra y libertad*, que durante un mes transformó la villa y sus habitantes, pues casi todos trabajamos en el rodaje. Y otro dato importante de Mirambel es que, entre todas las fiestas que se celebran en todo el Maestrazgo durante el invierno, sobresalen las “*Sanantonadas*” de cada enero, en honor de nuestro patrón, san Antón Abad, protector de los animales que el hombre tiene entre su compañía diaria. Durante las fiestas, que duran varios días, se dramatiza la vida del santo.

Y mientras vamos a la plaza por la Calle Mayor, empedrada y señorial, veo elegantes edificios renacentistas con escudos en las fachadas de mampostería acuñadas con piedra sillar en las esquinas, y balcones, y hermosos portales de sello renacentista con dinteles de piedra labrada, y puertas grandes de madera enfiladas con enormes cabezas de clavos y con dragones, algunas, por aldabas, y balcones de rejería forjada. Los aleros casi se tocan en lo más alto.

—Ahí estaba la susodicha Venta de Mirambel. Hoy es una vivienda particular que en su fisonomía aún conserva el porte de otros tiempos: bella fachada de mampostería y pedruscos pelados; esquinas de piedra sillar, gran balcón de madera y hermoso alero, de madera también; hermoso portal renacentista con arco de medio punto... Mirad el terrazo—mirador, sostenido por varios pilares y también con su airoso alero...

En efecto:

“Uno de los sitios donde se reunía con preferencias la gente de Mirambel era la posada. Esta posada, llamada así por anonomasia en el pueblo, era una casa negruzca de dos pisos. En la pared algún chico había puesto con carbón un letrero: ‘Posada de Escucha’. Esta posada tenía unas puertas y ventanas talladas de nogal, muy gruesas. El tallado llamaba la atención de los curiosos por las muchas figuras esculpidas, cabezas, guirnaldas, frutos y angelitos. Por lo que se contaba, entre las cabezas había algunas caricaturescas y risibles.

Aquellas figuras servían de indicación y de enseña, y cuando algún forastero preguntaba dónde se encontraba la fonda u hostería, se le contestaba:

—*Abí, en esta calle, verá usted una casa con una puerta de madera, que está llena de monos. Allá está la posada.*

Luego, años después, la puerta y los entablamientos de las ventanas desaparecieron con todos sus monos”, leo en *La renta de Mirambel*.

—Y esa otra es la Casa de los Julianes —continúa Fernando—, con una galería de arquillos en la parte superior y un doble alero de madera. Arrogante y ostentoso. Observen la ventana de abajo, ésta, reseñada con cruces gamadas, como símbolo solar. Palacetes y casas solariegas encontraremos muchas por estas callejas, cada cual más señorial, más distinguida, pero hay una, la Casa de Lasota o Casa Masas, que también se la conoce por este nombre, con una particularidad especial: que en sus fachadas se pueden contar 365 aberturas, tantas como días tiene un año...

—¿Y si es bisiesto el dicho año? —pregunta el *compa* de Ajofrín.

—Y hemos llegado al Portal del Estudio —informa Fernando ignorando la interrupción del compañero de viaje—, también con dos arcos: apuntado el de extramuros y rebajado el del interior. Sobre el arco mismo, vemos una galería cerrada con celosía de madera. Ahí había una capillita conocida como de la Natividad de la Virgen. Fíjense que se ha utilizado la muralla como muro de vivienda. Así ocurre en muchos casos más, como habrán podido observar. Y las casas señoriales que les mencioné antes. Y por esta calle, a la izquierda, vamos a la plaza. Es la calle de la Iglesia porque a ella nos conduce, cuya portada vemos al fondo.

Y “*En medio del caserío se abre una plaza, la plaza Mayor o plaza de Aliaga. Se levantan en ella dos caserones grandes, de piedra amarillenta, negruzca, con el alero saliente, y debajo de éste una galería con arcos, la mayoría cerrados con tapias de ladrillo*”.

Y en la plaza se encuentra También la Iglesia de Santa Margarita, robusto edificio de piedra sillar con visos de colegiata. Está cerrada...

—Esta es la iglesia—parroquia de Santa Margarita, del último tercio del siglo XVII. Es de una sola nave con capillas en los laterales. En la primera de las Guerras Carlistas fue brutalmente incendiada, de lo que da cuenta de manera resumida Pío Baroja en su libro *La venta de Mirambel*, y yo aún resumo más. Resulta que una facción del ejército isabelino se detuvo aquí en sus expediciones por el Maestrazgo. Y de ello tuvo noticias el cabecilla carlista Miralles, conocido como “*el Serrador*”, que mandó cercar con sus tropas la villa. Después, lanzó un contundente ataque y, dicen, que apoyado por algunos de los sitiados. El resultado es que la tropa de Miralles logró entrar en el recinto, lo que obligó a los isabelinos a refugiarse en la iglesia. Y cuando entraron los carlistas, Miralles ordenó a todos los vecinos que trajeran cargas de leña y las dejaran a la puerta de la iglesia, si querían conservar la cabeza sobre los hombros Y mandó prender fuego, que se azuzó con todo el papelorio y documentos del archivo municipal, y muchos de los encerrados murieron asfixiados. Otros se suicidaron tirándose por las ventanas. Después, los carlistas entraron en la iglesia e hicieron un grandísimo fuego dentro, de modo que ardió todo cuanto en ella había. “*El fuego de la iglesia duró varios días*”, dice Baroja. “*Por aquella época los alrededores de Mirambel y de Morella, como todas las tierras del Maestrazgo, debían estar empapadas en sangre*” —lee Fernando en la obra citada—. Y en la guerra civil también fue saqueada y quemada. En esta ocasión fueron los anarquistas levantinos los encargados de la fechoría.

—Y el Ayuntamiento —continúa—, es un sólido y elegante edificio de dos plantas de piedras sillares y mampostería, sostenido por tres arcos y realzado por el escudo municipal, que enseña una fecha: 1583, año en que se construyó el edificio. En el centro del escudo aparece un castillo flanqueado por dos...

—Ojos saltones que le dan un aspecto lunático —dice uno de nuestros viajeros—. No me gusta nada. Me parece la cabeza de un girasol.

—Sí, la verdad es que se suele identificar la figura del escudo con un girasol. La parte baja es una lonja con dos arcos de medio punto en la fachada principal, ésta, y un tercer arco en la lateral. En la lonja se celebraban *las tranzas*, es decir, las subastas de tierras, de frutos, de animales, etc., y se hacían los bailes de las fiestas y de las bodas y, también, se jugaba a la pelota, por eso se la conoce como “*el trinquete*”. Y en los bajos, estaba la cárcel. Las ventanas adinteladas... Observen el hermoso alero. Y ese caserón —dijo señalando

hacia otro solariego edificio de la plaza—, es la casa de la familia Pastor, hoy Casa Rectoría, y enfrente, cerrando la plaza, la casa de los Zurita, junto al Portal de la Fuente. Estos Zurita son descendientes de una familia aragonesa de infanzones, cuya cabeza más conocida es don Jerónimo Zurita de Castro, cronista del siglo XVI. En cualquier caso, uno de ellos fijó aquí su residencia. Y dicen que en esta casa se alojó don Carlos en 1837, en la primera de las tres Guerras Carlistas, cuando se nombró en esta villa la Junta Suprema de Aragón, Valencia y Murcia. Otros aseguran que el pretendiente se alojó en esa otra, en la Casa Pastor. Y aquí, al lado de la iglesia, se ven vestigios del castillo y el horno.

—Y antes de despedirme, les diré un apunte sobre El castillo. Lo construyeron los Templarios y, luego, lo ampliaron y reformaron los Sanjuanistas. Y en torno al castillo, se fueron apiñando las viviendas de los primeros pobladores, como buscando protección porque, en verdad, ofrecía todas las funciones defensivas. En un principio fue una verdadera torre templaria, con algunas dependencias más, por lo que tenía un aspecto palaciego. Hoy sólo quedan ruinas y este horno, que, ¡quién lo diría!, se conserva muy bien. La fortificación creció y sus murallas también y encerraron el caserío para darle este aspecto medieval del que tan orgullosos estamos los mirambelinos. Ahora, mientras buscan el autobús, que no tienen que hacer nada más deshacer el camino que hemos traído, pueden observar las casas solariegas, los palacios y sus adornos, y algunas casas de mampostería cuarteadas por tablones...

Calles limpias, aseadas, empedradas y silenciosas, y plazas y rincones recoletos, y pasadizos, y esbeltos aleros que quieren besarse, y... Y casas solariegas blasonadas, y... ¡Ni un cable, ni indiscretas antenas parabólicas, ni papel voladizo alguno, ni gritería estridente de autos enfurecidos, ni reflejos cegadores de semáforos amenazantes, ni prisas que atropellen el momento envolvente de la hora, el embeleso medieval en que envuelve este ambiente medieval. Silencio y pulcritud; historia muchas veces centenaria y arquitectura solariega y popular... Paz y sosiego, limpieza y pulcritud en estos pueblos del Maestrazgo... Transitar sin tiempo contado es caminar por esta hermosa e histórica villa de Mirambel, la ciudad reglada del Maestrazgo.

—¡Pero bueno! —exclama Natalio, el nativo de Ajofrín—, si hay un pueblo que se llama La Cuba. Si es que... Pues ya sé yo por qué se llama así, y a sus hijos los llamarán... cubos. No sé cómo llaman a los vecinos de La Cuba, pero es un pueblo que visitamos en otras ocasiones. Y, aunque pequeño, muy interesante. Tiene entre 50 y 60 habitantes —informa Raquel—. Son varios los motivos que merecen una visita al pueblo. Para empezar:

¿Sabe alguien lo que es un *pellerich*? ¿Nadie? Pues es un instrumento de tortura que en ese pueblo se conserva desde hace más de 700 años, y es uno de los poquísimos que se conservan en España. Si entráramos, lo veríamos en la plaza, delante de lo que fue la cárcel.

Es una piedra de forma ochavada en cuyo centro hay una argolla con cadena y un grillete para sujetar y exponer a la vergüenza pública a las mujeres adulteras, a los malhechores... Otro hecho curioso que guarda La Cuba es la antorcha olímpica original de los Juegos Olímpicos celebrados en Barcelona en...

—1992 —vocea Natalio.

—Sí, en el 92. ¿Y por qué ha venido a parar esa antorcha a La Cuba? —pregunta Raquel haciéndose con la atención toda—. Porque la atleta Carmen Valero, que era la poseedora de la antorcha, la donó, lo que llenaría de alegría y de orgullo a su padre, que era natural de este pueblo. Todos sabemos que Carmen Valero fue la primera mujer atleta de la historia en competir en unos Juegos Olímpicos, los de Montreal, 1976. Y como última curiosidad de La Cuba, diré que tiene una calle dedicada al recordado Manolo Escobar... Bueno, y ya llegamos...

En Olocau del Rey, parada y fonda

A la salida, contamos entre el caserío huertos perfectamente enmarcados por paredes de piedra seca, bajas y anchas, en los que hay brocales protectores de agua fresca y árboles frutales, y algunas masías lejanas y alejadas unas de otras subidas en hojas de labranza. Y en poco más de media hora, encontramos Olocau del Rey sobre un monte que se eleva casi mil metros sobre el mar, rodeado por otros altivos cerros que lo superan en altura habitados por aves rapaces, de las que un grupo se deja ver mientras forma círculos prometedores de olorosa comida.

—Ahora vamos a comer al *Mesón de la Villa*. Está en el centro del pueblo, debajo del Ayuntamiento, que es un edificio del siglo XV. Se come bien. Variedad y calidad. Ya lo conozco de otras veces. Ahí tenemos apalabrada la comida, que merecida la tenemos después de la mañana tan cultural que llevamos —informa Raquel—. Comemos y vamos a La Iglesuela del Cid, otro pueblo encantador, ya camino de Teruel...

—La dichosa Iglesuela, que estará lejos, ¿no? —da por hecho el viajero ajofrinero.

—No, no está lejos. Menos de 35 kilómetros.

—Pero con curvas de aupa. Con tanto monte... Si es que... —reprocha Natalio.

En el restaurante ya nos esperaban con las mesas preparadas y, mientras nos acomodábamos, el joven y amable camarero nos pregunta si ya hemos visitado el pueblo: el castillo, la iglesia de Nuestra Señora del Pópulo, la ermita de San Roque...

—No... —intenta explicar Raquel.

—Pero lo visitarán después de comer! Porque no se van a perder la visita a Nuestra Señora del Pópulo, iglesia del siglo XIV, donde admirarán la escultura de la Virgen de la Naranja, aún mucho más antigua, del siglo XIII por lo menos. Ni, por supuesto, el castillo, donde estuvo el Cid Campeador...

—Muchas gracias por tu información, pero ya no da el tiempo para más. La vista a Olocau del Rey está programada para la próxima excursión. Ahora comemos y nos vamos a La Iglesuela del Cid, camino ya de Teruel, donde nos alojamos.

—Bueno, si la visita a Olocau queda aplazada y sólo aplazada, no está mal del todo. Para comer, además del contenido de la carta, les ofrezco trufas del Maestrazgo. Trufas en

su jugo, trufas en Brandy y trufas negras en láminas, bien al natural, bien en aceite, claro, aceite de oliva —brinda el locuaz camarero mostrando un cestillo con el excelente producto—. Las trufas, claro está, proceden de Sarrión. Garantía de calidad...

—No, no gracias. Vamos a lo tradicional —dice Raquel. Además, ya la tenemos encargada...

—No obstante, el restaurante les ofrece una muestra para que prueben el manjar negro de nuestra tierra: la famosa trufa negra —dice el camarero al tiempo que aparece una joven con una bandeja con trufas o trozos de trufas—. Les diré que existe constancia del uso culinario de la trufa o *tuber melanosporum*, que éste es su nombre científico, en la cocina de al—Ándalus, allá por el siglo XIII. La trufa en sí es el cuerpo fructífero de un hongo conocido como *ascomiceto* subterráneo, que no se ve. Su origen se remonta, ni más ni menos, que al siglo XX antes de Cristo, y en España al siglo XIII... Pueden coger, pueden probar —invita el camarero, pero nadie lo hace, por lo que la joven cambia la oferta por otros aperitivos más familiares, de los que damos cuenta mientras aparece la comida apalabrada.

—En la actualidad —continúa—, España es el primer productor mundial de trufa negra con más de 100 toneladas, lo que supone más del 60% de la producción mundial. Y esta producción, traducida en plata, supone más de 25 millones de euritos anuales en exportación. Porque hay que añadir el consumo interno. Les diré que la trufa negra silvestre nace en bosques de robles, avellanos y carrascas o de encinas a una altitud entre los 300 y 1.500 metros, y se desarrolla en suelos, como los de esta zona, calcáreos a una profundidad entre 10 y 40 centímetros. Por eso decía antes lo de “subterráneo” ...

—¿Y cómo se sabe dónde está si no se ve? —pregunta Natalio.

—Con ayuda de perros especializados? Luego lo comento.

—¿Que hay perros especialistas...? ¡Venga ya...!

—Sí, sí que existen, y muy buenos. Necesita la trufa un clima mediterráneo: inviernos muy fríos, veranos calentitos, calentitos y poca lluvia de junio a septiembre. En Teruel —continúa Ramón, que así se llama el locuaz camarero—, tenemos tres zonas extraordinarias para el cultivo de la trufa: la Comarca de Gúdar—Javalambre, donde se cultiva la mejor trufa del mundo y la más importante de España y de Europa...

—A ver, ¿por qué es la mejor...? —pregunta sin terminar de hacerlo el ajofrinero.

—Por una sencillísima razón: porque aquí se concentran las mejores condiciones para su cultivo y desarrollo: temperaturas idóneas y lluvia a su debido tiempo. Sarrión, que está ahí cerca, se sitúa a unos 1000 metros sobre las aguas del mar, durante el verano no hay lluvia y los inviernos... de los de sabañones... Produce Sarrión —por cierto, a sus habitantes se los conoce como *sarzionenses*—, un gran porcentaje del total mundial de trufa negra, que no sé si les he dicho que su nombre científico es *tuber melanosporum*, por lo que es conocido como *Capital mundial de la trufa* y es de cajón que cada año acoja la *Feria Internacional de la Trufa*. Bueno, ya está aquí la comida —acabó diciendo cuando dos camareras dejaban dos fuentes humeantes de arroz con marisco.

—No nos has dicho lo de los perros especialistas en buscar trufas —reprocha Natalio al camarero cuando ya abandonamos en restaurante.

—Cuando vuelvan con más tiempo, lo haré —contestó Ramón.

En un folleto explicativo, colgado en el tablón de anuncios del restaurante, leo que “*Olocau está situado sobre un monte cercano a los 1000 metros de altura y su nombre procede del árabe AL—uqabyba, diminutivo de Al—’uqab (el ave de rapina), y por extensión, por posarse sobre el cerro estas aves: cima, cumbre, altura, la peña alta*”.

Y, en efecto, el Cid, desde el pinar de Tébar, se mudó a Olocau, cerca de Morella...:

“Estonçes se mudó el Çid al puerto de Alucat (Olocau);
dent corre mío Çid a Huesca e a Mont Alván;
en aquessa corrida diez días ovieron a morar”. Vs. 951—954

...Y después de haber dado al hermano cuerpo lo necesario para ganar un día más, el autobús abre su metálica boca, y nos acomodamos convenientemente en su espacioso vientre hambiente. Y subiendo puertos con vallas ventisqueras, intentando encontrar una senda entre pinares densos y sombríos, contando más rebaños de molinos eólicos y numerosas casetas de piedra de forma cónica y sorteando espectaculares barrancos y precipicios, pasamos por los alrededores de Mirambel y La Cuba y sus llanos sin límites, lindando otra vez con Castellón, y, atardecidos, llegamos a La Iglesuela del Cid.

La Iglesuela del Cid, señorío y popularidad

—A ver, —pide nuestra atención Raquel desde su puesto de copiloto, cuando una empinada curva trae al fondo La Iglesuela del Cid subida en un morrete de 1300 metros de altura y rodeada de un pequeño valle cuyas laderas fijan esforzados bancales—. Como tenemos poco tiempo y, por ello, no vamos a contar con ningún *cicerone*, diré unas cuantas cosas sobre esta localidad. Está declarada también Conjunto Histórico Artístico por los numerosos y ostentosos palacios que posee, lo que indica que aquí vivían familias nobles y muy pudientes económicamente. Una de ellas es la familia de los Aliaga, cuya casona se puede visitar con tiempo, del que ahora no disponemos, por lo que no visitaremos interiores. Podemos ver el vestíbulo, porque en ella se ubica la Oficina de Turismo. Quien lo desee puede entrar a buscar información.... También se podría visitar la casa de Matutano—Daudén, porque se ha convertido en hospedería. Pero callejando, veremos la Torre de los Nublos y el Ayuntamiento, edificios que formaban parte del castillo, claro, construido también por los Templarios. No olvidéis que estamos en tierras fronterizas. También está incluida La Iglesuela en la lista de Pueblos Mágicos de España por su arquitectura en piedra seca, de lo que veremos muchos ejemplos. Si está abierta la iglesia de la Purificación, podemos entrar un momento. Lo que no veremos es el Santuario de la Virgen del Cid, porque está a tres o cuatro kilómetros. Pero estos paisanos la adoran con mucha devoción y todos los años, en verano, acuden en romería para alabarla y sacarla en procesión. El santuario —o ermita— es del siglo XVI, pero se asienta sobre un poblado ibero romano, y está llena de leyendas, de mitos y de historia en torno a la Virgen románica, del XI, y del Cid Campeador, que la visitó varias veces.

—Ciento es —aclara Raquel al respecto—, que no existe letra impresa que documente al héroe castellano con La Iglesuela, pero hay varios topónimos que le hacen familiar con estos parajes, algunos citados en el *Poema*. Y la tradición quiere también que anduviera por aquí, pues afirma que, extraviado Rodrigo Díaz por estas serranías una noche y enfrentado al ejército musulmán, se le apareció Santiago y le prestó valiosísima ayuda para vencer a los moros. Y de ello hay constancia porque el caballo de *Matamoros* dejó la huella de una de sus herraduras en una piedra de granito que aún se puede ver. Como se ve, el caballero castellano está muy relacionado con La Iglesuela de su nombre, pues hay muchos topónimos que llevan el apellido “del Cid”, entre ellos El Morrón del Cid, donde estuvo el origen primero de esta localidad, en cuyos alrededores se hallaron restos de muralla y un

gran aljibe excavado en la roca. Y ya, como dato curioso, diré que La Iglesuela ha conocido varios nombres, hasta que fijó en 1464 el que tiene, al que añadió el subrayado “del Cid”, porque nuestro héroe mandó fortificar el poblado y construir el castillo. Además, se afirma que Rodrigo Díaz, el de Vivar, visitó varias veces la imagen románica de la Virgen que lleva su sobrenombre: por eso los iglesuelos cada verano celebran con gran entusiasmo la romería de la Virgen del Cid.

En fin, la Iglesuela —continúa Raquel— es otro de los pueblos cargados de historia emplazados para el próximo viaje. Y de su historia diré que es bastante similar a la de estos pueblos limítrofes, una vez que desaparecidas la Orden del Temple por la bula papal “*Ad Providam*” del 1312, pasó al dominio de la Orden de San Juan del Hospital, Orden a la que ha pertenecido durante quinientos años, hasta el 25 de marzo de 1813 —lee ahora Raquel las fechas—, que es cuando desaparecieron los señoríos y, claro, las bayllías. También sufrió los estragos de las Guerras Carlistas y, por su proximidad a Cantavieja, donde se fijó la Comandancia General del Maestrazgo, quedó unida al “*espíritu guerrillero*” de estos parajes. Y la Guerra Civil también se dejó sentir en esta villa, pues sufrió graves pérdidas patrimoniales, tanto civiles como religiosas: se destruyeron los archivos municipales, otros documentos y retablos e imágenes religiosas entre otras muchas cosas más.

—¿Está la iglesia de la Iglesuela también declarada...? —pregunta alguien.

Sí. Ostenta la declaración de Conjunto Histórico Artístico desde 1989, cuyo epicentro, claro, es la plaza Mayor. Además, forma parte del Parque Cultural del Maestrazgo, amplio territorio con un inmenso patrimonio natural y cultural. Ahora vamos a callejear un poco.

—Vamos a empezar el paseo aquí mismo, donde nos ha dejado el autobús, en el inicio de la calle de San Pablo, que es la arteria principal de La Iglesuela y...

En verdad, la calle de San Pablo tiene un aspecto señorial: larga, recta, de piso liso y adecentado, y adornada con casas de bella factura y por la Fuente Nueva que, como leo, se construyó en 1952, entre las calles Solanar y la de la Raballa. Tiene tres caños, aunque nació con la pretensión de tener trece. Pero han sido suficientes para abastecer de agua a los lugareños —y aún abastece a quien lo desea— hasta la llegada del agua corriente a las casas de los iglesuelanos. Y cubierta con un tejadillo que sostienen varias columnas cuadradas y animada por unos solícitos bancos, se brinda como lugar placentero y cantarín.

Y deambulando por estas calles limpias y empedradas, encontramos palacios y casas solariegas de sello renacentista de dos y tres plantas con grandes y sólidas fachadas y puertas empotradas en arcos apuntados de piedra sillar sobre los que, a veces, aparece el emblema señorrial. Las puertas suelen ser de madera adornadas con hileras de grandes cabezas de clavos y originales aldabas; y junto con las ventanas, muestran sus respectivos vanos recercados en piedra sillar. Veo también la estampa de san Luis de Bertrán plasmada en la palma de un cuadro de azulejos policromados en el vano de una ventana en la fachada de una casa cubierta por un alero sencillo y popular, santo valenciano que celebran en La Iglesuela a mediados de junio con mucho entusiasmo; y al lado, un arco —puerta con un santo protector en una pequeña hornacina. Y en la calle del Hospital, enfrente de la Casa Agramunt, otra hornacina cobija a la Virgen del Rosario con el Niño en el brazo izquierdo. Y fuentes, y el lavadero público, y recatados rincones, y un abrevadero que me recuerda haber leído algo sobre la estrecha relación de La Iglesuela con la trashumancia.

Junto a la Fuente Nueva, adosada a ella, hay una gran casona, cuya portada la fija un arco de medio punto. En la fachada se extiende una serie de vanos con dinteles de madera y antepechos de piedra. Y en la confluencia de la calle Raballa con la de San Pablo, aparece otro enorme edificio de tres plantas, levantado en mampostería y piedra sillar en las esquinas y coronado por un gran alero de madera. En la fachada principal, se abren vanos adintelados con fornidas rejas. Otros grandes edificios rematados por airoso aleros de madera trabajada. Casa Agramunt, leo, de magnífica portada barroca guardada por dos columnas. Sobre la portada, se extiende un frontón en cuyo centro campea el escudo de la familia propietaria del edificio. Tres balcones con rejería sencilla se asoman a la calle Hospital desde la planta principal; más adornado, sin embargo, es el balcón de la planta alta con su rejería de maneras modernistas. Todo lo corona un alero de madera. Y enfrente de esta casona, aparece otra con vanos adintelados y una hornacina con la Virgen del Rosario, talla de 1742.

Y volviendo a la calle de San Pablo, entre edificios de signos renacentistas y barrocos, llegamos a la plaza Mayor, donde se citan el Ayuntamiento, la Iglesia de la Purificación y una torre medieval —el torreón del homenaje del castillo—, nombrada “*Torre de Nublos*”, que se divisa desde la mitad de la calle, y el palacete de Matutano-Daudén.

—Ya adelanto —dice Raquel curándose en salud— que no me pregunten por qué la llaman “Torre de los Nublos” porque no lo sé. Sí puedo decir que esta torre es nombrada también como “Torre de Exconjurador”, y que es del siglo XIII, y era el torreón del

homenaje del castillo templario. Exconjurador era el lugar donde se realizaban conjuros y ritos contra el mal, aunque con más frecuencia contra las tormentas y, en general, contra los elementos atmosféricos dañinos, por ejemplo, riadas, sequías e, incluso, pestes y otras enfermedades. La torre es de planta cuadrada y está realizada en mampostería reforzada por sillares. Observen las saeteras... y las almenas. El resto del castillo se derrumbó para construir el Ayuntamiento. Como originalidad de esta torre, puedo añadir que no tenía puerta de entrada...

Por la parte posterior de la Torre de los Nublos, un arco de medio punto y adovelado da la entrada a la plaza Mayor...

—Entonces... ¿Por dónde se entraba si...? —pregunta intrigadísimo Natalio.

—Por una escalera móvil, y ello le hacía más defensiva...

—Ah, bueno, por una escalera que se ponía y se quitaba. Coño, como ocurría en Torretolanca, que vas ahora mismo y no tiene escalera construida.

—Y de la familia Matutano tampoco tengo información más allá de algunos datos... Como ven, la iglesia está cerrada. Admiremos su puerta plateresca encajada en el arco de medio punto y su torre barroca adosada a la cabecera. Tres cuerpos coronados por el campanario. Todo el edificio es del siglo XVII, sufragado en su mayor parte, o todo, por las familias Matutano y Aliaga, que no sé si esta familia es la misma que residía en Cantavieja. Esta otra torre almenada pertenecía al castillo y ahora, junto con las antiguas mazmorras, conforman las dependencias del Ayuntamiento. La fachada de la Casa Consistorial: tres arcos de medio punto sostienen el soportal, y sobre él, dos ventanas de sello gótico. Es interesante la techumbre del salón de actos....

—Esa casona —continúa Raquel señalando un solariego edificio con fachada de mampostería y esquinas de sillería, y aleros de madera labrada y ventanales de rejería. — es la Casa Blinque, donde se hospedó también don Carlos. Como las demás casas de este estilo renacentista, la planta superior la corre una galería de vanos de medio punto. Observad los balcones... La opinión tradicional asegura que aquí —dice ahora señalando la Casa—, tenía su residencia el tesorero de la Orden. Observen la Tau en forma de cruz en la clave de la portada. Y, mucho cuidado porque muchos la confunden con la cruz patada o templaria...

—A ver, Raquel, ¿has dicho cruz patada? —pregunta una voz.

—Sí, “patada” o pátea, cruz con patas. En la cruz pátea o patada los brazos se estrechan al llegar al centro y se ensanchan por los extremos. Y de ahí su nombre, porque los brazos de esta forma parecen patas. La cruz templaria, por tanto, tiene los cuatro brazos iguales y se estrecha en el centro para ensancharse, después, en los extremos. Y añado, para completar, que la Tau o letra griega es diferente, pues sólo tiene tres brazos: los laterales y el inferior. Falta el superior. Y termino informando de que san Antonio utilizaba la Tau como signo de conversión y de salvación. Quiere también la tradición que en esta Casa residiera el pretendiente Carlos en la primera de las Guerras Carlistas. Sí que es seguro que aquí se hospedó el general Espartero. En fin, refiriéndome a la Casa, observen este hermoso pórtico que cubre toda la fachada, apoyado en una sola columna octogonal que sostiene dos escudos en el capitel. No se engañen con la fecha, pues ese 1729 hace referencia al año en que se colocó la columna ahí, porque proviene de otro edificio anterior. La técnica del reaprovechamiento, tan visible en Toledo.

—Como ven —continúa Raquel—, anexo a la Casa Blinque, se levanta el Palacio Matutano—Daudén, ejemplo primoroso de la arquitectura nobiliaria del siglo XVIII, de la primera mitad, pues se sabe que en el último tercio de ese siglo, en 1773, concretamente, lo restauró la familia Daudén, don Sebastián y doña Francisca Oscáriz, los que restauraron la iglesia parroquial y el santuario de la Virgen del Cid. El último propietario de la casona fue Manuel Matutano Daudén, que aquí residió hasta 1970, y por eso lleva su nombre. Después, se lo dejó en herencia a sus sobrinos. Está cerrado desde 2018. Vemos que es un edificio de enormes dimensiones construido en mampostería vestida de blanco. Tiene tres alturas con la portada adintelada y decorada con guirnaldas. En la clave vemos una cartela con la fecha 1773 que, posiblemente, aluda al año de la restauración. Esta fachada, la principal, da a la calle Ondevilla, una de las más típicas de La Iglesuela, donde se citan varias de estas casas solariegas y, además, desemboca en la Plaza Mayor. En cualquier caso, esta primorosa calle rezuma un profundo sabor medieval que sosiega los sentidos y adormece las intenciones. También vemos ahí —continúa Raquel—, la majestuosa Casa de las Notarías o Casa de los Aladreros, que es como por aquí llaman a los carpinteros: dos plantas, portada con arco de medio punto dovelado y una ventana guardada por una magnífica reja. En la planta superior vemos tres ventanas ajimezadas con parteluces. Mirad el curiosísimo alero—cornisa: combinación de teja y ladrillo.

—Cruzamos el Portal de San Pablo, el único que queda de los cinco que se abrían en la muralla del castillo. Más casas solariegas: la famosa Casona de Aliaga o Casa Grande, construida entre los siglos XVI—XVIII, lo que no quiere decir —se apresura Raquel a

aclarar al ver las intenciones del compañero de Ajofrín—, que tardaran tanto tiempo en construirla, dos siglos, sino que con distintas reformas ha adquirido el aspecto, la forma actual, y es uno de los edificios más importantes de La Iglesuela. Es de planta rectangular, levantada en mampostería vista y sillería en las esquinas. La forman tres plantas: la baja, dos alturas y la consabida galería de arquillos de medio punto y, sobre todo ello, la joya de la corona: el alero de doble vuelo, muy, muy decorado con motivos vegetales y geométricos. La portada se adorna con un hermoso arco de medio punto dovelado. Es el único palacio que se puede visitar, bueno, en parte, porque en su vestíbulo se encuentra la Oficina de Turismo.

—Esta otra —señala Raquel, ya en la plaza del Estudio—, es la Casa Guijarro, de finales del siglo XVI. Es un hermoso edificio de planta rectangular de cuatro plantas y doble alero, lo que no es muy común. Observad que están enfrente una de la otra, como desafiándose, pues desavenidas estaban las dos familias que las habitaban, según deja ver la leyenda que les voy a contar, como ocurre entre la buena vecindad... Como ven, los propietarios de la casa Aliaga decoraron la esquina bajo el alero con una mona que se tapa los oídos y mira hacia el palacio del otro lado de la plaza, es decir, hacia la casa de los Guijarro, quienes responden con una figura con la boca tapada. Parece ser que esta leyenda se hace eco de la tradición oriental de los “Tres monos sabios”, procedente de un proverbio de Confucio que aconseja: “no veas lo malvado; no escuches maldades”. En la planta superior, corre la galería de arcos y el gran alero de madera tallada, donde se encuentra la mona de la leyenda, en una esquina. Una observación antes de marcharnos: el gran escudo de la casa, ahí, a la izquierda, sobre la portada, no pertenece a los Guijarro, sino a los anteriores propietarios del edificio, concretamente a la familia de los Esteban y Mercader, primer dueño de la casona con su esposa, Magdalena de nombre, hija de Nicolás Trillás, bayle de La Iglesuela. Después, la casa pasó a la familia Guijarro, y uno de ellos la restauró en los años noventa del siglo pasado. Y éste es el Portal de San Pablo, única puerta que se conserva de las cinco que había, y da entrada y salida a la plaza del Ayuntamiento. En la hornacina, claro, la imagen del apóstol y una fecha: 1721. Y el sencillo alero. Al otro lado del Portal, se apiñan numerosos huertos perfecta y sólidamente emparedados y delimitados con muros populares de piedra seca.

—Ya no hay para más —cierra Raquel—. Vamos al autobús.

Aunque no está incluida La Iglesuela del Cid en la lista de los Pueblos más bonitos de España, como sus vecinos Cantavieja y Mirambel, debe estarlo, pues su patrimonio

cultural se da la mano con la de esos pueblos señalados y reconocidos y, además, añade una mayor ración popular a la de esas villas: calles más tortuosas y menos adecuadas; paredones de piedra seca recortando huertos y cerquillos separados con muros que tienen lanchas cimeras clavadas de perfil, quizá, para servir de protección contra aviesos depredadores, y pozos surtidores de agua para regar a mano; y corrales y establos donde se espulgan las gallinas y se resguarda el ganado...

Con los ojos bien abiertos, el autobús busca el camino de vuelta y cuando enlaza con la 226, nos deja, al poco, en la puerta del hotel Reina Cristina.

Por la comarca de Gúdar-Javalambre

Con las reservas pertinentes, pues la hora era fría y gris, la emprende el autobús hacia Rubielos de Mora y Mora de Rubielos, lugar, éste, donde tenemos apalabrada la comida. Los primeros pueblos que aparecen anunciados en el ruta son el histórico Alcañiz, lugar cidiano que reclama una visita, y la dirección a Cantavieja, al tiempo que cruzamos el río Alfambra, el acueducto Gascón Peña del Macho y la Rambla del Río Seco...

—Buenos días —saluda Raquel—. ¿Qué os parece el viaje en general? ¿Y Teruel...?

—Pues más frío de lo esperado, y como hemos tenido que suspender varias visitas a pueblos llenos de historia, pues..., pues qué voy a decir —argumenta el paisano de Ajofrín.

—Bueno, por ahora, hemos aplazado alguna de las visitas previstas. Sólo aplazadas. A ver, el tiempo... Quiero recordaros que vamos por la comarca de Gúdar—Javalambre que, junto con la de El Maestrazgo, es la más extensa y de mayor historia de la provincia de Teruel. Y visitaremos, en primer lugar, Rubielos de Mora y, a continuación, Mora de Rubielos, dos grandes joyitas escondidas en el sur de Aragón. Dos pueblos cargados también de historia, como los que vistimos ayer...

—Vamos a ver, Raquel, con los nombres trucados de esos dos pueblos, ¿no estarás de guasa? Porque no me digas que Rubielos de Mora y Mora de Rubielos... Vamos, digo yo —pregunta y argumenta Natalio sin terminar ninguna de sus sugerencias.

—No, Natalio, no estoy de guasa, y me hace adelantar un par de comentarios que tenía pensado hacer más adelante y, seguramente, repetirán los guías de esos dos pueblos...

—Separados por sólo 12 kilómetros —añadió Natalio—. A ver esos dos comentarios, porque...

—Sí, doce kilómetros los separan —corrobora Raquel—. Y empiezo diciendo que las historias de amor en tierras aragonesas no acaban con la de Juan Diego e Isabel...

—Los desafortunados amantes de Teruel —asevera Natalio.

—... ni con la de los dos arquitectos que competían por hacer la torre más hermosa de la ciudad de Teruel y ya conocéis —continúa Raquel obviando la nueva interrupción.

—Callaos, por favor. Sigue Raquel —pide y ordena la viajera poeta—. Callaos. Sigue.

Y como Natalio hiciese ademanes de querer continuar hablando:

—¡Cállate, Natalio! Cállese y permita que hable Raquel —pide con grito la poeta.

—Varias son las historias que se cuentan para explicar el nombre trucado de estos dos pueblos vecinos...

—¿Vecinos?, ¿tanto como vecinos...? Son 12... —objeta sin terminar Natalio.

—Hay que situarse a finales del siglo XII —continúa Raquel molesta por tanta interrupción inútil—, cuando la reconquista cristiana avanzaba más lenta de lo deseado por estas tierras aragonesas. En aquellos tiempos Rubielos...

—¿Qué Rubielos?, porque hay dos —pregunta Natalio extendiendo la vista por el estómago del autobús.

—Natalio, por favor, cállese y deje continuar a Raquel. A ver esa historia de amor que se esconde... —pide angustiada la amante de la poesía.

—Rubielos de Mora, de Mora —responde resignada Raquel—. Gobernaba este pueblo don Alonso de Rubielos, mientras que el otro Rubielos, Mora de Rubielos, aún seguía en poder de los musulmanes. Y en este pueblo, en Mora, vivía la hermosa reina Fátima. Y un día de ese siglo XII...

—¿Se sabe a ciencia cierta qué día...? —pregunta el compañero Natalio.

—No. Se desconoce. Un día cualquiera de ese siglo se conocen el caballero cristiano y la joven y hermosa reina mora, y surge el amor por ambas partes a primera vista.

—¡Ay! —exclama la poeta.

—Pero estas relaciones —continúa Raquel —no fueron aceptadas por la familia cristiana ni por la de Fátima.

—Si es que... Dejad a la persona ser libre, que se amen quienes se amen... —suplica la mujer amante de la poesía clavando sus ojos en los míos—. Si es que... Libertad, señor, libertad para amar. ¿Qué mal hacían don Alonso y Fátima amándose? ¿Me lo quiere decir? —pregunta la mujer mirándome fijamente. Se diría que acusándome de aquella medieval oposición... ¿Qué mal hacen los jóvenes, o quien sea, amándose?

—Después de ver las dos familias que el amor era verdadero y profundo y sincero —remata Raquel—, y para que el amor culminara en matrimonio y la situación resultara equilibrada para los dos pueblos, dejando claro que ninguno de los dos saldría perdiendo con y por esa unión, se decidió que Rubielos siempre sería de Mora y Mora, de Rubielos.

—¿Y se casaron al fin? Dime que sí, Raquel.

—Sí, Antonia —que así se llama la romántica mujer—. Se casaron —responde Raquel.

—¡Ay, Dios mío!, ya puedo dormir tranquila. Mil gracias, Raquelita.

Y al tiempo que termina Raquel la historia y de suspirar la compañera de viaje, pasamos por el Acueducto Gascón Peña del Macho, que hace referencia al arquitecto que lo construyó y al lugar en que el dicho acueducto recoge el agua y lo lleva a los aljibes de la plaza “el Torico”. También hemos visto anunciada la “Rambla del Río Seco”, que nace en la sierra de El Pinar, a 1500 metros sobre el nivel del mar. Es un río temporal, y de ahí su nombre, que sólo lleva agua en ciertas temporadas, después de recoger los aportes de barrancas y otras ramblas que se cruzan en su paso hasta Valdecebro, este pueblo que hemos visto anunciado, para desembocar aquí mismo, en estas cercanías de Teruel, en el Alfambra. —Y ahora cruzamos por el “Viaducto de José Torán” —informa Raquel—, ingeniero de caminos y constructor de tantísima obra en Teruel. Y muy reconocido. Vamos en dirección a Castellón. ¿Veis?, 123 kilómetros.

—¿Pero a Castellón? ¿Qué hemos *perdido* en Castellón de la Plana? —se pregunta contrariado Natalio—. ¿A qué vamos ahora a...?

—No, por Dios, no se preocupe, que no vamos a llegar a Castellón... Ni a Formiche, que se anuncia a la derecha, ni a la estación ferroviaria del Puerto del Escandón, que está a 1222 metros de altitud. Ahora pasamos por la Puebla de Valverde, a los pies de la Sierra de Javalambre, a 25 kilómetros de Teruel y a otros tantos de Sarrión, que tenemos delante...

—Y no podemos pasar por Sarrión sin que haga un par de comentarios sobre esta villa, especialmente sobre la trufa. Sólo un comentario, un breve apunte histórico más bien, para decir que las Guerras Carlistas ocasionaron graves desperfectos en el patrimonio de Sarrión, pues de las ocho puertas medievales que tenía, sólo dejaron una, el Portal de Teruel, concretamente. También la Guerra Civil (1936-1939) dejó nefastos recuerdos. Pero lo que quiero resaltar de Sarrión —recordad lo que nos ofrecían ayer para comer en Olocau del

Rey y la lección sobre la trufa que nos dio el camarero, Ramón—, es la enorme importancia de la trufa en este pueblo, pues a primeros de diciembre de cada año celebra la Fiesta Internacional de la Trufa, FITRUF, de modo que se convierte, y así es conocida, en la “Capital española de la trufa negra”, producto que compite con, y aun supera en calidad a la fachendosa trufa francesa. Además, el mercado de trufas de Sarrión marca el precio de este producto en toda Europa.

Y la carretera se empina y se retuerce en curvas varias veces anudadas entre torres vigías colocadas en estratégicos lugares oteadores, bosques de pinos, masías aquí y allá, y valles frondosos y profundos. De vez en cuando, aparecen lomas clavadas por los mástiles de molinos eólicos desprovistos de poesía. Y bajando, no lejos de Sarrión, el autobús gira a su izquierda y busca sin dilación Rubielos de Mora. Estamos en plena serranía de Gúdar, nombre que recibe de un pueblo próximo así llamado por los musulmanes y que en lengua de Cervantes viene a decir, y no falto de razón, “suelo duro o pedregoso”, entre bosques de sabinas y pinos de mala salud, pues la procesionaria de su nombre obra en consecuencia. He anotado en mi cartera también el encuentro de manadas de ganado vacuno de raza *cherolé*, típica del país, y rebaños de ovejas en cercones de las masías junto a enormes montones de alpacas de alfalfa o de hierba seca... Una familia de águilas vuela sobre los picos más altos. Por estos alrededores de Sarrión, un indicador señala hacia Valdelinares, el pueblo más alto de España., y su afamada estación de esquí. Y he visto también a la salida de algún pueblo cruzado por el autobús, en una pequeña explanada que suele servir de excelente mirador paisajístico, construcciones de sillería con forma de columnas que sostienen una hermosa cruz o una imagen religiosa. Luego leo que por estos lares llaman a estos monumentos, que no tienen otra intención que la de reafirmar su fe, peridores o *pairones*. Y no lejos de Sarrión se anuncia Venta del Aire, alrededores por los que el autobús deja la A-23 y se monta en otra secundaria y ascendente y, al pronto, la carretera trae el Puente Viejo de la Fonseca que salva el río Mijares, a 10 kilómetros ya de Rubielos de Mora y a 50 de Treruel. Un enorme bosque de pinos...

En Rubielos de Mora

—Por favor —reclama nuestra atención Raquel—. Ya estamos llegando a Rubielos de Mora, la primera parada del día, y, aunque contamos con un guía que nos enseñará la villa, quiero decir unas cosas de carácter general sobre este hermoso pueblo. Primero que antes era nombrado con su clásico sobrenombre “Corte de la Sierra”, por los palacetes y casas señoriales renacentistas y otras muchas modernistas del siglo XIX, que aún se conservan en su primera forma muchas de ellas. Y la conservación de todo ese patrimonio y el esmero y prurito por conservarlo han reportado varios premios a la villa, ya a nivel provincial, autonómico, nacional y también internacional. Fue declarado Conjunto Histórico Artístico en 1980 y se hizo con el “Premio Europa Nostra”, de restauración, precisamente, en 1983. La excolegiata de Santa María la Mayor alberga un extraordinario retablo gótico de reconocimiento internacional, de Gonzalo Peris Sarria. Es Rubielos de Mora también sede de un museo llamado Región Ambrosina, centro que alberga los restos de un lago fosilizado que es uno de los pocos que existen hoy día en el mundo. Se exponen animales que quedaron atrapados en el fondo del lago y otros cubiertos por la resina de grandes árboles y hoy continúan dentro del ámbar de color rojo. También hay réplicas y reproducciones. De estos árboles centenarios y gigantescos —pinos, quejigos, robles—, que poblaron estos parajes serranos, aún se ven por estos campos. Hay uno de más de cuatrocientos años y mide 14 metros de alto y 26 de copa. Hace poco, un fuerte vendaval tronchó uno de ellos, de lo que dio la prensa merecida cuenta...

El descanso del autobús extramuros de Rubielos rompe las explicaciones de Raquel, que baja rápidamente a saludar a Miguel Ángel, que así se llama el guía nativo que nos enseñará esta extraordinaria villa y nos espera junto al Portal de San Antonio. Nada más bajar del autobús, leo “Escuela de Niños”. El día ha levantado y se ofrece pletórico en una mañana completamente azul, aunque más fresca de lo deseado.

—Buenos días. Mi nombre es Miguel Ángel, y les acompañaré en su visita a Rubielos, conocido como “Pórtico de Aragón”, porque su emplazamiento geográfico es

como un gran mirador del altiplano de Teruel. También es conocida esta villa como “Corte de sierra”, por...

—Eso ya nos lo ha explicado Raquel —ataja Natalio.

—Seguro que también les ha dicho que en mayo de 2013 fue distinguida esta villa como el Pueblo más Bonito de España y que recibió el Premio Pueblo del año 2022 en Aragón. Además, pertenece a la Red de Municipios CITTÀLOW por la calidad de vida que ofrece y, también es lugar de sellado en el Camino del Cid. Está enmarcado —continúa—, en el cerco que tejían las murallas de la villa, de las que aún se ven algunos retazos entre casas adosadas a ellas. Se conservan dos torres—puerta de las siete que se abrían en las murallas, construidas en la mitad del siglo XIV: el Portal de San Antonio, éste que tenemos delante, y el Portal del Carmen, que veremos después. Las otras puertas fueron derribadas en la última de las Guerras Carlistas, a finales del siglo XIX, excepto el Portal de la Parada, que fue destruido en 1941.

Antes de ceñirme a lo que vemos, les hago un par de comentarios históricos: que los orígenes del pueblo actual están en el siglo XII y que ha conocido los tristes avatares de la Guerra de la Independencia, de las Guerras Carlistas y, también, de la Guerra Civil (1936—1939). De estos últimos, destaco el hecho conocido como “Sucesos de Rubielos de Mora”, ocurridos en enero de 1938. Un día de ese mes el mando republicano ordenó fusilar a 50 hombres de la 84 Brigada Mixta, que habían combatido en la batalla de Teruel y se negaron a reincorporarse al frente después de haber pasado unos días de permiso en esta localidad. También los maquis hicieron de las suyas en el pueblo y por estos alrededores: sabotajes y ocupación del pueblo durante una mañana en la que repartieron propaganda... Quienes estén interesados en estos temas, les facilito bibliografía después —ofrece Miguel Ángel.

Como ven, el Portal de San Antonio es de estilo gótico, y era la puerta principal de la villa: estaba reservada para la entrada de personajes ilustres. Se abre con un arco apuntado en la base de una robusta torre con todos los elementos defensivos: almenas, saeteras y matacanes. Y esa casona, de excelente labor de talla en la madera de las puertas y balcones, es la Casa de la familia Ygual, a la que luego citaré. Vamos a empezar la visita por el Ayuntamiento que, junto con la antigua colegiata de Santa María la Mayor, son los dos monumentos más representativos de Rubielos de Mora, aparte de otros también de gran prestancia y valor arquitectónico.

Y por la calle principal, recta, empedrada y aseadísima, llegamos a la Casa Consistorial, enorme edificio de estampa barroca... Pero antes de entrar, reparo en una encantadora fuente con dos surtidores que canta delante de la fachada del Ayuntamiento: es la Fuente de la Negrita o de la Morica. Representa a una mujer de estilizado torso desnudo y un airoso tocado en la cabeza de resonancias orientales. Tiene la mano derecha apoyada en la cadera, “en jarras”, y la izquierda sostiene el cántaro que lleva sobre el hombro. La bella escultura corona un pilar cilíndrico que ofrece los dos surtidores y ocupa el centro circular de la fuente. La placa de bronce oscurecido, colocada en la parte superior del pedestal, deja leer: “Costeada por Dña. Manuela Igual. Viuda de D. Antonio Ygual. Año 1897”.

—Este gran edificio acoge al Ayuntamiento en la actualidad —dice Miguel Ángel, ya en el enorme, espacioso y alto cuerpo de la antigua lonja—. Se construyó en dos fases: en la primera, en 1546, se hizo la lonja; y la segunda en 1576, año en que se levantó el alzado, lo que vemos sobre la arquería. Es el edificio renacentista más emblemático de la villa, pero se reformó en 1757 para dar cabida al Hospital de Nuestra Señora de Gracia para albergar peregrinos y gente sin recursos. La discreta fachada es de mampostería y piedra sillar construida en el siglo XVI, aunque la puerta es barroca, y sobre ella un balcón de madera en cuyo dintel se encuadra el escudo de la villa: un castillo, las barras de Aragón y una especie de ramo de zarza con la intención de explicar la etimología de Rubielos: del latín RUBUS, que quiere decir *zarza*, al que se añade el sufijo mozárabe procedente, a su vez, de ULLUS.

—Oye, por favor —interrumpe el de Ajofrín—. ¿Y cómo llaman a los de este pueblo, vamos, si puede saberse?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Nos llaman Rubielanos.

—¡Y también “bufones”!, ¿o no?, porque sopláis el caldo de la sopa aunque éste esté frío. Si es que... —añade Natalio, el ajofriner.

—Sí, sí. Es cierto. Nos tratan los de los pueblos de alrededor como un poco simplones. De ahí, el sobrenombre popular —responde Miguel Ángel.

—Y decía que por su bello y señorrial porte —continúa—, puede competir en elegancia con otros palacetes y casas señoriales repartidas por la villa. Desde 1983 ostenta el título de BIC. Se construyó como lonja o mercado. La entrada nos la da este bello arco de medio punto afirmado en piedra sillar entre la fachada de mampostería. Sobre él, un

balcón de labradas rejas. En la parte alta estaba el granero, y hoy se distribuyen las dependencias del Ayuntamiento. Estamos en lo que era el espacio dedicado a la lonja, al comercio, a la compra y venta de herramientas agrícolas, objetos y prendas de vestir de lana y tejidos y enseres de la casa, sobre todo. Como pueden apreciar, el techo abovedado está sostenido por estas robustas columnas cilíndricas y arquerías, pensadas para soportar grandes cargas, es decir, un edificio de gran consistencia...

—Un comentario más sobre los distintos usos que ha conocido esta lonja —continúa Miguel Ángel—: en primer lugar hubo, aquí, en la lonja, una parte dedicada a cárcel. Pero no se trataba de una prisión al uso común, si no en la que se exponía a los privados de libertad a la humillación pública. Se les sacaba de la celda, que por cierto ahí está tal cual, para que la gente los reconociera y, sobre todo, para humillarlos. Después de unos días, los enviaban a la Cárcel Vieja o del castillo. Durante más de un siglo, todo este enorme espacio estuvo tabicado y fue usado como escuela hasta 1910. Y en la posguerra se utilizó como cine, y la rehabilitación de 1969 retiró todos los añadidos y la devolvió a su estado primero, el que ahora vemos complacidos. Decía que ahí está la celda, pero los objetos que en ella se muestran no son originales, ni la reja, esa, tampoco.

El ancho espacio está ahora ocupado por diversos objetos tradicionales y armas antiguas colgadas de las paredes y arrimados otros. También por la arrogante estatua de “Pedro IV el del puñalito, rey de Aragón y de Valencia”, que “Concedió a Rubielos de Mora el título de villa el 5-4-1366”, como dice la cartela. Es obra de José Gonzalvo, el paisano escultor de Rubielos.

—¿Y esta casa—palacio? —pregunto yo mismo apuntando a un sólido y señorial edificio que con el Consistorio resguardan la Fuente de la Negrita.

—Es el Palacio de los Marqueses de Villasegura, cuya fachada es también de mampostería y piedras sillares vistas. Consta de tres plantas. En la primera, como ven, se abren dos puertas adinteladas: la primera, ésta, da al zaguán; y sobre unas pilastras, se ve el escudo. Esta otra puerta da a la capilla. En la segunda, se sucede una serie de balcones sencillos de forja, y en la tercera corre una galería de arcos de medio punto, once en total. Todo cobijado por un alero de madera. No sé si he dicho que la capilla del palacio es la de Nuestra Señora del Carmen... El palacio ha pasado por diversos usos desde que en 1703 se instaló aquí la familia Villasegura, que lo convirtió en palacio. Fue abandonado, y en el siglo XIX se usó como fábrica textil, y hoy se ha convertido en uno de los ejemplos mejor conservados de las casas—palacio de la villa. Ah, tengo que añadir que este palacio,

antiguamente, se llamaba Casa de los Tonda-Serret, pertenecientes a este prestigioso linaje. Y gracias al dinero del noble inquilino de la Casa, se construyó la colegiata de Santa María, que vamos a visitar, pero ahora es ex colegiata, antigua colegiata.

En la fachada del palacio hay una placa que leo: “En esta casa nació D. Joaquín Ferrer, marqués de Villasegura. Durante la Guerra de la Independencia, fue soldado distinguido del Batallón de Voluntarios de Aragón y maestro de Postas de S.M. El Rey”.

—Ahora vamos a la antigua colegiata de Santa María, otro monumento emblemático de Rubielos, y vamos a encontrar más palacios, este mismo, el de los condes de Creixel, edificio barroco con el escudo familiar sobre la portada. Fue cuartel general de Cabrera, el conocido como “El Tigre del Maestrazgo”, durante el asalto al convento de los Carmelitas. Reparen en los exuberantes balcones —nos pide Miguel Ángel—. ¿Qué les llama la atención ante la puerta? —pregunta a continuación—. ¿Y por y para qué?

—¡Ah sí! Las aldabas. Dos aldabas colocadas a distinta altura: una a la altura de la cabeza y la otra, casi en el dintel de la puerta —responde la mujer— poeta.

—Muy bien. ¿Y para qué? —vuelve a preguntar.

—La más alta para los que llegaban a caballo y pudieran llamar sin tener que apearse.

—El Palacio de los Condes de Florida, ése otro, es un antiguo mesón, y éste es el Palacio de los Marqueses de Tosos, junto a la antigua Casa de la Comunidad. Se trata de un edificio neoclásico del siglo XVIII. También con su escudo en la fachada, labrada rejería en los balcones y un alero bastante original, de los llamados “de media caña”.

Resulta todo un placer caminar sin prisas por esta calle perfectamente a decentada y emparedada por sobrios y elegantes edificios llenos de arte y de historia, y sin ruidos, y sin agobios ciudadanos. Me fijo en las originalísimas papeleras de hierro forjado, y en las aldabas que exhiben dragones y otros animales fantásticos y otras formas artísticas y particulares. ¡Y los faroles! Todos los faroles presentan un detalle decorativo realizado artesanalmente en forja que, a su vez, tiene su particular significado: bien aluden o informan sobre la persona que habita la casa o sobre su oficio o profesión, bien sobre el edificio mismo o sobre la calle en que se encuentran.

—Y ya estamos ante la ex colegiata de Santa María la Mayor. Se trata de un edificio monumental, construido en las dos primeras décadas del siglo XVII. La torre que vemos, situada al lado del coro, mide 44 metros de altura y se estructura en tres cuerpos cuadrados, de los que el primero está invisible por estar incluido en la fachada exterior, y el segundo

corrido por una terraza con fachada a los cuatro puntos, más el superior, que es octogonal: se adorna con ocho elegantes vanos apuntados y es el campanario, rematado, a su vez, por una linterna. La entrada es un amplio portal barroco de dos cuerpos protegido por una fornida y trabajada reja hecha por Manuel Baselga, otro paisano ilustre de Rubielos, conocido como “El Herrerico”. Como hecho curioso de este artista de la forja, diré que ha compuesto en hierro la historia de su propia biografía artesana... El arco de medio punto guarda la puerta de entrada flanqueada, a su vez, por dos columnas. Las hornacinas de la parte de arriba guardan al patrón titular de la villa, san Antonio Abab, y el escudo de Rubielos.

—El interior —dice cruzando la puerta—, es de planta rectangular de 28 metros y medio de ancho y 55 de largo, ocupada por una sola nave y capillas laterales con bóvedas de crucería, más la sala capitular y el coro con bóveda nervada estrellada y de sillería barroca. El altar mayor fue arrasado por un terrible incendio en 1844. Lo que vemos ahora se rehizo en 1859 en estilo neoclásico. La llamativa bóveda del presbiterio, a base de supuestas conchas, la hizo en 1619 el arquitecto vizcaíno Francisco Miliqueta. Las capillas laterales, seis, están dedicadas a otras tantas advocaciones. La reja de la capilla bautismal es del siglo XIV. La capilla del Carmen es una ampliación del siglo XIX y recoge a nuestra Patrona, que es presentada con un gran lienzo de la Sagrada Cena del siglo XVIII. La imagen de la Virgen no es la original, pues desapareció en la guerra civil. El manto, sin embargo, sí es el original. Y como ven, en esta capilla de hermosas pechinias se encuentra también la Virgen del Pilar. Es que aquí, en Rubielos, hay también mucha devoción a la Virgen del Pilar...

—Te lo iba a preguntar, porque he leído en una placa de cerámica colocada en una fachada callejera esta coplilla:

“Es la Virgen del Pilar
la que más altares tiene,
que no hay pecho aragonés
que en su fondo no la lleve”.

—Exacto, exacto. Actualmente, se ofician en esta capilla las misas. En la de El Salvador se guarda uno de los tesoros más valiosos de la iglesia: el gran retablo de la Virgen, en gótico internacional, realizado por Gonzalo Peris. Tiene 7 metros de alto por 5 de ancho. Cuenta en 53 pequeñas piezas, verdaderas obras de arte, la Vida de la Virgen, la Pasión de Cristo y hechos de los evangelistas y de diversos santos venerados en Rubielos. Destaca la

facultad de síntesis tan poderosa del pintor, la precisión y perfección del minúsculo detalle y el fresco colorido. Y simplemente está protegido por una sencilla reja —dice el guía saliendo del recinto eclesiástico.

—Vamos ahora al Portal del Carmen —propone Miguel Ángel—. Vamos por la calle Marqués Gascón, donde se levanta la casona que lleva su nombre, y llegamos a la plaza de Ygual y Gil, también conocida como Plaza de los Toros porque en ella se solían celebrar los festejos taurinos. Como ven, se citan otras tres casas-palacio: la Casa Ygual o de los Leones, la Casa Gascón y la Casa Vivó Roca. La Casa de Ygual o de los Leones pertenece a la familia que costeó la Fuente de la Negrita, y se llama así por los dos leones rampantes que exhibe su escudo familiar. Sobresale su robustez repartida en tres plantas, y el maderamen de sus numerosas puertas y balcones. Entre ellos destacan los tres magníficos del ático, y el gran alero apoyado en varias pilastras. Y esa otra es la Casa Gascón, de tres alturas de mampostería levantadas sobre un zócalo de sillería. Vean la hermosa portada de traza gótica. Miren también los balcones de rejería estilizada de las plantas superiores. Se remata la casona con un alero de canes de madera. Y ese bello edificio que se anuncia como hotel es la antigua Casa Vivó, palacio neogótico del siglo XVI. Observen la aldaba de la puerta, porque es de las más hermosas y originales de toda la villa...

—¡Y ese monumento escultural! —exclama uno de los viajeros muy aficionado a la Fiesta Brava...

—A ver. Vayamos por partes. Estamos en la Plaza del Carmen, con su apreciable forma de ELE. Se trata del monumento del Toro de soga o Toro embolado, espectáculo taurino muy común en toda la comunidad de Castilla—León y de Aragón. Aquí, en Rubielos, tenemos las primeras noticias de estos festejos del año 1620. Es una escultura de nuestro paisano José Gonzalvo. Se trata de una obra muy original: el toro parece que tiene un televisor por estómago, y el joven que está junto a él, se diría que es un astronauta o, al menos, aspirante. Tiene dos grandes bolas amarradas a los cuernos, simulando las dos bolas de resina que atan a los cuernos del toro, las prenden fuego y lo dejan suelto durante la noche entre el festivo gentío.

—Y en cuanto al histórico Portal del Carmen señalo que es una construcción del siglo XV: arco de medio punto que se abre en la base de una torre de las antiguas murallas y aún muestra su aspecto defensivo con el que nació: las saeteras y las almenas. Y sobre ellas, el curioso búho que todo lo otea. Es una escultura de hierro forjado del escultor de Rubielos José Gonzalvo Vives (1929-2010). Y aquí, al lado, tenemos el Convento de los

Carmelitas Calzados, construido en el siglo XVII financiado por Miguel Navarro, boticario de Felipe II. En 1835 fue quemado por el general Cabrera y los suyos. Con la Desamortización, pasó a manos de la burguesía; después, ha tenido diversos usos: taller de hilados, hospital y cuartel en la Guerra Civil (1936-1939). Hoy es restaurante y museo del hijo predilecto de la villa: José Gonzalvo. Y como me tengo que despedir y tenéis un rato libre para deambular por estas calles llenas de historia, de arte y de belleza, os sugiero que entréis en este museo y el de Salvador Victoria. Aquí nada está lejos. En el museo de Salvador Victoria podréis gozar de la obra pictórica de nuestro paisano, que ahí nació en 1928 y ahí murió en 1994, y la de otros pintores contemporáneos y amigos de nuestro paisano pintor. Y es una pena que no visitéis el convento de las Agustinas, construido sobre una iglesia del siglo XIV.

—Así pues, amigos toledanos, aquí tenemos que dejarlo en esta ocasión. Espero que les haya resultado agradable el paseo y que no hayan sido demasiado pesadas mis explicaciones. Ahora disponen de tiempo libre para pasear por estas calles y plazas llenas de historia, de arte y de encanto. Muchas gracias por su atención.

Y callejando, he encontrado un rótulo en el que se lee “Cuatro Esquinas”, en el mismo cruce de las calles Barberanes y Josefa Villanueva, topónimo que me recordó, claro, el mentiroso rótulo toledano de las “Cuatro Calles” porque, en realidad, son cinco. Pues me he enterado de que en la confluencia de esas dos céntricas calles, solían los quintos dejar en el centro mismo un porrón de vino y, entre trago y trago, cantaban coplas como ésta que está fijada en una placa de cerámica en una de estas cuatro fachadas, y así reza:

“Estas son las cuatro esquinas
y las cuatro son de acero,
quiero entrar y no me dejan,
quiero salir y no puedo”.

Recuerdo en el autobús que pregunté a nuestro guía por Josefa Villanueva, la titular del rótulo callejero que lleva su nombre, y por los méritos del personaje para merecer el honor de esa distinción, creyendo que sería una maestra que en aquellos tiempos hubo de hacer muchas otras funciones ajenas a su profesión; o la parturienta de turno, que durante muchos años ayudaría a las mujeres a traer a sus retoños a este pajolero mundo, o... Pero no, Miguel Ángel me dijo que era una mujer nativa que se había distinguido por su generosidad con su pueblo.

—Murió muy joven Josefa, a los 19 años de edad. Fue la fundadora del Asilo de Rubielos, que todavía funciona, y de las Escuelas de Niños y de Niñas, que antes iban por separado. Un cuadro, que no puedo decir cuál porque no lo recuerdo, la impulsó a fundar el Asilo de ancianos y desvalidos de Rubielos de Mora, y pocos días antes de fallecer, firmaba su testamento ante notario por el que legaba una importante cantidad de dinero para la construcción del Establecimiento de caridad. Como no tuvo tiempo de llevar a cabo su decisión humanitaria, pues murió a finales de 1885, su madre, Dña. Manuela Polo Blasco, fue la encargada de que se cumpliera, íntegramente, la voluntad de Josefa. Y en esta casa vivieron las dos. La madre también tiene otra calle dedicada en Rubielos.

Y en la calle de su nombre encuentro la Casa-Palacio del Obispo Sánchez de Cutanda, nacido en Rubielos en julio de 1745. Se trata de un magnífico edificio señorial de sillería y mampostería encalada con tres alturas cobijadas por un enorme alero que se extiende por toda la fachada. Destaca la rejería de las ventanas y el escudo de la portada. Pero dos detalles me llaman la atención sobremanera: la aguerrida aldaba con su forma fálica y una placa adosada a la fachada que deja leer que “En esta casa se estableció la Junta Superior de Aragón y parte de la de Castilla desde el 18 de septiembre al 20 de diciembre de 1809”, propiciado por el propio obispo. Después, me informo de que fue un gran patriota que se significó en la Guerra de la Independencia contra los gabachos, pues, a parte de ofrecer su mansión y la contigua, que también le pertenecía, para esa misión patriótica él mismo forma en Rubielos una Junta de Gobierno y la acomoda en sus posesiones. Otra casona en esta misma calle llama la atención del viajero por su originalísimo alero, formado por hileras de tejas y ladrillos pintados en forma de uña.

—Una pregunta antes de que te marches —pregunta Irena—. ¿Cuál es la explicación de que haya tantas casonas en estos pueblos montañosos y con tan poca población?

—Porque casi todos estos pueblos gozaron de su correspondiente Carta Puebla, en la que se facilitaba la población de estos lugares fronterizos. Esas Cartas eran ventajosas para los arriesgados pobladores, entre ellos señores con gran poder económico. Y aprovechándose de esas ventajas, construyeron sus mansiones. Por eso hay tantas en Mirambel, en esta villa y en las que van a visitar. Aquí, concretamente, se debe a la concesión del título de Villa otorgado por Pedro IV a Rubielos, lo que atrajo a los ricos y hacendados de estos alrededores, que se trasladaron a la nueva Villa por las ventajas impositivas que

dicha concesión reportaba. Por ello, Rubielos se llena de casas señoriales en los siglos XIV y XV.

Y ya no hay para más. A la salida de Rubielos, árboles frutales y casas centenarias de labranza, abandonadas algunas, que fueron antiguas y espaciosas masías. Repoblación de chaparros y de pinos entre enormes bloques de granito y paredones trazados por la constancia y tenacidad de la erosión. Y verdaderos muros de piedra estratificada en capas laminadas que forman regias diademas colocadas en el monte con suma precisión y delicadeza. Y barrancos y algunos bancales en sus laderas, y enormes muelas, y surcos de nieve que entra por la pista de esquí y su Virgen de la Vega. Bosques de pinos y de sabinas y carrascas entre las que se empeñan algunos chaparros en convertirse en amigables encinas machadianas. Todo ello lo traen los 12 kilómetros por que transita el autobús, subiendo y bajando, hasta alcanzar Mora de Rubielos, coronado y custodiado por su viejo castillo. Y, justamente, a la sombra del impresionante castillo, nos devuelve a la calle el generoso autobús. Y es lo primero que visitamos: el castillo, renombrado como “Castillo de los Fernández de Heredia”.

Mora de Rubielos

Que en un principio se llamaba simplemente Mora, después Mora de Aragón y acabó siendo Mora de Rubielos para distinguirse de otras poblaciones así conocidas en el territorio español. Es la capital de la comarca Gúdar-Javalambre y se solaza como una reinita acomodada a 1035 metros sobre las sandalias de Alicante a los pies de la sierra de Gúdar. Y, aunque vive muy conforme consigo misma —más envidiada que envidiosa— gozando de su presente, su configuración misma custodiada por la mole de su castillo, los restos de muralla, fieles testigos de lo que fue, y sus dos puertas defensivas; sus calles llenas de un pasado belicoso y de arte, sus casas—palacio y otras populares, la antigua colegiata de la Natividad de Nuestra Señora Santa María la Mayor y algunas masías fortificadas de sus alrededores, todo ello pone de manifiesto que desde el siglo XI siempre ha estado en “tierra de frontera”.

Ya en los tiempos de la Reconquista, Mora era la vanguardia de la cristiandad, cuando Rodrigo Díaz, el de Vivar, caminaba hacia Valencia; y después, en la segunda mitad del siglo XII, en aquellos tiempos en que Alfonso II extendía sus reales poderios hasta estas lindes. Y esta condición de tierra fronteriza la definirá también en la Guerra Civil (1936—1939): después de la caída de Andorra y de Alcañiz, Mora queda como capital de la zona republicana, una vez que se encontraba incluida en el “Gran Arco de Mora de Rubielos”. Pero Mora quedó en situación muy comprometida con el avance de las tropas franquistas, por lo que hubo de integrarse en la denominada “Bolsa de Mora de Rubielos”. Y ahí permaneció incluida hasta el 16 de julio de 1938, fecha en que las tropas del general Varela rompen el frente en las mismas lindes de la histórica villa. Y así lo refleja el parte de guerra: “En el frente de Teruel han llevado a cabo nuestras tropas en el día de hoy un profundo y brillante avance en un frente de más de treinta y cinco kilómetros, habiéndose ocupado y rebasado, además de muchas posiciones de gran importancia, el pueblo de Mora de Rubielos”¹⁰...

Sea como fuere, a finales del siglo XV, Juan Fernández Heredia, el Gran Maestre de la Orden de San Juan del Hospital y, a la vez, gran humanista perteneciente a un linaje muy reputado en todo el Maestrazgo, consiguió para Mora el título de Marquesado y, además, levantó el imponente castillo de enormes dimensiones en consonancias góticas

¹⁰ “Parte oficial de guerra”. *ABC* de Sevilla, 17 de julio de 1938.

sobre la ruinas de otro que ahí se encontraban desde el siglo XIII. Hasta esos tiempos, Mora contaba desde mediados del siglo XII con un sistema defensivo basado en un castillo y un recinto amurallado. Y Juan Fernández de Heredia lo construyó no sólo como baluarte defensivo; también como lugar de residencia y centro principal de sus señoríos, pues contaba, además, con la fortaleza de Alcalá de la Selva y tenía posesiones por gran parte del Maestrazgo. Y como en la Guerra de la Independencia Mora de Rubielos se declaró partidaria del rey Felipe V de Borbón, el mismo rey le otorga el título de “fidelísima” y, además, la flor de lis borbónica para que la exhiba en su escudo. Además, sus dos monumentos más emblemáticos —el castillo—palacio y la antigua colegiata— fueron declarados Monumento Nacional en 1931 y 1934, respectivamente, y la villa adquirió la condición de conjunto histórico—artístico otorgada por la Dirección General del Patrimonio Aragonés, en 1978 y, después, en 2004, la consideración de Bien de Interés Cultural por el gobierno de Aragón.

El autobús, pues, nos devuelve a tierra junto al inmenso y robusto castillo, en el que se combinan el aspecto de aguerrida fortaleza y la elegancia y comodidad de palacio residencial. De su aspecto defensivo da fiel cuenta la soberbia estampa exterior: tres fornidas torres de la fachada principal —una de las cuales es ochavada—, la torre—puerta por la que entramos y la torre que guarda la entrada norte de la fortaleza; y potentes muros y taludes de sillería, y los restos del foso y el puente desmontable que lo salvaba, y los matacanes, y una de sus puertas construida en rampa y en zig-zag; y el cuerpo de armas, las caballerizas y la mazmorra en el interior. ¡Y la plataforma en que se levanta la inmensa fortaleza y la robustez de toda su estampa!

Entramos, precisamente, por esta puerta que nos lleva al antiguo cuerpo de armas y desemboca en un espléndido patio interior porticado, en torno al cual se distribuyen las estancias y se desarrollaba la vida militar y, luego, ...

—A ver, por favor —nos llama la joven que controla las entradas al castillo y, además, nos da un folleto explicativo—. Como vienen sin guía y no encontrarán ningún detalle que aluda a algunos de los últimos usos del castillo, les diré que desde principios del siglo XVII albergó un convento de franciscanos, y aquí estuvieron hasta la desamortización

de 1835; luego, fue cárcel en las Guerras Carlistas y cuartel militar después. También conoció los avatares de la Guerra Civil y sirvió de prisión. En la posguerra fue cuartel de la Guardia Civil hasta mediados de la década de los 50 y, cuando el cuartel se trasladó a otro lugar, quedó abandonado hasta 1976, año en que empezó a reconstruirse para conseguir la gallarda estampa que hoy nos ofrece. Ya sabrán que Juan Fernández de Heredia, gran benefactor de Mora de Rubielos, fue quien mandó construir este impresionante castillo, de modo que no es extraño que su escudo resplandezca por varias dependencias de la fortaleza, pero con una gran curiosidad: que el número de castillos que aparece en los cuartes es variable. Lo digo porque tienen ahora ocasión de observarlo y para los aficionados a la heráldica. Aquí, sin ir más lejos —dice Olivia apuntando en el frontal de la puerta de acceso, contamos en el escudo siete castillos, los mismos que en la capilla, que pueden visitar. Pero en el enorme salón que fue el refectorio del convento, el escudo sólo contiene cinco castillos. Los caprichos son universales.

—Muchas gracias, Olivia, por sus explicaciones —que así dijo que se llamaba.

—... la palaciega —continúa Olivia—: las cocinas, la sala de las chimeneas, la cámara principal perfectamente vestida, amplios salones, entre ellos la cámara grande; las caballerizas, el pozo—aljibe; la cripta y la capilla, de magnífica sonoridad; sótanos alto y bajo, a los que se llega por una escalera de caracol “de 36 escalones de piedra, cada uno con marcas peculiares”, y bodega; restos de la primera fortaleza visitables desde el patio.

El patio, de enorme planta casi cuadrada, es espacioso y señorrial. Está conformado por una serie de columnas octogonales que sostienen arcos ojivales que, a su vez, elevan la planta superior corrida por arcos de medio punto y ocupadas por dependencias interiores, las dos restantes. El centro lo señala un significativo brocal, y una espaciosa escalera en uno de los laterales asciende a la planta superior. Una muestra de armas y de artilugios de guerra recorre los laterales porticados: varias clases de ballestas, conocida una de ellas como ballesta de torno del siglo XIII, que era muy frecuente en los siglos XII y XIV y podía lanzar flechas de medio kilo de peso hasta 400 metros, como dice la cartela; una rueda de fuego, también del siglo XIII, formada por dos grandes ruedas de carro unidas por un tablazón de madera, y así se formaba un cilindro de grandes dimensiones que se llenaba con hierba seca y se prendía fuego: después, se dejaba rodar por donde más estragos hiciere. Carros de combate, de diversas formas y tamaños. Otro artefacto que me llama la atención es la “Máquina de contraminado griega”, del siglo II antes de Cristo. Y como ni una sola línea de la cartela merece desperdicio, la copio entera: “Durante la Antigüedad, la guerra de

minas constituyó uno de los principales recursos para doblegar la resistencia de las plazas fuertes. No obstante, los defensores inventaron contramedidas. Una de las más originales fue la empleada por las ciudades de Ambracia (Grecia), el 189 a. de C., para tratar de detener una mina que estaban excavando soldados romanos.

Consistía en una cueva hueca, que fue aplicada al túnel cuando los defensores se toparon con la mina excavada por los sitiadores. La cara ubicada en dirección a la excavación enemiga era maciza y estaba surcada por agujeros a modo de rejilla, mientras que la parte que daba a la ciudad tan solo tenía varios agujeros. Una vez la máquina estaba en posición, la cuba se llenó de plumas de aves y se les prendió fuego, lo que generó un humo altamente tóxico.

Aplicando fuelles en la parte en que se encontraban los defensores, lograron empujar el humo a través de la galería, hasta obligar a los asaltantes a abandonarla. De cara a impedir que los romanos pudieran retirar el ingenio, contaba con lanzas largas a sus costados”.

... Y entre estos ingenios bélicos, también hay reproducciones de palomas incendiarias, muy usadas en el siglo XV. Competían las palomas en estos menesteres con gatos, ratones, toros, como Aníbal cuando cruzó los Alpes, etc. Pero las palomas —dice la cartela— “eran las que más utilidad tenían, a causa de sus especiales cualidades”. ¿Qué cómo se usaban? Lo dice también la sabia cartela: mediante redes, se cazaban las palomas “que vivían en los palomares del interior de la ciudad objeto del ataque. A continuación, se les colgaba una especie de cascabel colgando del cuello que, previamente, se habían llenado con sustancias incendiarias. Se prendía fuego a la mezcla y después se las soltaba”. Y como las pobres avecillas acudirían a sus respectivos hogares, extenderían el fuego por toda la ciudad...

También se encuentran catapultas de diversas formas y alcance, y camas portátiles, y cómodos asientos lujosamente entoldados de carrozas y calesas señoriales adornadas con cortinas y curiosos visillos. En las caballerizas hay una documentadísima exposición de armas de asedio, de las que son una muestra las referidas antes, y también la recreación de un campamento medieval. Los aljibes son inmensos... Las espaciosas salas señoriales están amuebladas al detalle, para ocuparlas en este mismo instante...

Y aquellas ballestas me impulsan a visitar la mazmorra, a la que se accede por una empinada escalera, atravesando, a continuación, una doble puerta... Y en la mazmorra rememoré el enigmático “Romance del prisionero”, pues su final truncado nos deja llenos

de preguntas: ¿quién era ese prisionero?, ¿por qué estaba preso?, ¿desde cuándo?, ¿qué fue de él después de que el ballestero matara la avecilla, el único contacto que tenía con el mundo exterior? Y dice así:

Que por mayo era por mayo,
cuando hace la calor,
cuando los trigos encañan
y están los campos en flor,
cuando canta la calandria
y responde en ruiseñor,
cuando los enamorados
van a servir al amor,
sino yo, triste, cuitado,
que vivo en esta prisión,
que ni sé cuándo es de día
ni cuándo las noches son,
sino por una avecilla
que me cantaba al albor.
Matómela un balletero;
Déle Dios mal galardón.”

Exuberante, perfectamente reconstruido y conservado y escenario excepcional para el desarrollo de numerosas actividades culturales, exposiciones, conciertos y festivales en el castillo de Mora de Rubielos. En las noches de agosto, el patio se convierte en platea sin par de muchos de esos actos culturales, especialmente para acoger el Festival de Artes Escénicas Puerta al Mediterráneo.

Y nada más salir de la fortaleza, un rótulo deja leer Calle Juan Alberto Belloch y otro Avenida de Ibáñez Martín y me acuerdo del cónsul que estaba en Lisboa cuando ejercí en el Instituto “Giner de los Ríos”. Y en la Avenida de Ibáñez Martín, reza la fuente de su glorieta: “*En recuerdo a los caídos por España*”, encimada por una cruz de forja que sostiene una corona y realzada por el escudo de la villa. Y muy cerca se distingue un antiguo y generoso lavadero que aún continúa ofreciendo sus servicios, si preciso fuere, de piedra

sillar, sostenido por tres pilares y cobijado por una techumbre que vierte a la calle: es el Lavadero del Palomar. Y muy cerca, un abrevadero. Muy pronto llegamos a la Plaza de la Iglesia, resaltada por la enorme fachada de la antigua colegiata y por el castillo, que está, justamente, detrás. No es muy espaciosa la plaza, pero sí lo suficiente para que se den la mano la arquitectura civil del siglo XV y la renacentista y barroca, como la Casa Rectoral del siglo XVII, cuya hermosa fachada es de sillares que parecen idénticos entre sí, y todos sus vanos, entre los que sobresalen la portada adintelada y la galería superior. Están enmarcados por una moldura en resalte. Delante, una fuente contemporánea sobre dos anchos peldaños de piedra en forma de círculo con un elegante adorno de hierro fundido como remate curioso.

Entramos en la antigua Colegiata de la Natividad de Nuestra Señora: aprovechando que está abierta. Pero antes anoto que está sujetada por robustos contramuros, aunque de ladrillos sean, y guardada por una fornida torre cuadrada de dos cuerpos más el campanario gótico, encimado por una azotea de vigilantes almenas. Es del siglo XV, y los horizontes que ofrece a los cuatro puntos deben de ser espectaculares. La bella puerta de entrada se presenta abocinada con arcos ojivales y mucha decoración en las arquivoltas, y con un tímpano cuyos ornatos están rasurados desde la Guerra Civil (1936-1939). Tengo que decir que fue Juan Fernández de Heredia quien recabó para la iglesia la condición de colegiata, condición que mantuvo hasta mediados del siglo XIX, hasta 1851, concretamente, en que se convierte en venerable excolegiata.

Consta de una sola nave con capillas entre los robustos contrafuertes, y entre ellas busco la de san Miguel porque ahí reposan los restos del Gran Maestre, Juan Fernández de Heredia, y los de su esposa, aguardando la resurrección prometida. Claro, antes el Gran Maestre habría pedido a sus herederos que todos sus descendientes llevaran el nombre de Juan. Pues bien, este sarcófago fue también profanado por los anarquistas levantinos en “la del 36”, que buscaban joyas y, probablemente, armas y, sobre todo, alguna espada. El coro, que cuenta con una bancada por sillería, se encuentra a los pies de la ancha nave cobijado por una recreada bóveda y guardado por una artística reja forjada del siglo XV, según leo. Y junto al coro, destaca la Capilla del Sagrario, la mayor de cuantas se cuentan en el interior eclesiástico, con su impronta barroca entre el inmenso conjunto gótico y presidida por la Virgen del Pilar. La cúpula, por cuya linterna se hace la luz, está sostenida por cuatro pechinas que, a su vez, enseñan, respectivamente, a los cuatro evangelistas... También anoto la Capilla de la Virgen de la Soledad, cuya cabecera presenta tres ábsides... Pero me llama la atención, sobremanera, por el tema tratado y por su originalidad, el cuadro

titulado “La educación de la Virgen”, en el que la Virgen—Niña es aleccionada por su madre, santa Ana; detrás, san Joaquín, callado y complacido... Amplitud, altura, contrafuertes mesurados y ascendentes y ramificados en estilizados arbotantes que se despliegan y cruzan por las cúpulas y las bóvedas...

Leo también —ya en el exterior— que en 1544 un voraz incendio destruyó casi todo el interior del recinto, los archivos eclesiásticos y, también, la biblioteca. Y a estos y otros desastres posteriores, se unieron los desmanes de las hordas anarquistas levantinas durante la guerra civil, según las declaraciones del alcalde, hombre culto y aficionado a la historia. Durante la contienda —dice—, sirvió de polvorín y padeció mucho: “Todos los retablos fueron arrancados y quemados en la calle, y dicen los mayores que las maderas estuvieron siete días ardiendo”. Claro está que “todo lo quemado se repuso, y como afectó al lucimiento realizado en la iglesia en el siglo XVIII, se picaron las paredes y se dejó la piedra a la vista”. Y continúa: “Hay un punto de piedra nueva donde estaba el órgano, y los púlpitos de nogal también se quemaron. El coro, que también de madera, fue otra joya que se destruyó en la guerra... Al menos se mantuvo la verja”. En su comunicado añade que la antigua colegiata “llegó a tener 29 canónigos”, y pide a los visitantes que nos fijemos en los arcos de la nave, pues enseñan varios dragones dibujados: “No se conoce su significado real, pero se dice que protegen la cripta, que está pendiente de restauración”.

Y callejando, encuentro esta ilustradísima placa que anoto en mi cartera para perpetuar la memoria del interesante personaje: “En esta casa vivió y en ella fue preso por orden de Fernando VII, el 25 de junio de 1814, el insigne turolense D. Isidoro Antillón, Doctor catedrático, geógrafo eminentísimos, historiador, magistrado integerrimo, economista, abolicionista de la esclavitud, canonista, periodista notable, elocuente orador en las Cortes de Cádiz, autor de muchas obras. Mártir de la Libertad. Para perpetua memoria”. Y me he preguntado por la biografía de este ilustre personaje, y leo que Godoy le llama “Honor de la Patria”, y en sus *Memorias* lo presenta como “uno de aquellos hombres, pocos en cada siglo, que abrazando todas las extensiones del árbol de las letras y de las ciencias, llegan a comprender todas sus relaciones y a buscar frente a frente la verdad”¹¹. Y encuentro también un detalle digno de alabar: que en ocasiones el nombre antiguo de las calles se sustituye por otro, pero siempre dejando constancia de su nombre primero. Así, por el Arco del Calvario, damos con la señorial Calle Pedro Esteban Bordás o Calle de las Cruces, cuyo rótulo informa que antes era la “antigua judería” y ahora se ofrece con numerosas fachadas

¹¹ Cita del *Discurso leído ante la Real Academia de la Historia*, por D. Ricardo Beltrán Rózpide con motivo de su ingreso en dicha institución el 31 de mayo de 1903.

de viviendas populares encaladas de blanco. Leo en una placa de cerámica “Capilla de Nuestra Señora de las Nieves”, y en la fachada de las Antiguas Escuelas se enseñorea el escudo municipal, pero falto de su corona de “marquesado”, que, luego, encuentro completo en la fachada del Ayuntamiento, en la Plaza de la Villa, de imponente fachada de sillería y sobria ornamentación. Ahora sí; ahora resplandece el escudo municipal pleno y honrado con su significado.

No lejos, y sin saber cómo, asoma la Calle de las Parras y se muestra en franco contraste con la de Pedro Esteban, pues en ella se cita buena muestra de casas pertenecientes a gentes adineradas: veo fachadas de sillería de arrogante porte y portadas con arcos y nobles dinteles y rejería labrada. Señalada con el número 3, se alza una de esas casonas conocida como Cortel de Fuente del Olmo, con excelentes muestras de rejería de forja en ventanas y balcones que recorren la fachada relumbradas por el escudo heráldico. Una hornacina enseña a san Roque...

Un lugar también muy distinguido es El Portal de la Plaza de las Monjas o Portal de Cabra. Nació esta torre-puerta con un carácter defensivo del recinto amurallado; de ahí su recia y fornida fachada exterior subrayada por la ausencia de vanos y por la robustez de la piedra sillar que lo alza y sostiene. Sin embargo, el interior, el que da al extenso hueco de la plaza, presenta amplias ventanas y espaciosos balcones de madera tallada, como muestran los pasamanos y los barrotes torneados y el balconaje en general abundante en Mora. Además de su función defensiva y de puerta, tiene otra función este histórico portal: la de divulgar e informar a propios y extraños de la distribución territorial en provincias y partidos judiciales en el siglo XIX, como se lee en la placa fijada en el exterior del portal.

Esta histórica torre-puerta da acceso al Convento de las Franciscanas, ubicado en la solanega casa-palacio de los López Monteagudo, que durante cincuenta años del siglo XVI acogió al convento y colegio de monjas franciscanas. En la fachada destacan su portada, sus rejas en el piso bajo y, sobre todo, el alero de madera decorado y el gran vuelo sobre la fachada de sillería.

...Fuentes, como esta de 1915, balcones de madera primorosamente labrada, aleros, rejas, relojes de sol en fachadas solariegas y en la frente principal de la antigua colegiata, hornacinas con santos protectores y artísticas aldabas por las calles de Mora de Rubielos, cuya Plaza de la Villa está presidida por el Ayuntamiento, edificio del siglo XVII y estilo herreriano... Encuentro también el Portal de Alcalá, cuya cartela explica que es el más complejo de cuantos se abren en la villa y uno de los dos que quedan de las viejas

murallas, junto con el Portal de Cabra. “Se trata de una puerta flanqueada por sendas torres, unidas mediante un puente en su parte superior”, junto a la Plaza de los Olmos y la placa de cerámica que afirma que la “Villa de Mora” pertenece a la provincia de Teruel y que es “Cabeza de Partido Judicial”. Unos azulejos blancos con valor de rótulo callejero dejan leer “Ronda del Profesor Martín Almagro Basch (1911-1984)” ...; y otras, convertidas en envidiados miraderos, traen estampas soberbias del castillo flanqueado por sus torres y custodiado por almenas y matacanes; y de vaguadas encauzadas por laderas trepadas por yerbas sin nombre y por pinos tenaces...

También aparece, de vez en cuando, la antigua colegiata, ancha, sostenida por robustos contrafuertes y por el último cuerpo de la torre alzado por espigados arcos de medio punto coronados, a su vez, por almenas defensivas. Sobre la torre, asoma una cúpula y, a su lado, una esbelta espadaña convertida en campanil. Detrás, en lo alto de la loma, se abre una urbanización de fachadas encaladas repartida en parcelas emparedadas entre las que despuntan algunos árboles frutales...

En una fachada que cuadra una plazoleta inclinada y popular, encuentro grabado con un clavo o estilete sobre la palma de sendas piedras sillares, junto a un ventanuco que hace de escaparate, “¡Arriba España” junto al haz de flechas de la JONS, que nada tienen que ver con el de los Reyes Católicos.

Notables portales adintelados, edificios de recia elegancia, tanto civiles como religiosos, todos testigos de páginas de historia acuñada en sus dependencias y blasonadas fachadas de varias plantas, encaladas muchas y portadoras, todas, de curiosos detalles; y calles acicaladas y corridas por altos y señoriales paredones junto a otras convertidas en hermosas callejas con rincones y plazas recoletas llenas de paz y de intrahistoria aldeana, y artísticas papeleras y simbólicos faroles ejemplos señeros de cultura popular... Y entre todo ello, buscamos el restaurante Trébol, donde tenemos apalabrada la comida, y damos con él entre la calle de la Diputación y Las Cuatro Esquinas.

Y después de haber comido, cómoda y satisfactoriamente, la emprendimos hasta Alcalá de la Selva, de la que nos separaban 17 kilómetros bien contados. Pero no quiero abandonar este histórico y solícito lugar de Rubielos, sin recalcar que en agosto se convierte en capital europea de la cultura de todo el Maestrazgo, mientras celebra la Semana Cultural y el Festifalk, festival internacional de folclore en el que se citan países de varios continentes. Y entre bancales de piedra que sujetaban huertos familiares a la salida de Mora y bosques en vaguadas y lomas y rudos murales pedregosos hechos por capricho de la erosión, nos

acercamos a 2 kilómetros de Alcalá de la Selva contando pinares cubiertos de nieve y laderas trepadas por el pino rodeno y alfombradas por mantos perpetuos de nieve, y digo perpetuos porque dan la impresión de no conocer los favores del sol.

Alcalá de la Selva y su amor a la naturaleza

Alcalá, Alcalá de la Selva se encuentra empinada a más de 1404 metros sobre el mar cercano y enclavada en la falda de una ladera entre dos montes donde mantiene una postura elegantemente incómoda, por lo que las calles, a veces convertidas en callejas, suben y bajan con menos prudencia de lo deseado. Su nombre, que me llamó la atención desde el primer momento en que tuve noticia de su existencia, tiene una doble explicación, y cada una corresponde a una parte del compuesto topónimo que nombra esta distinguida villa turolense, fijada por Dios en el corazón mismo de la sierra de Gúdar: rodeada de grandes hoces excavadas por el tesón del río Javalambre y de generosas huertas familiares regadas a mano.

El nombre de la villa de Alcalá viene del árabe Al-qalat, que en lengua cristiana quiere decir “el castillo”, por lo que habría de existir alguna fortaleza en época musulmana por estos lares; y de la Selva llega porque Alfonso II el Casto, que no lo era tanto, entregó el pueblo a los monjes franceses de Santa María de la Gran Selva, cuya abadía se encontraba en Gascuña, y aquí permanecieron hasta 1375 como dueños y señores de estos aledaños, tiempo suficiente para que se adhiera su nombradía al primer segmento del topónimo. Ese año de 1375, precisamente, la familia Fernández de Heredia compra el lugar y reconstruye la fortaleza, que parece surgir de las mismas entrañas del roquedal que la sostiene. Y esta decisión y firmeza con que brota el inmenso baluarte entre y sobre el roquedo me recuerda el peñero y altivo castillo de Atienza, lugar cidiano donde los haya. Y en torno al castillo, se han fijado para los anales de la historia la fiereza de las Guerras Carlistas, sobre todo la primera y, también, los estragos de la Guerra Civil (1936—1939), pues a mediados de agosto de 1936 (el día 19 anotan las crónicas), cayó la localidad en manos de “Los Vengadores”, cuadrilla de milicianos anarquistas de la Columna de Hierro; y en 1938, después de enconados combates, las fuerzas del general Varela toman el municipio para la causa nacional.

Los montes divisores en que se asienta Alcalá de la Selva y su mismo nombre, y los dos cerros que la rodean, y el anfiteatro de ondulaciones montunas y extensas llanuras que tiene a sus pies; y grandes láminas de bosques y hojas de labranza, que extienden su jurisdicción y la delimitan a lo lejos, y las huertas trabajadas a mano, aldeanas y familiares, se encajan como pueden en los toboganes caprichosos del terreno. Y todo ello determina la vida de este pueblo que parece un elemento más integrado en la Naturaleza que lo

envuelve. Y nieves, y fríos y ventiscos... Y miles de sucesos intrahistóricos... Por tanto, los 318 lugareños que componen el censo municipal han de estar —y están— en plena consonancia con sus alrededores, que conocen palmo a palmo porque los trabajan, y con ellos viven y conviven, y los cuidan y miman. Y este roce continuo con la naturaleza genera amistad y amor entre lo uno y lo otro, entre otras cosas porque ambos se necesitan para subsistir en su ser y hermosura presentes.

No obstante, la visita a Alcalá de la Selva va a ser testimonial, porque la hora no permite demoras ni visitas interiores. Por ello, nos conformaremos con mirar desde abajo la inmensa mole del Castillo de los Fernández de Heredia, encaramado como está en una plataforma rocosa desde la que domina toda la villa y sus lindes más lejanas. Y resaltado por el torreón del homenaje —mástil señero del barco— y desde su alto acomodo, se entretiene contando quebrados horizontes sin límites. Tampoco vamos a entrar en la Iglesia de San Simón y San Judas, patronos del pueblo, asentada en la cota más alta del municipio, junto a la fortaleza para contar con su amparo desde mediados del siglo XVI. Y desde esa privilegiada posición, ostenta con orgullo su reconocimiento de Bien de Interés Cultural. El recinto religioso es de grandes dimensiones, y se levanta con mampostería y piedra sillar. Llama la atención su portada dividida en tres cuerpos superpuestos: un arco de medio punto da la entrada al templo, flanqueado por columnas pareadas y rematadas en frontones. Sobre ello, corre una hilera de cinco hornacinas en forma de concha y, encima, otra hornacina, también con forma de vieira compostelana, con la imagen de Dios Padre. La torre también es de mampostería reforzada con piedra sillar en las esquinas y presenta tres cuerpos: de planta cuadrada el primero y los dos últimos, octogonales...

Algunas bocalles, convertidas en espléndidos miraderos, enseñan casas solariegas colgadas en las laderas en franco desafío a la ley de la gravedad, por lo que algún excursionista recuerda las Casas Colgadas de Cuenca. También, estos miraderos dominadores presentan imágenes idílicas de Alcalá apiñada, recogida en sí misma bajo tejados de color rojizo y pinceladas de fachadas encaladas. Fuentes sonoras de generosos surtidores; escaleras que han de salvar fatigosos desniveles... Ahora me acuerdo de Alfama, el histórico y típico barrio lisboeta... Encontramos también el Ayuntamiento, levantado en el siglo XVIII en planta cuadrada y fachadas de mampostería. Otras calles traen en sus portillos vaguadas profundas encajonadas por laderas que se empinan con decisión y muestran sus dorsos nevados.

La Calle Hispanoamérica es una buena muestra de arquitectura popular, que se mezcla y corre pareja con casas solariegas de ostentosa presencia esparcidas por la villa. Estas casas de sello popular se han construido con arcilla y piedra combinadas con la madera en los entramados de los muros. Y como la madera abunda por estos lares, se emplea también en la construcción de fornidas puertas enfiladas por horondas cabezas de clavos y adornadas con fornidos picaportes, bocallaves de artísticas formas, y férreos aldabones con figuras geométricas o con animales feroces o simbólicos; y en ventanas, dinteles y, sobre todo, grandes y espaciosos balcones guardados, en muchos casos, por aleros también de madera. Los muros están casi todos encalados, tarea de acicalamiento que se apuntaba entre los menesteres de las mujeres, como en la mayor parte de la España rural, y solía realizarse en torno a las fiestas populares si se celebraban en verano. También la calle Hispanoamérica trae la Fuente de la escalerita del Rosario, y en la calle del Molino se ofrece un generoso abrevadero que recoge el agua corriente y sobrante de la Fuente del Rosario.

En fin, al estar Alcalá ajustada en la falda de una ladera, posición que dictamina su configuración y esencia hecha de estrechas y empinadas callejuelas, desde cualquier plazuela divisora se ven viviendas con fachadas enfoscadas y tejados rojizos. Y estos altos miradores, que ponen a los pies los pintorescos tejados del municipio, invitan a decir al cronista que resulta imposible que haya calles en Alcalá de la Selva entre el laberinto enmarañado de su configuración.

A la salida del pueblo, junto al campo de fútbol, se yergue un monolito de piedra llamado por todos los alcaláinos o alcalaores Piedra del Sapo con propiedades afrodisiacas, pues mozo que se frote en ella tres veces en luna llena adquiere tal vigor y potencia sexual —aseguran más de cuatro— que los efectos potenciadores del Viagra, o del mismo *Ciripolen*, son “nonada” comparados con los provocados por el pétreo batracio de Alcalá de la Selva. Y junto al batracio, en el cruce mismo de Gúdar-Alcalá, descansa ya el lavadero público convertido en espaciosa zona recreativa, pues los sombreados bancos, las mesas invitadoras, varias barbacoas y columpios que se reparten por el ancho no me dejarán mentir.

Y por aquí, encuentro un monumento —una especie de tríptico de piedra tallada con una hornacina rectangular en cuyo hueco se lee una oración dirigida al Dios Padre, flanqueada por el escudo de la Villa estampado en ladrillos y por una corona de laurel, en cuyo centro hay un hacha y un pico atados con un lazo, herramientas imprescindibles en el

campo y en el monte. La hornacina está cerrada en su parte superior por la corona real, también en ladrillo. Debajo de la corona hay una placa de cerámica ilustrada con un dibujo que los ojos miopes del cronista no se atreven a interpretar, pero deja leer: “La ciudadanía unida en el recuerdo de las víctimas de la pandemia COVID-19. Esta carrasca simboliza la memoria que arraiga y crece con nosotros y que debemos vivificar entre todos. Aragón, a los que nos faltan. Junio 2020”. Todo ello está precedido y dedicado al “Día Forestal Mundial” y fechado en 1984 por los vecinos de Alcalá de la Selva. Y como comparto todo su contenido, lo copio textualmente:

“Haz Señor

QUE todos los países se hagan uno a la hora de proteger el medio ambiente.

QUE los hombres de ciencia empleen su saber en conseguir el equilibrio natural.

QUE los hombres de letras empleen su sentir en cantar el amor a la naturaleza.

QUE los hombres de gobierno empleen su poder en mejorar el medio ambiente para que:

El aire sea más puro

El agua de los ríos más clara

Los suelos más estables

Los bosques más grandes

Los paisajes más naturales

y las ciudades más sanas.

QUE los hombres que cazan y pescan sean leales con las leyes y nobles con su presa.

QUE ante la Naturaleza, los niños se sientan grandes y los hombres pequeños.

QUE los ruidos de las máquinas no apaguen nunca la voz de la naturaleza.

QUE los hombres de hoy piensen en los hombres de mañana cuando aprovechen los recursos naturales.

QUE acabe la imprudencia que enciende el fuego del monte.

QUE el contacto con la Naturaleza serene los ánimos y haga hombres de buena voluntad.

QUE todas tus criaturas vivan en armonía con su ambiente y

QUE la sed de riqueza no contamine: el ambiente, el espíritu ni el corazón de los hombres”.

Y el sentimiento de esta plegaria, que manifiesta la íntima comunión del alcaláinio con la Naturaleza, y el decir de la placa contigua —muestra de piedad y de reconocimiento—, pregonan que los alcaláinos son buena gente y de corazón agradecido, con la Naturaleza y sus antecesores, y quieren hacer de sus descendientes ejemplares transmisores de lo que han heredado.

...Y por muy testimonial que haya sido la visita a Alcalá de la Selva, no puedo dejar de anotar el espíritu festivo de los alcaláinos para resaltar el principal evento cultural de las fiestas patronales que se celebran entre los días 7 y 10 de septiembre cada año, que no es otro sino el tradicional “Dance”, manifestación folclórica propia de Aragón. Consta de dos partes, según leo: la bailable y otra teatral, de carácter religioso y humorístico, en la que los protagonistas son muchos y divertidos, pues no ha de andar lejos el espíritu estudiantil y goliardesco. Se desarrolla durante dos días consecutivos: el día 8, procesión hasta el Santuario de la Vega, donde se representa el Dance completo en el que los pastores, vestidos con calzón, chaleco y zurrón, y provistos de grandes castañuelas y macizos garrotes, son los verdaderos protagonistas. Son los presentadores de la fiesta y, a su vez, aprovechan para referirse, sin mentira, a la dura vida pastoril y para hacer críticas y argumentar chanzas y chascarrillos sobre la vida diaria de sus paisanos y gobernantes. Los danzantes, ocho niños vestidos de blanco y vistosos bordados y cintas de colores, a su vez, bailan en honor de la Virgen una serie de mudanzas o melodías que reciben diversos nombres: de espaldas, de arcos y del adrado. Otro de sus cometidos es recitar versos en honor de la Virgen o de san Roque. El día 9, en honor de san Roque, se repite todo el espectáculo. Y si digo que los alcaláinos tienen un espíritu festivo es porque la razón me asiste, pues, además del “Dance”, celebran de manera muy ruidosa la fiesta de los Chóferes, durante la segunda quincena de julio, y, por supuestísimo, la de los toros embolados todos los sábados veraniegos.

Otro punto fuerte e imprescindible de esta tradicional fiesta es “La Embajada”, en la que cuatro embajadores cristianos montados a caballo y otros tantos moros representan el tradicional antagonismo entre las dos religiones. Se remata el espectáculo con la esperanza del mundo cristiano de que los infieles, al fin, encuentren la verdadera luz en la fe cristiana y se bauticen. Este espectáculo sólo se celebra el día 8. Dejamos —dejemos— a los alcaláinos preparar —y prepararse para— las fiestas y tradiciones de la Semana Santa, que están al caer.

Un indicador, por los alrededores del río Mijares, trae la Puebla de Valverde, a cuya entrada campea un rebaño de ovejas aplicadas y atardecidas. Y como el autobús, subido en los lomos de la Autovía Mudéjar A-23, divide la localidad en dos, permite que la iglesia parroquial de Santa Emerenciana se asome a la ruta con su sello gótico-renacentista, y que el rótulo callejero deje leer “Miguela Alegría”. Después me informo sobre este personaje que merece el honor de que resplandezca su nombre en el rótulo callejero: se trata de una maestra nativa de la Puebla de Valverde que ejerció toda su vida laboral en su pueblo, aunque tuviera otras propuestas más prometedoras. Por ello, deduzco que la Puebla ha de ser una localidad generosa, pues cualquier pueblano puede ser profeta en su pueblo.

Pero el autobús ignora todo ello y, aunque la carretera se empina hasta más de 1200 metros, sigue impertérrito en dirección a Carmona de la Sierra, hacia Teruel, Teruel que también existe, y busca la Autovía Formiche—Escandón entre modernacos y desangelados molinos de viento. Y llegamos al Reina Cristina cuando empieza a anochecer y se encienden las luces de la Estación del Tren y las farolas de su barriada.

Hacia Albarracín con las maletas por delante

Después de desayunar y mientras nos acomodamos en el autobús, oigo la voz de algún excursionista que, atronadoramente, exclama: “Eres como el hinojo (que), cuanto más grande, más flojo”. Quizá fuera nuestro amigo de Ajofrín quien aplicara la explícita comparación a uno de los compañeros de viaje con dificultades, más de las deseadas, para subir al autobús.

—Conductor, ya puedes arrancar, que faltó yo —dice otro viajero sin nombre conocido.

—Sí, ya salimos —dice Raquel con el micrófono en la mano—. Ya tenemos las maletas en el maletero, y si alguien se ha olvidado alguna cosa en la habitación, no hay ningún problema porque, como saben, regresamos a comer.

—Es una segunda oportunidá..., que no siempre existe —razona Natalio—. Porque fíjate que olvidáis algo en la habitación, o en el comedor: las gafas, la dentadura, por ejemplo...

—O yo, el bastón. ¿Adónde voy yo sin bastón, mi tercera pata? —añade y pregunta...

... Te dejas cualquiera de esas cosas y no vuelve el autobús porque sigue directo hasta Toledo... Y estás apañao pa ciento y un año —remata Natalio—. Porque quién está libre de no olvidar...

—Bien —retoma la palabra Raquel—. Aunque Albarracín bien merece mucho más tiempo del que disponemos para visitarlo, nos tenemos que conformar con lo que dé de sí la mañana. Alguno me ha preguntado por qué no continuamos hasta Toledo desde Albarracín. ¿Por qué tenemos que regresar al hotel? Porque tenemos apalabrada la comida en el hotel Reina Cristina, aquí. Segundo, porque sería difícil encontrar otro hotel o restaurante disponible que nos diera de comer a tantos, sin haber avisado antes. También, porque nos separan poco más de 40 kilómetros y tardamos unos tres cuartos de hora en llegar. Y otra razón, como muy bien y muy razonadamente ha apuntado Natalio: por si alguien se ha olvidado algo en la habitación, puede recogerlo luego.

—Es que... ¿Qué hace uno en Toledo si se ha olvidado la dentadura en Teruel? —pregunta trascendental Natalio.

Y cuando Raquel acaba de dar estas razonables respuestas, ya hemos pasado delante del Parador de Teruel, el antiguo Orfanato, y un indicador señala que tocamos Conud, a 6 kilómetros, en las afueras mismas de Teruel, pero ya, prácticamente, integrado en su jurisdicción. Y leo en el *Diccionario geográfico—estadístico—histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, de Madoz, que existe un cementerio muy antiguo de huesos petrificados descubierto en estos alrededores, pertenecientes a cuantos murieron por estos lares “en la batalla dada por los romanos contra los celtíberos mandados por los generales Budos y Besacides”. Y la carretera se empina y, al poco, aparece Gea de Albarracín, a 28 kilómetros de la capital provincial y encaramada a 1031 metros sobre la playa alicantina. Me he informado de que Gea, Gea de Albarracín, celebró con gran entusiasmo la llegada del teléfono a la población, lo que ocurrió el 6 de diciembre de 1926: en aquella alta ocasión, el pueblo se echó a la calle, y en la calle, festivo y cantarín, estuvo tres días con sus noches correspondientes; y el alcalde, por su parte, llamó entusiasmado al rey Alfonso XIII para saludarle y expresarle tan alto acontecimiento. También conferenció con otras insignes personalidades de la política del momento.

A la salida de Gea, junto a las últimas casas y paralela al curso del río Guadalaviar, aparece, a cielo abierto, la boca de un túnel excavado en el vientre de la montaña, e informa Raquel de que es un tramo del acueducto romano que llevaba el agua del Guadalaviar desde Cella a Albarracín, cauce extendido en veinticinco kilómetros.

—Se conoce este tramo como “Acueducto Romano en el Barranco de los Burros”. No me pregunten por qué se llama así, pero nos lo podemos imaginar. Hay tramos excavados a cielo abierto y se ven desde la carretera. Otros túneles se pueden recorrer. Por cierto, hay rutas de senderismo que invitan a hacerlo. Se trata de una obra inmensa construida en estos terrenos tan montañosos y quebrados —informa Raquel—. Un poco más adelante, vuelve a aparecer el acueducto y se denomina el tramo “Acueducto Romano Albarracín- Cella-Gea”.

—¿Se ve desde...? —intenta preguntar Natalio.

—Sí. Si estáis atentos, podéis verlo desde el autobús. Túneles, arcos, pozos para ventilación y ganar la luz y para sacar los escombros... Por cierto, Juan, —dice dirigiéndose a mí—, una de las veces que es citada Cella en el *Poema de Mío Cid* aparece como Çelfa, que es Cella, llamada “la del Canal”¹².

¹² Concretamente “Ixieron de Çelfa, la que dizen de Canal”, verso 649. Salieron de Cella, la que dicen del Canal. También aparece Cella citada como “la de Canal” en el verso 869. Según el *Cantar*, Cella fue el lugar

—Muchas gracias. No lo sabía.

—Este acueducto —continúa Raquel— es una de las mayores obras de ingeniería hidráulica del imperio romano, tanto por su dimensión como por la complejidad técnica desarrollada, pues tuvo que salvar numerosas y grandes dificultades por lo abrupto del terreno, y por su variedad: saltar barrancos, adentrarse por la roca de granito, tender canales...

Domina Gea una inmensa llanura labrada y ya cubierta con el primer manto verde tejido por el despunte de los sembrados. Al fondo, una gran cordillera de lomo suave... Y una sucesión de montañas y barrancos situados por encima de los mil metros, y paisajes quebrados cubiertos de vigorosa naturaleza. Aquí, más cerca, casi al filo de la carretera, se asoma a la ruta un grupo de casas abandonadas y pintarrajeadas; y más llanura rodeada de montes por todos los flecos del horizonte, y colocados de tal manera que resultará imposible romper su cerco: sin embargo, el autobús buscará sus mañas y dará con su destino tendido en el filo de la ruta como el signo firme de la admiración. A la izquierda, el Guadalaviar serpentea formando a sus lados prados y alamedas pobladas de árboles frondosos.

—Una nota más puedo añadir por estos lugares de Gea: por aquí debe estar el circuito de motocrós que todos los años se celebra en Gea, vamos, en sus alrededores. Por aquí —indica Raquel.

Aún estamos en el poderío de Teruel y, al poco, entramos en la jurisdicción de Albarracín. Las lomas de la derecha están envueltas en el manto de la neblina y las de la izquierda resaltan sus crestas puntiagudas entre el azul aterido de la mañana. Una casa de labranza, seguramente antigua masía con su torreta divisora y defensiva, se arruina en medio de la soledad de la amplia llanura; y un rímero de cantos, lisos y suaves como si hubieran sido vapuleados por el mar, amontonados en forma de pirámide, probablemente esté indicando que protege un aljibe, un pequeño silo, un refugio ante tormentas desaprensivas o fríos inaguantables.

elegido por el héroe castellano para esperar a cuantos quisieran acompañarle para conquistar Valencia. Así lo explica el *Poema*:

“Otro día de mañana, piensan de cabalgar,
vinieron a la noch a Çelfa posar.
Por los de la frontera piensan de enviar;
non lo detienen, vienen de todas partes.” Ws. 645—648.

Sea lo que fuere, la ruta no ha cesado en su envalentonamiento desde que salimos de Teruel, pues la emprendimos subidos a poco más de novecientos metros y los 15 habitantes de Valdevécar, pedanía ya de Albarracín, toman los aires a 1115 metros por encima de Castellón de la Plana, a pesar de asentarse en el valle que dice su propio nombre. Y la carretera divisa Albarracín encaramado sobre un excelso picacho rodeado casi completamente por un profundo tajo convertido en insalvable foso durante los altos siglos medievales; y completa su defensa esta histórica plaza con el imponente cincho de sus murallas que culminan en el castillo, altanero y divisor.

A poco de pasar las lindes de Cella, “*La pequeña ciudad se nos acerca, silenciosa y bravía. Extendida a lo largo de una estratégica brecha de montañas, expone ceñudamente sus venerables pedruscos ... nervios de la ciudad que asoman su negra dureza sobre la carne tundida por los siglos; hierro y piedra, arabesco negro sobre cenizas grises, sobre cárdenos y ocres... La ciudad está aquí, como una brava mujer de estos campos, esperando no un “fácil” conquistador que la requiebre, sino un espíritu cordial que la contemplé*”¹³.

Y como estamos ya a menos de dos kilómetros, después de haber cruzado “el Camino del Cid” ...

—Por favor, estamos llegando a Albarracín. Nos espera Olivia, guía oficial de Albarracín, a la que conozco de otros viajes. Explica muy bien y cuenta cosas muy interesantes. La pena es que tampoco ahora contemos con todo el tiempo que nos gustaría para ver la mayor parte de lo que hay que ver en Albarracín. Callejaremos y visitaremos la catedral. Mirad, ya está ahí —dijo Raquel, sin haberse bajado aún del autobús.

...el autobús da con un ensanche y se detiene cerca del hotel Arabia¹⁴, amparado por una muralla de piedra truncada por su mitad, que nos trae una prolongada ladera sobre la que se levanta el castillo y corre la cinta de la muralla enlazando torreones entre manchas de nieve. Sobre todo ello, vuela una pareja de buitres leonados, o de águilas reales o culebreras, o de alimoches o quebrantahuesos, pues la miopía del cronista no permite distinguirla.

¹³ Cita perteneciente a la novela *Escenas junto a la muerte*, de Benjamín Jarnés, en Ildefonso Manuel Gil, “Ruta jarnesiana”, en Rubén Caba (coord.), en *Rutas literarias de España*. Madrid. Aguilar, 1991, págs. 99—101. Cita tomada de José Manuel VILAR PACHECO: *Textos y signos de la Sierra de Albarracín (Antología y catálogo ilustrado de bibliografía)*. Teruel. Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín, 2013, pág. 325.

¹⁴ Este hotel es una robusta mole de piedra de mampostería y sello clásico. Y leo que se levanta en el espacio que ocupaba en el siglo XVII el convento y colegio de los Escolapios.

Por Albarracín, con la agradable incomodidad por compañera

“Ciudad sobre monte áspero y fragoso, en aquella parte por la cual antiguamente partían mojones los contestanos y los celtíberos: no es lugar de mucha vecindad pero es muy fuerte, por estar de todas partes cercada de peñas y riscos muy altos y por baxo la ciñe el río Turia, que vulgarmente se llama Guadalaviar (...); el nombre de Albarrazín es arábigo, significa los apartados del trato y comercio con los demás, como antiguamente estavan los leprosos, y sin duda debían estar apoderados deste lugar hombres facinerosos y foragidos, y de allí baxarían a robar la tierra”. Sebastián de Covarrubias: *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid. Castalia, 1994.

Y después de los saludos, Olivia nos informa de que estamos cerca del centro histórico, al que hay que llegar subiendo calles retorcidas, empedradas y empinadas, cruzando arcos y portales con nombre propio, subir escaleras para alcanzar el nivel de la calleja deseada...

—Claro, que lo de subir y bajar calles, a ustedes, viniendo de Toledo, les debe resultar familiar. Y no tendrán problemas...

—Estoy yo bueno —dijo el compañero que antes había aludido al hinojo— Tengo la rodilla...

—No se preocupen. Lo bueno de tanta cuesta es que no iremos muy rápido. Además, en Albarracín hay plazas, plazuelas, algunos ensanches que sirven de espléndidos miradores que, al tiempo que nos enseñan panorámicas impresionantes, por ejemplo las casas colgadas sobre la hoz del río, nos ayudan a recuperar el aliento. Antes de empezar el recorrido, breve, porque tienen que regresar a Teruel, según me ha dicho Raquel, haré un comentario de manera general sobre la ciudad de Albarracín, porque Albarracín ostenta ese título desde el año 1300, cuando Jaime II anexiona el territorio a la corona de Aragón. Y es reconocida como Monumento Nacional desde 1961, y, además, posee la Medalla de Oro al mérito de las Bellas Artes de 1996 y está propuesta por la Unesco para ser declarada Patrimonio de la Humanidad por su inmenso patrimonio histórico. Y, además, está integrada esta Ciudad en el rótulo de Los Pueblos Más Bonitos de España. Y todo su patrimonio arquitectónico y monumental, del que veremos sólo unas muestras callejeras, y la estructura y configuración misma de la ciudad —desequilibrada, de sube—baja—, existe

y está condicionada por la orografía en que se asienta, pues ha de adaptarse al terreno abrupto y quebrado de la colina sobre la que está.

Para empezar, les diré que está enclavada, encajada más bien, entre las montañas que le dan su propio nombre y, también, a toda la comarca, en la Sierra de Albarracín, y los Montes Universales... Se acopla como puede —no como hubieran querido más de dos, en un terreno liso y cómodo—, sobre un peñón que alcanza 1182 metros de altura, sobre una curva del río Guadalaviar, que la rodea casi por completo, como hace el Tajo... Por ello, Albarracín ha condicionado su morfología ciudadana, su fisonomía, a la orografía alta y quebrada en que se asienta, como dije antes. De aquí que a nadie extrañe que sean cinco los ríos que nacen en estos altos serranos que rodean Albarracín: el Júcar, el Guadalaviar, el Gabriel, el Jiloca y el mismísimo Tajo.

—Ah, —exclama Olivia recordando algo de interés—, y estas colinas arenosas y, por tanto, fáciles de ser alteradas por la erosión, por las que se extiende el Parque de los Pinares de Rodeno, además de condicionar la morfología ciudadana, han permitido su poblamiento desde tiempos prehistóricos; de aquí, los numerosos ejemplos de arte rupestre que hay por estos abrigos y covachos de los alrededores de Albarracín: el de la “Cocinilla del obispo”, el de la “Cueva de doña Clotilde”, etc... No, no sé por qué se llaman así. Sigamos.

—Ya. Por tanto, Albarracín se encajona en la orografía como puede. De aquí las subidas, las cuestas empinadas, los recovecos de las calles... Me lo estoy imaginando. No, si la que nos espera... Me lo estoy imaginando —dice nuestro compañero de Ajofrín.

—Exacto, exacto —dice Olivia entusiasmada al comprobar que parte de sus comentarios ya estaban asegurados—. Las lomas y ondulaciones de la montaña, sus quebraduras, exigen que tanto viviendas como calles, la estructura misma de la ciudad, se amolden al terreno que ocupa. El nombre de Albarracín procede de la familia árabe Al—Banu Razin, que quiere decir “ciudad de los hijos de Razín, que aquí se establecieron en el siglo XI y fundaron la taifa de Albarracín. Claro, claro, que hay otras propuestas sobre el origen de este topónimo, de Albarracín, pero ésta es la más aceptada y la que se ha impuesto sobre las demás. Y añado sobre el nombre de esta ciudad, que hasta el siglo XIX su nombre oficial era “Ciudad de Santa María de Albarracín”. Pero nos estamos desviando de... Diré, para terminar con este tema, que Albarracín heredó su aspecto defensivo de los tiempos en que fue un pequeño reino musulmán, cuando pertenecía a la familia Al-Banu Razín: castillo, murallas, torres, puertas estratégicas, que la hicieron inexpugnable durante cerca de dos

siglos. Hoy está declarada Monumento Nacional y es firme candidata para ser considerada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, como ya he dicho.

—Y aún antes de empezar el recorrido —continúa Olivia—, les indico que la inmensa muralla que vemos extendida por todo lo alto de la ladera es conocida como Castillo del Andador, nombre que toma del torreón más alto que vemos: esa torre, llamada “del Andador”, que es una de las tres que aún siguen en pie. Se asienta en el punto más alto de Albarracín. Mide 10 metros de largo y 7 de ancho. Del siglo X. Vean la cantidad de torres y el vigor de la muralla. Desde aquí se observa muy bien el emplazamiento de Albarracín: fijado en todo lo alto de un estirado cerro que se empina más de 1180 metros, rodeado, además, por un profundísimo tajo, casi por completo, que hacía más sólida su defensa, hasta convertirla, prácticamente, en inexpugnable. Y la torre del espolón, en el extremo del espolón, es conocida como “de doña Blanca”. Y para terminar sobre el aspecto defensivo de Albarracín, lo haré con una cita del cronista Bernat Desclot¹⁵. Hay que recordar antes que Albarracín fue independiente de los reinos de Aragón y Castilla, por lo hubo varios intentos por parte de estas dos coronas para hacerse con esta apetitosa plaza, intentos de conquista en los que no faltaron sitios, como el de Numancia, vaya. Y así la valora este cronista medieval: “Esta ciudad de Albarracín está entre cuatro reinos, a saber: entre el reino de Aragón y el reino de Valencia y entre el reino de Castilla y de Navarra y se encuentra rodeada totalmente por altas y agrestes montañas, y la ciudad se halla entre ellas en el fondo y la rodea un río alimentado de nieves, de forma que nadie puede entrar más que por un lugar muy estrecho y está muy bien amurallada con fuertes muros y muchas torres”. Y vemos que no miente el cronista —termina Olivia guardando la sabrosa chuletila histórica.

—Antes de echar a andar, les informo de que ahí tienen la Oficina de Turismo, por si quieren hacerse con algunos folletos... Vamos.

Y pronto damos con la Casa Azul, situada en la calle de Azagra, en el Barrio de los trabajadores, que destaca entre todas las demás no sólo por su monumentalidad y su propio color, sino porque el grosor del caserío presenta un color rojizo en las fachadas...

—Olivia, por favor, ¿quién es este Azagra que da el nombre a la calle? —pregunta una voz.

¹⁵ Crónica de Bernat Desclot : *Libro del rey Pedro de Aragón y de sus antecesores pasados*, escrito a finales del siglo XIII.

—Hace referencia a la familia navarra de los Azagra, dueños de la inmensa fortaleza, pues el conocido como el Rey Lobo de Murcia cedió, a finales del siglo XII, esta taifa al caballero Pedro Ruiz de Azagra, el primer señor de esta noble Casa.

—Esta casona, que no puede desmentir que es Azul, está situada en el barrio habitado, sobre todo antes, por gente humilde, de bien. Y los dueños de esta casona —la familia de los Navarro Arzuriaga—, familia noble navarra, como no tenía vivienda en Albarracín ni posibilidades de hacerla en otra parte de la ciudad, entre la nobleza del lugar, se vio obligada a levantarla en este barrio de los obreros y menestrales. Pero, al tiempo, mandaron pintarla toda de azul para indicar que, aunque se encontraba en ese barrio de gente con escasos recursos, entre gente trabajadora, pertenecía a una familia noble, pudiente. Y la familia navarra vivió aquí durante el siglo XVIII. Y si ésa es la historia de la casa, quiere la leyenda, aun con visos de realidad, que el hijo menor de los Navarro Arzuriaga se enamorara de una bella joven andaluza, que se vino a vivir a Albarracín después de haberse casado con el noble navarro. Pero, al poco tiempo, la joven empezó a sentir nostalgia de su tierra, por lo que su esposo decidió pintar la casona de azul y abrir un patio andaluz en el interior de la casona, con el intento de curar la morriña su joven esposa andaluza, pues “y que” había nacido en Alcalá de Guadaira.

—Vean además, —continúa Olivia— que la casona no sobresale en el barrio sólo por su tamaño y su color, sino porque la mayor parte de las casas son de color rojizo...

—¿A qué se debe el color rojizo...? Ya lo había anotado en mi cartera... —pregunto yo mismo sin terminar de preguntar.

—Pues a que el yeso utilizado en su construcción contiene abundante hierro, que con el agua de la lluvia se oxida y da el color rojizo, azafranado, que las caracteriza. Y el agua de la lluvia aún ejerce otra función más en Albarracín: envuelve el caserío en un color amarillento, como de membrillo, por lo que las casas se presentan, aparentemente, sólo en apariencia, inconsistentes, propias a deshacerse en cualquier momento. Sí, mojado el caserío cubierto de manto rojizo, da la impresión de que en cualquier momento se desmoronará. Bueno, disculpen que me ponga un poco poética. Ah, la lluvia también cumple otra función muy curiosa en Albarracín —continúa Olivia sus explicaciones—. Bueno, lo explicaré cuando estemos por la Plaza del Ayuntamiento.

Muy cerca de la Casa Azul, damos con la Casa Julianeta y el Portal de Molina, justamente en el encuentro de dos calles empedradas y de muy fuerte inclinación, tal que desafía la ley del equilibrio. Y esta imprudente inclinación de la casa, más el hecho de que

las plantas superiores sean más anchas que la de abajo, que la estructura de la vivienda se levante sobre piedra de mampostería, que todo ello haya adquirido el color de la miel en un día en el que no falta la lluvia y que los aleros de la casa se den la mano con los de la casa vecina, todo ello asegura, en buena lógica, que se derrumbará de un momento a otro. Hoy es la sede de un taller de artistas.

—Olivia, porque has dicho que te llamas... —pregunta el de Ajofrín sin acabar de hacerlo.

—Sí, Olivia.

—¿Por qué se llama Casa Julianeta, vamos, si puede saberse?

—Sí, claro. Porque así se llamaba su última dueña. Pero la casa es del siglo XIV. Vean que su construcción es de piedra de mampostería, y que es más ancha por arriba que por abajo. Pero no se cae, aunque con este color terroso y un día como el que tenemos... No se preocupen, que no se caerá. ¡Al menos no se ha caído desde el siglo XIV, siglo en que ya se documenta el edificio! Si se ponen desde ahí, tendrán una fotografía magnífica de la Casa, porque el mismo arco, el vano del portal — dice Olivia indicando un punto muy concreto —, sirve de marco al edificio. Es una de las fotografías emblemáticas de Albarracín. Y del mismo Portal de Molina... Observen los dos sólidos torreones cuadrados entre los que se abre. Es un arco de medio punto muy bien dovelado con sillería. Como ven, está ocupado por viviendas adosadas, lo mismo que ocurre con otros muchos lienzos de muralla a los que se han adosado viviendas desde hace más de dos siglos.

La “Posada del adarve” se anuncia en unos antiguos azulejos en el Portal de Molina y, nada más cruzarlo, la panorámica se hace monumental: todo el sistema defensivo de la muralla prolongada con torres y almenas y lienzos de la coracha que escalonan la muralla. Aquí, justamente, convergen dos calles que dan a la plaza Mayor: la de Santiago, una de las que sostienen la susodicha Casa de Julianeta, y ésta del Mesón de la Comunidad.

Al poco, encontramos otro portal, el Portal del Agua, que sería una de las puertas que daban acceso al recinto defensivo de las murallas. Está enclavado entre dos torreones, pero no es una torre—puerta como las de Teruel...

—Observen que no se trata de una puerta monumental, como muchas de las que habrán visto en Teruel. Se trata de un sencillo arco de medio punto hacia el exterior y rebajado en la parte interior para resguardar los portones. Sobre el arco hay una pequeña

vivienda que servía de cuerpo de guardia, al que se accedía y se accede ahora a la vivienda por esas escaleras.

Leo en el rótulo “Rincón del Abanico”, entre el Portal del Agua y la calle de la Talega... Casas de altas fachadas emparedan esta calle, cuyos aleros de madera estirados en canes se abren en los altos con la idea de abrazarse al tiempo que desafían las leyes de la gravedad.

—Ya pueden suponer por qué se llama así este rincón. Porque, precisamente, aquí no hace falta ningún abanico para sentir fresquito el aire. Díganme si miento —dice riendo al ver el rostro de los reunidos y comprobar el pulso de la hora mañanera—. Éste es un lugar emblemático también de Albarracín, junto con la Plaza Mayor. Es un curiosísimo rincón en el que, como ven, hay una vivienda muy particular. Está construida de forma que las plantas superiores se abren a la calle para ganar espacio en cada planta, de modo que los aleros se tocan con los de otras viviendas contiguas.

Ese enorme edificio es la Casa de la Comunidad —señala Olivia desde el mismo Portal de Molina—. Observen que es la susodicha casona la que da su nombre a la plaza.

Es un gran edificio de estampa clásica y señorial, de excelente forja decorada en la fachada lateral y un gran balcón sostenido por varios canes...

—Durante varios siglos y hasta mediados del siglo XIX, esta Casa de la Comunidad Histórica de Albarracín fue el lugar en el que se desarrollaban las Juntas e, incluso —sigue Olivia—, lugar de alojamiento mientras se desarrollaban las mismas para los diputados de las aldeas que asistían a esas reuniones, en las que se trataban asuntos de gobierno de dicha institución. Hoy día, este noble y sobrio edificio está cedido por el Ayuntamiento a la Fundación de Santa María y es escenario de múltiples actos culturales y políticos. Vean su estampa clásica: puerta de sillería, alero y la forja de la galería superior y de las rejas adornadas por siluetas de cigüeñas. En su frente, resplandece el escudo de esa Comunidad presidido por la Virgen Coronada y Sedente con el Niño en brazos...

Callejeando, nos enseña Olivia la Torre de la Iglesia de Santiago, de piedra y rematada por el campanario de ladrillo. Y damos con la Plaza Mayor, “uno de los lugares, claro, más representativos, más emblemáticos de Albarracín y, además, ofrece extraordinarias vistas”, dice Olivia. Ahí está el Ayuntamiento, edificio del siglo XVI...

—Antes que nada, les diré que esta plaza se asienta sobre un primitivo foso natural de la muralla que los moros llenaron en el siglo XI con motivo de la primera ampliación

del recinto. Pero su reconocimiento como tal plaza no llega hasta el siglo XIII, y desde mediados del siglo XVII adquiere las funciones de mercado, lonja, pescadería... Ahora les pido que miren ese balcón —propone Olivia—. No se van a extrañar si les digo que es conocido como “Balcón Esquinado” que da nombre a la casona en que se encuentra enclavado...

—No se quedaría calvo de tanto pensar el que dio el nombre al... —comenta Natalio sin terminar.

—La casona está documentada desde el primer año del siglo XVII —continúa Olivia obviando la interrupción del ajofrinero—. Después fue casa de huéspedes, o fonda, y hoy es Banco de Santander, como se ve. Observen que se abre a la plaza mediante arquerías ciegas. Lo característico de la Casa, claro, es el hermoso Balcón Esquinero, en la mismísima esquina, como su nombre indica, en el ángulo... Pues bien, aprovecho este balcón para completar el comentario anterior sobre los efectos de la lluvia en Albarracín: no sólo convierten el caserío en miel o en carne de membrillo; también deja al descubierto el complejo sistema de maderas que soportan el peso y permite liberar la esquina de la necesaria pared.

—Atiendan, por favor —nos pide Olivia—. Un par de comentarios, breves, sobre el Ayuntamiento: la referencia más antigua que tenemos del edificio es del siglo XIV. Como curiosidad, les diré que desde el siglo XVII hay una sala llamada “Sala del rey Jaime”, en la que el Concejo celebra sus sesiones desde entonces. Y así se llama porque fue el rey Jaime II quien recuperó en 1300 Albarracín y sus tierras para la Corona de Aragón y le concedió, además, el título de *ciudad*. Como ven, consta de tres alas: en la central, de soportales arquitrabados, en sus bajos, estaban los calabozos. Contrastan esos arcos con los de medio punto que presenta el ala izquierda y con los de la derecha, que también son de medio punto. En el centro se exhiben las armas de la ciudad. Y en la parte superior, el balcón corrido y guardado por una baranda de forja.

—Ahí está, a su lado, —continúa Olivia—, el excuso Mirador de la Plaza Mayor, que es un balcón con arcos que presenta la catedral, la iglesia de Santa María, la Torre de doña Blanca y los balcones colgados...

—¿Quién era doña Blanca, Olivia? —pregunta la mujer que gusta de la poesía—. Porque será la dueña de la torre, o la cautiva que enamorada...

—Aquí no hay historias de cautivas, ni de reinas moras, y menos llamándose Blanca, cuando las moras, todos sabemos cómo son todas las moras. Si hasta el mismo nombre lo dice —ataja Natalio.

—Pues sí, sí que existe leyenda, al respecto; incluso, dos. Dos leyendas, aunque la torre se conoce también como Torre Blanca por el color de la piedra... Según los resultados arqueológicos —continúa Olivia—, parece ser que se construyó como atalaya vigía del meandro que forma el río Guadalaviar, e intramuros del primer recinto amurallado de la ciudad, que es del siglo IX. Como ven, se codea con edificios altisonantes: con la Iglesia de Santa María, esa primera —dice Olivia señalando—; con la antigua sinagoga, hoy Iglesia de San Juan, y con las antiguas ruinas del convento de San Bruno, que hoy es el Museo Municipal, y el barrio de San Juan, antiguo barrio judío. Pero la susodicha torre en el XVII se transformó en biblioteca del convento de los dominicos, hoy convertida en cementerio, el actual de Albarracín, que se extiende desde los pies de la torre misma. Hace unos cuantos años fue restaurada, y desde entonces es sala de exposiciones.

—Como se puede observar —continúa Olivia—, es una torre de planta cuadrada y mide 18 metros de altura, levantada sobre un lecho de piedra. Los muros miden más de dos metros de ancho, cuyas esquinas se refuerzan con sillería labrada. Como ven, se distinguen tres cuerpos o plantas que, antes, se remataban con las correspondientes almenas defensivas. La puerta de entrada está a 8 metros del suelo, por lo que era necesario arrimar una escalera portátil para subir y bajar. Así se reforzaba el carácter defensivo con que había nacido. Y esta presencia o ausencia de escalera estable, fija, es lo que diferencia a estas torres de las de vigilancia, que todas tienen su propia escalera de obra, adosada. Una nota más quiero añadir sobre este emblemático torreón: entre las piedras de la torre, ensambladas con mortero, se incrustan trozos de escoria de metal un poco oscuro, que brillan en determinados momentos de algunas tardes y hacen las delicias de los turistas y visitantes que desconocen este efecto añadido.

—Antes de que alguien lo pregunte —se adelanta Olivia—, informo de que la iglesia que está justo al lado es la de Santa María...

—Ya lo has dicho, vamos, si no recuerdo mal —observa Natalio.

Su torre, ésa, formaba parte del aparato defensivo medieval de Albarracín, cuando era iglesia visigoda. Esta iglesia sufrió un pavoroso incendio en el siglo XV. Se reconstruyó en el siglo XVI en estilo mudéjar, ya muy alejada de su primitivo estilo. Observen los sólidos contrafuertes en la segunda altura del edificio, y sobre ellos una galería de arcos de medio

punto. Fue declarada BIC en mayo de 2006. Y la Catedral del Salvador —continúa Olivia abriendo la puerta de entrada...

—Por favor, Olivia, puedes contar lo de la leyenda de doña Blanca antes de pasar a otras cosas —pide la amiga de la poesía...

—Sí, disculpad, que ya me iba por otros derroteros. Pues existen dos leyendas —dice Olivia buscando con la mirada a Natalio—. Dos leyendas. Para empezar, tengo que decir que doña Blanca era la hermana menor del rey de Aragón. Su belleza no tenía quien se la igualara. Era tan hermosa que la esposa de su hermano, estaba celosa de ella, pues todos los ojos cortesanos se posaban en la joven princesa. Cuando su hermano heredó el trono, Blanca permaneció en la Corte junto a su madre, pero la nueva reina no iba a permitir su presencia, y cada vez lo hacía más ostensible, por lo que algunos nobles aconsejaron a Blanca que huyera a Castilla, el reino vecino. Aceptó el consejo doña Blanca, y en su caminar pernoctó en Albarracín, señorío de la familia Azagra, en una sala de esta torre. La gente, el pueblo de Albarracín, que había visto la hermosura de doña Blanca, deseoso, todos, de volverla a ver, se apostó por estos contornos para gozar de su hermosura, aunque fuera momentáneamente, cuando reiniciara la marcha hacia tierras de Castilla. Al cabo de un tiempo medido en semanas, la comitiva regresó a Aragón, pero sin doña Blanca, por lo que los habitantes de Albarracín dieron en pensar que algo terrible había ocurrido a la princesa doña Blanca: la retienen secuestrada, ha muerto, la tienen cautiva en la mazmorra de la torre... La leyenda afirma que doña Blanca murió de melancolía en las estrecheces de la torre por no poder regresar a su Aragón natal. Desde entonces, las noches de verano cuando reina la luna llena, cuando suenan las campanas de la iglesia de Santa María, se distingue por esos despeñaderos del castillo una figura de mujer que baja al Guadalaviar a bañarse.

—Pero has dicho que había dos leyendas, dos —asegura la mujer gustosa de la poesía.

—Sí, porque otra versión asegura que la joven era huérfana de padres judíos, y al decretarse la expulsión de los judíos, todos abandonaron el barrio en que vivían, que no es sino este de San Juan. Ella, sin embargo, no quiso abandonar la casa en que había nacido ni el lugar en que estaban enterrados sus padres, ni esos extraordinarios paisajes que la habían visto crecer. Vivían entre las casas abandonadas y se alimentaba de lo que cogía de los huertos próximos. Esta muchacha, luego, se bautizó y se casó, después, con el joven

que la había sorprendido una de aquellas noches de luna llena cogiendo agua del río, bajo el peñón en que se asienta “la Torre de doña Blanca”.

—¿Por qué lloras? —preguntó una compañera de viaje, de Mora, a la mujer— poeta...

—No lo sé, pero, a mí, estas cosas me parten el alma en mil y un pedazos — respondió.

—Ahora seguimos con la Catedral del Salvador. Aunque su aspecto exterior más visible pertenezca al siglo XVI, se alza sobre un convento románico del siglo XIII, del que apenas quedan vestigios, pero el mismo campanario se construyó sobre los restos del campanario del templo románico que les digo. Observen que accedemos por la cabecera, poco frecuente, por esta puerta barroca. Vamos a ver un par de cosas sólo. Como ven, el interior es de una sola nave con capillas adosadas en los laterales entre los contrafuertes... Pero vamos ahora...

Antes, observo el altar mayor, en el que se refleja la transfiguración del Salvador acompañado por San Pedro y San Juan. Veo también a San Sebastián presidiendo su capilla... El coro, a los pies del recinto, tiene una sillería sencilla y una llamativa bóveda.

—... a la Capilla de las Ánimas y al espacio que antes fue sacristía —completa y propone Olivia—, porque se han descubierto pinturas murales del siglo XVI en sus paredes, pertenecientes a la primitiva iglesia. Como ven, son pinturas murales con numerosas escenas de la vida de Jesucristo que cubren los muros, principalmente, porque también se distinguen bastantes personajes bíblicos de gran tamaño. Se conservan bastante bien porque han estado cubiertas por capas de yeso hasta la última restauración, que empezó en 2011. Esta capilla, actualmente sacristía, tenía su propio acceso a través del claustro, mediante una puerta oculta por un armario y por un altar con su correspondiente retablo. El suelo también es el original, que estaba también cubierto por otro enladrillado posterior. Y en la restauración ha aparecido una sepultura infantil... Ahí, donde está pisando —indica Olivia señalando a una mujer del grupo que, asustada, exclama: ¡Ay, por Dios!

—¿Estas pinturas han aparecido así por las buenas o había indicios...? —pregunta sin terminar un compañero sin nombre conocido.

—Se sospechaba que había algo más de lo que se veía a simple vista. La decoración de la cubierta hacía sospechar que este espacio era una antigua capilla. No era comprensible

que esas pinturas correspondieran a un trastero o almacén, que era el uso de este espacio durante varios siglos —aclara Olivia.

—¿Y estas otras pinturas...?

—No, no. Se trata de un trampantojo que imita el mármol —aclara Olivia.

Al lado, está la Capilla de la Virgen del Pilar, que sobresale por sus dimensiones, por varias tallas mayor que las demás capillas, y por su decoración, dedicada a la Titular de la capilla, entronizada en un sumuoso retablo barroco del siglo XVIII con ornamentación de estucos en muros y bóvedas. En la Capilla de San Pedro, destaca el retablo en madera sin policromar con relieves de la vida del santo titular. El coro está a los pies del templo, adornado con una afiligranada cúpula de muy complicada y vistosa traza. Sus muros están cubiertos de pinturas murales. La sillería es de madera vista y sencillo diseño renacentista. Una impresionante reja del siglo XVI cierra este espacio. Junto al coro, se yergue un órgano del siglo XVIII con grandes y numerosos tubos trompeteros...

—Vamos saliendo —nos invita Olivia metiendo la llave en la cerradura de la puerta—. Como habrán apreciado, nos hemos dejado varias capillas sin comentar y otras pinturas que han aparecido, y restos de la primitiva iglesia... En fin, el tiempo vuela...

Y callejearmos entre esas altas fachadas de mampostería y entramados de madera, y escudos heráldicos, y balcones con geranios y otras flores olorosas, y ventanucos que recaban la luz como pueden entre lo angosto de los aleros... Por una de estas callejas, damos con la “Tasca Osiosa” y tomamos un refrigerio y, al tiempo, ganamos la baza a la lluvia y echamos una zancadilla al insistente frío de la mañana...

Y más rincones y plazas, y calles estrechas y empinadas conforman en Albarracín esa agradable incomodidad artística tan propia de Toledo. Y junto a esa arquitectura popular, aparecen casonas solriegas y otras muchas de altas fachadas de mampostería y entramados de madera, adornadas con ventanucos y puertas donde la forja se convierte en protagonista por derecho propio: bocallaves, picaportes, llamadores y balcones no me dejarán mentir. Algunas aldabas tienen forma de serpiente y dragones, y otras, como la de la casona de Pérez y Toyuela, actual Museo de la Cultura Tradicional, tienen por llamador una salamandra cargada de simbolismo en alquimia, pues representa la pureza y, también, el fuego...

Y la mañana no da para más, por lo que nos acomodamos en el vientre metálico del autobús, que pacientemente nos aguarda donde nos había dejado y, con necesidad de dar

al cuerpo su merecido sustento, iniciamos el regreso al *Reina Cristina*. Y como conoce el camino de vuelta, se presenta sin demora en los alrededores de Teruel...

—¡Qué bien que ya tenemos el equipaje en el autobús! —exclama Raquel entrando en Teruel, a la altura de la iglesia de la Merced—. Pero si alguien...

—A ver si alguien se ha quedado olvidado algo en la habitación. Reflexionar un momento, que luego... —pide Natalio apeándonos del autobús a la puerta del hotel—. Ésta es la última oportunidá de recogerlo: zapatillas, bastón, cepillo de dientes, dentadura...

... Y como las ganas de comer no faltan y la mesa está puesta y dispuesta y bien abastecida y la empresa del regreso a Toledo llama a la puerta, en un santiamén damos cuenta de la vianda y nos adentramos en el espacioso estómago del autobús, que nos engulle paciente y complacido.

Por la vera del Guadalaviar en Albarracín

Como se ha presentado una segunda oportunidad de visitar Albarracín y, además, sin las prisas que azuzaban la vez anterior, ha habido lugar para gozar de otra belleza que la histórica ciudad guarda para quienes gustan de viajar placenteramente y se sienten dueños de su tiempo, que no es poco. Claro está que esta decisión, implica que el excursionista da por muy cierto que no encontrará en el recorrido senda ni camino asfaltado, ni semáforos encollerizados ni patinetes insensatos que invadan las aceras; sí, tramos de tierra y piedras sueltas, escaleras estrechas y peldaños, quizá, más altos de lo deseado, pero complementados con agradecidos pasamanos, y puentes volados y pasarelas colgadas de madera en el roquedo y veredillas ganadas a la faja del acantilado. Y así fue, prácticamente, como ocurre con frecuencia en estos paseos fluviales hechos para el común.

Y desde el hotel *Arabia*, antigua residencia de la Orden religiosa de las Escuelas Pías, los Escolapios, fuimos a la Oficina de Turismo, que muy cerca está, y más cerca aún de la antigua “Huerta de los Escolapios”, que da la entrada al paseo fluvial por la vera del río rondón de Albarracín, el Guadalaviar. El panel explicativo del punto de partida asegura que estamos a 1116 metros sobre las sandalias de Alicante, y que el primer puente que cruzaremos es “el del Carro”, y pienso que se llama así porque se construiría para que cruzara con la comodidad necesaria ese medio de transporte tan próximo, ¡ay!, y tan lejano, que acudiría a hacer la molienda a cualquiera de los muchos molinos que muestran sus ruinas en la vera del río.

Pero antes de cruzar el primer puente, se palpa en primera línea el vigor —la fuerza ciega— de la naturaleza manifestada en los farallones ascendentes que se yerguen delante en una verticalidad descomunal para convertirse en nidos de buitres y de águilas reales y en parapetos inexpugnables de la ciudad de Albarracín. Desde estos parajes, la vista se recrea con la intrepidez de la muralla, que en cualquier momento se desplomaría por aquellos terraplenes, y con la arrogancia de los torreones y contrafuertes y con la Torre del Andador, que vale toda ella por un fornido castillo. A nuestros pies, corre alegre y cantarín el Guadalaviar acompañado de pajarillos que hacen saltos malabares desde los árboles y tampoco cesan en su algarabía...

Y empieza la primera subida, y cruzamos el primer puente que enseña casas colgadas y otras linderas con la corriente con sus huertas y norias llenas de monotonía. Aparece también entre el caserío la colorina torre de la catedral que desea curiosear entre

los aleros y escuchar la canción de la corriente. Y más casas parapetadas entre las rocas y el Parque Municipal, según informa un agradecido panel.

La senda asciende por una empinada escalera con suma prudencia y trae un privilegiado mirador que identifica los monumentos y particularidades de Albarracín.

Una pasarela, al poco, trae otro puente, el “de los Carneros”, elevado dos metros más alto que el punto de partida. Dicen que este puente se construyó para comunicar el convento de los Dominicos, destruido que fue en el siglo XVIII, con la Iglesia de Santa María, cuya titular es la patrona de Albarracín. De hecho, por aquí se brinda un sendero que acude a esa parroquia. Pero nosotros continuamos por el caminillo abierto sobre la piedra, aunque ha de apoyarse, en ocasiones, en pasarelas para sobrevivir y, junto a la corriente, vemos una noria y los despojos de un laborioso molino.

La senda se empina y nos ayudamos del pasamanos hasta alcanzar los 1159 metros, y aparece la Ermita de Santa María, el cementerio municipal y la legendaria torre de doña Blanca y las incrustaciones que tiene en su faz más visible, resplandecientes en ocasiones de luna llena para alimentar el decir de varias leyendas. Por estos altos, se impone el agradecido olor del tomillo salsero y del romero y el run-run de unas atareadas abejas. Antes hemos visto algunos puentecillos y alguna pasarela ajenos a la ruta, pues se apartan con discreción y se detienen a la entrada de posesiones particulares o de huertos familiares mimados cada día.

La senda desciende, y a 1118 metros aparece una pasarela volada cuando la ruta inicia un nuevo y prudente descenso, pues un tramo de escalera indica que estamos en el punto más bajo de la ruta, a 1115 metros, para volver a subir hasta la Huerta Vieja, que se encarama a 1127 metros sobre Lisboa. Y llaneamos por una senda muy cómoda de tierra a ras del río, entre cantos refinados de jilgueros, el croar de un par de ranas y juncos, chopos y álamos machadianos y un par de puentecillos que se detienen ante propiedades privadas. El olor a tierra húmeda y a plantas propias del lugar se mezcla con los de la generosa lavanda y ramitas de yerbabuena... Un rótulo nos informa de que estamos inmersos en un trayecto de “colonia felina” y, cierto, vemos varios gatos convertidos en dueños y señores del contorno: arrimados al tronco de un olmo, tres o cuatro gatos se desperezan, nos miran indiferentes y continúan su reunión sin inmutarse. Dos gatos nos vigilan desde el hueco de un zarzal y otro camina descuidado delante de nosotros...

El final de la senda trae el antiguo Molino del Rey, el más antiguo de cuantos trabajaron en Albarracín, al menos en estos barrancos del Guadalaviar. Después de varios

siglos de abandono, fue utilizado como piscifactoría en la década de los años setenta. Ahora, rumia su propia soledad, acentuada con el agotamiento de la tarde...

¡Laboriosos molinos, sabedores de todas las canciones de la corriente, que tantas lecciones de vida y de convivencia habéis dado a cuantos hasta vosotros acudían a hacer la molienda, y entre todas, aquella que reza que “muele primero quien duerme en molino”! Hacendosos, diligentes, sin tregua para el descanso y habituados a hacer mediodías de las madrugadas. Siempre dispuestos y disponibles para servir... Sin embargo, habéis saltado a las páginas de la literatura y del folclore con tintes de deshonor: el molinero por cuestiones de la “maquila” que, bien hacía más grande el hueco de la medida que debía cobrar, o despistado, la cobrada dos veces. Valgan por todas las fechorías cometidas por los molineros las del padre de Lázaro, Lázaro de Tormes, pues “tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años” y se vio castigado “por ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí a moler venían”¹⁶.

Y la molinera es protagonista de numerosas obras de teatro, de romances de ciego, y de coplas aventuradas y nada honrosas... Ahora el agua corre libre por cualquier parte de vuestro ser, las ruedas sirven para otros oficios y menesteres y la hierba invade los corralillos en que descansaban los amos y sus caballerías.

La ruta reanuda la subida y nos trae el Portal del Agua desde donde alcanzamos el centro histórico de Albarracín.

¹⁶ Leemos en las primeras páginas del *Lazarillo de Tormes*.

Hasta Toledo

Mientras monto en el autobús, extiendo la vista por encima de la Escalinata y la barriada de la Estación, y desde lo alto de la plaza con valor de azotea, recuento las torres de hermosas y coloridas cúpulas y recuerdo, paso a paso, la visita a la elocuente Torre del Salvador, dos torres en una... Pronto, acerca el autobús el aeropuerto, y un indicador deja leer “La Pinilla” y su llanada, que señala hacia el campo de fútbol del “Terulense”. Y sorteando semáforos enfurecidos —así lo aseguran sus ojos rojizos por la ira de la prisa— el autobús la emprende con plena decisión a campo abierto. Sí, llanuras a ambos lados de la ruta cubiertas de un color parduzco y, a veces, el verde del primer color brotado de los sembrados. Y, cuando ya había olvidado las manchas de nieve encontradas por la mañana, aparecen de nuevo por Castellar de la Muela a 1223 metros de altitud, asentada en la falda misma del cerro de piedra ennegrecida que le da su nombre, a 10 kilómetros de Molina de Aragón. Y la nieve traspasa Molina de Aragón, se adentra en su Señorío y llega a Rillo de Gallo...

De vez en cuando, uno de estos pueblos se cruza en la ruta y dice a la daga de la carretera: “Aquí estoy yo. Si quieres, me sajas por medio, pero yo no me ladeo”. Y uno de ellos es Rillo de Gallo, pues el autobús atraviesa en canal este empinado pueblo de unos cuarenta habitantes, que ya estarán en sus respectivas casas encendiendo la lumbre y, a punto, de preparar la cena, o en el bar echando una partida al truco. Y lo exige para enseñarnos un originalísimo edificio de piedra con todas las trazas, o muchas, de Gaudí. Despúes, leo que se trata del “Capricho rillano”, construido por Juan Antonio Martínez... También Río Seco y los umbrales mismos de Herrería se asoman al decir curioso de la ruta, y Canales de Molina, a 11 kilómetros ya de Molina de Aragón, y aparecen montecillos saltados por la jara y el tomillo.

Por estos derroteros de la ruta, Alcolea del Pinar se anuncia a cincuenta kilómetros entre bosques de sabinas con la impresión de que la nieve ya no existe. Pero es un espejismo porque, de vez en cuando, se ven manchitas blancas en regueros húmedos hechos por el agua imprudente que se precipita sin miramientos desde los altos. Un indicador apunta hacia Torremocha del Pinar, cuyos habitantes en número de cuarenta y seis, no tienen miedo al vértigo, pues están encaramados a 1300 metros de altura sin inmutarse.

Pueblos atardecidos en la vera de la ruta en los que el silencio y la soledad se han solidificado entre la falsa poesía de los molinos eólicos, hasta que al día siguiente llegue el

vendedor ambulante y vocee su mercancía o se pregone con el altavoz: Tobillos, Mazarete en una vanguardia flanqueado por el cementerio, están entre ellos. Y Anquela del Ducado es otro de los pueblos que se pone delante del autobús y se deja cruzar por la mitad para decírnos que es un pueblo festivo, pueblo festivo donde los haya, pues no hay fiesta que no celebre: en enero, desde siempre, celebra la festividad de los Reyes Magos, delicia de los niños del pueblo; también la Candelaria y a Santa Águeda en febrero; y el Jueves Lardero también lo celebra por todo lo alto para anticiparse a las fiestas del Carnaval y al Domingo de Ramos. ¡Cómo no va a celebrar la Semana Santa! Claro que lo hace con todo el respeto y recogimiento del mundo. También festeja las Mayas y la Romería a la Virgen del Montesino. Y a san Roque, y a san Martín de Tours, su patrón, el tercer domingo de septiembre... Y ya están a las puertas las Navidades...

Maranchón nos recibe con su plaza de toros a la izquierda, y nos despide con la robusta mole de su iglesia, y Luzón y sus bosques de pinos heridos por la procesionaria, entre los que se descubre una reunión familiar de cervatillos. Anguita, nos saluda por la izquierda. Aguilar de Anguita con su mole eclesiástica se asoma también a la carretera. Y Garbajosa queda apuntada a la derecha por la espadaña de su iglesia, y Alcolea del Pinar aparece a 2 kilómetros de nuestro paso, a 74 de Guadalajara y a 124 de Madrid. Por Saúca, se extiende un gran encinar espeso que ocupa la inmensa llanura, cortada al fondo por una mole azul y difusa. Y más nieve en las cunetas y manchas blancas a las puertas del encinar. Más encinares, jóvenes y frondosos por estos alrededores. En un cerro columbra una torre vigía que debería entrar en aviso con otras cercanas hasta llegar al castillo de Molina de Aragón.

Torremocha del Campo y Sigüenza se ven apuntadas a la derecha, acomodadas a 1100 metros. ¡Y la gallarda silueta del toro de Osborne! Asoma también Algora, encimada a casi 1120 metros sobre los costillares de Lisboa, con sus treinta casas vestidas de blanco en la primera avanzada de la llanura y con su iglesia de torre acastillada y robustos contrafuertes. Detrás, muy lejano, se divisa un enorme picacho cubierto de nieve... Por estos confines, el autobús dice que bien se merece un descanso y se detiene porque sí en una gran explanada llamada por los viajeros “Área 112”. Al poner pie en tierra, se observa un panorama más ancho, sólo detenido en la lejanía por una gigantesca y prolongada montaña; también, que la temperatura ha cambiado: sol y agradable calorcillo en la gran explanada, y que la nieve ya ha desaparecido por completo por los confines de Algora, pueblo del que dice Madoz que “*siendo en 1790 de solo 300 habitantes, gastó 3.000 duros en dorar el altar mayor de su iglesia*”, parroquia que, dicho sea de paso, está dedicada a san Silvestre.

¡Claro, y no hay nieve cercana porque hemos descendido, sin enterarnos, a unos 650 metros sobre las orillas alicantinas!

Y mientras el autobús y el conductor reposan y repostan, repostamos también nosotros.

La carretera va descendiendo entre inmensos encinares y hojas labradas de cereal cubiertas por el manto verdoso de los sembrados por los confines de Mirabueno. Un inmenso encinar y hojas sembradas a derecha e izquierda, por los alrededores de Masegoso, Gajanejos y Miralrío, encaramado a 1063 metros de altura, muy cerca del castillo de Jadraque, arrebatado que fue por Rodrigo Díaz, el de Vivar, a los moros, cuando caminaba hacia Valencia.

Por Trijueque, pueblo de sonadas y rumbosas tradiciones, muy relacionado con don Íñigo López de Mendoza y con la infanta Juana, llamada con más o menos fundamento “la Beltraneja”, la llanura se hace vaguada, por lo que este histórico pueblo cobra el merecido renombre de “el balcón de la Alcarria”, de modo que por aquí, a lo lejos, se divisan azules montañosos alomados. Entre Torrija y Torres del Burgo, aparece otra familia de cervatillos que van recogiendo los últimos rosicleres de la tarde. Cerca del indicador que señala a Brihuega y su castillo, un conejo se afila el bigote con el ramaje de una retama. Más allá, se extiende una gran lámina de terreno que ya maceraba el color lila de la olorosa lavanda. Valdenoches aparece acurrucado entre el blanco de sus fachadas y la nota rojiza de los tejados a los pies de la falda de una extensa ladera que lo resguarda de los fríos y de los vientos pelados y traviesos.

Veo hojas de cereal, algunos olivares y un grupo de caballos que yo llamo cuatralbos sin otra razón más que porque sí. Por los alrededores de Alcalá—Meco, pasamos sin pronunciarnos, y el aeropuerto de Barajas se hace visible con los aviones que se suceden con suma frecuencia unos a otros en busca del reposo terrestre. Se anuncian también la Garena, que no es sino un apeadero ferroviario del tren de cercanías que ansía viajes de largo recorrido, y el indicador que mira hacia Mejorada del Campo...

En este momento, el cronista se pregunta por el curso y la suerte de la impresionante catedral que construía hace bastantes años, y durante más de cincuenta, Justo Gallego Martínez como “proyecto de autoconstrucción”. Este inmenso proyecto, azuzado por el tesón, la gracia y, sobre todo, por la fe y tenido por muchos como “propio de un loco”, lo desarrolló este santo varón durante más de cincuenta años, hasta su fallecimiento con 96 años... Torrejón de Ardoz se aorilla a la derecha y otro avión busca la pista de

aterrizaje. La salida 18 nos mete en los preámbulos de la A—42 y da esquinazo a San Fernando de Henares mientras trota el autobús por los alrededores de Alcalá, Alcalá de Henares; y sin pestañear, se encarama en la ruta adecuada y la persigue sin dudas ni vacilaciones. Y cuando galopa por las lindes de Olías del Rey, Natalio se hace con el micrófono y dice sentirse bastante decepcionado por “culpa de la nieve, sobre todo, que ha impedido visitar Orihuela del Tremedal”. Y continúa:

—¡Una excursioncita menos! Pero creo que de reconocidos hay que ser agradecidos —dice rompiendo el dicho recto del refrán—. Y en este caso, me siento orgulloso por dos cosas: por insistir en que repasarais en vuestra memoria si olvidabais algo en Teruel, en el hotel, porque había una segunda oportunidá para recogerlo: bastón, garrote, paraguas, bolsa de aseo, dentadura... Y segundo porque me opuse a que fuéramos a Castellón, Castellón de la Plana. Que si no... —y deja la frase sin final—. A ver qué coños pintamos, vamos, yo por lo menos, en Castellón. Menos mal que me opuse...

—Bueno, Natalio, déjame un momento el micrófono que ya estamos llegando —pide Raquel—. Espero que el viaje les haya resultado agradable y, sobre todo, que les haya provocado ganas de volver por aquellas tierras de Teruel, tan llenas de historia y de patrimonio y, en gran medida, tan desconocidas...

—Sí, pero ¿y si nieva...? —pregunta Natalio arrimado al micrófono...

El autobús ignora la anunciada preocupación de Natalio y se detiene en el andén con las penúltimas luces de la tarde, justo cuando la majestad del Alcázar adquiere un color anaranjado que lo hace más sublime y suntuoso.

APÉNDICE

Rodenas o el primor de lo sencillo

Rodenas, Rodenas de Albarracín, es una más de las joyitas acomodadas en la provincia de Teruel, en la Sierra de Albarracín en este caso concreto, que he conocido esta primavera y guardo en la alcancía de mis gratos recuerdos. Y es una joyita porque es pequeña la localidad, porque tiene una historia que se remonta al siglo XIII y una prehistoria que se habla con el arte rupestre y con los primeros pobladores iberos, como el poblado de Moricantada, que en la jurisdicción de Rodenas se pronuncia y estaba en plena vigencia cuatro siglos antes de que Jesucristo naciera en Belén; y con los romanos, cuyas huellas también se encuentran por estos alrededores. Y por el lugar en que está enclavada, en plena Serranía de Albarracín, por lo que se alza Rodenas como un elemento más del paisaje que la rodea y la identifica y le da “un color especial”, el de la piedra rodeno. En efecto, el rodeno estampa su sello rojizo en los edificios señoriales esparcidos por el casco urbano, en las viviendas populares, en la arrogante estampa de la iglesia parroquial, en el esqueleto de las dos Capillas de la antigua iglesia de Santa Catalina, de la que hoy se alzan como testimonio de su pasado con sus respectivos arcos apuntados y bóvedas estrelladas, en el conjunto de pilas de granito rojizo del “Lavadero del Navajo” y en la original cisterna de origen árabe... Por todo ello, por la enorme relación de Rodenas con esa piedra rojiza en sus edificios y monumentos singulares y, sobre todo, en su jurisdicción, Rodenas se encuentra incluida en el Parque Cultural de Albarracín, amplio coto que incluye el Paisaje protegido de los Pinares del Rodeno, el más importante conjunto de areniscas serranas de estos escarpados contornos.

Y es, también, una joyita Rodenas por el primor con que la cuidan los sesenta habitantes que la miman a diario, más los rodeneses que hasta aquí acuden desde los alrededores más o menos lejanos los fines de semana y demás fiestas de guardar. De ese primor hablan los geranios en macetas de mil formas improvisadas que se extienden por las aceras, por los vanos de los balcones y la rejería que los adornan, por los poyos de conversación en las noches de verano... También habla el primor aldeano a la puerta de la parroquia de Santa Catalina cuidando de los rosales que allí crecen y huelen llenos de colores y de candor, y de otros rosales que compiten en fragancia con pensamientos, caléndulas, geranios y claveles colocados junto a las puertas y poyos vecinales. Y la yerbabuena, y las ramitas de romero y de albahaca en semilleros ocasionales junto a la casa rural “Espigas Altas”, y otros extendidos por paredones que guardan parcelas de cereal y huertecillos

trabajados con mimo femenil; y las pastoriles hiedras trepadoras por fachadas y balcones de viviendas populares y señoriales casonas. Y parras de fruto cierto en los patios caseros...

Además, es Rodenas una joyita agradecida con el entorno natural que la envuelve y la distingue, y tanto lo agradece, que toma su propio nombre —su nombre propio— de la distinción más sobresaliente de este paisaje: el color rodeno de las piedras. En fin, es Rodenas una joyita escondida en la Sierra de Albarracín por el afán de todos los rodeneses en descubrir su patrimonio cultural para ponerlo en valor y divulgarlo... Pero por estos derroteros, entramos ya en detalles históricos concretos.

Por todos es conocido que Rodenas tuvo un castillo roquedo colgado de los riscos de la sierra, que hubieron de levantar los árabes entre los siglos X-XI en estas tierras fronterizas para integrarlo en la línea defensiva de la taifa de Banu-Razín, de las que la plaza capitalina era Albarracín. Pero el castillo en el siglo XII ya pertenecía a la cristiandad, pues un día cualquiera de aquel siglo, el alcaide de la fortaleza hubo de abandonarla para hacerse con la vitualla necesaria para las despensas del recinto. Mas no le pareció razonable dejar la fortaleza sin autoridad mientras duraba su ausencia, por lo que nombró a su esposa alcaldesa de la guarnición hasta que él regresara. Y como hacía cada mañana, la abnegada esposa —que se habría de llamar Gadea—, bajó desde el roquedal hasta una de las fuentes que por allí manan y fluyen para proveerse del agua cotidiana. Y resbaló y perdió el equilibrio azuzada por el viento, y precipitose por el vacío que parecía no tener fondo, por lo que la muerte de la alcaldesa era tan cierta como segura. Sin embargo...

“Quien de Santa María tiene su merced bien ganada, ya no será tan extraño que de toda desgracia sea guardada”, como se lee en el poema número 191 de las *Cantigas de Santa María* de Alfonso X el Sabio. Y así fue porque Gadea, la señora alcaldesa, cuando cubría el precipicio por el que se despeñaba, se acordó de San María y le pidió socorro y valimiento, y la Virgen obró en consecuencia, pues, “aunque cayó desde muy alto, no murió ni fue herida, sino que se levantó dando gracias a la Virgen muy cumplida de bienes”, milagro que, rápidamente, se desparramó por todos los reinos hispanos.

Ahora bien, ¿cómo llega este milagro al *scriptorium* de Alfonso X el Sabio?, cuestión ésta difícil de responder, pero alguien muy cercano al rey hubo de informarle del

extraordinario suceso acaecido en el castillo de Rodenas. Y Carlos Muñoz afirma, a este respecto, que don Juan Núñez de Lara, esposo de la quinta señora de Albarracín —doña Teresa Álvarez de Azagra—, era uno de los que tenía muy estrecha relación con el sabio rey nacido en Toledo¹⁷, como recoge Raúl Ibáñez Hervás en la cita anterior.

Ocurre, en relación con la anterior pregunta, que Alfonso X el Sabio empezó a escribir sus *Cantigas a Santa María* influenciado por una corriente mariana que desde mediados del siglo XII, con san Bernardo de Claraval a la cabeza, y durante todo el siglo XIII, recorría Europa, y tenía su lugar de llegada y de difusión en los monasterios más importantes de Francia, de Italia y de España. Pero esta fuente de inspiración —la libresca— se agotó con las cien cantigas recogidas en el primero de los cuatro códices que las compendian —el *Códice de Toledo*—, por lo que el rey Alfonso X hubo de buscar otros manantiales que le proporcionaran asuntos marianos. Por tanto, aunque la finalidad esencial de las Cantigas sea la de exaltar los favores de la Virgen y su misericordia, muchas se ambientan entre acontecimientos históricos ocurridos durante el reinado de Alfonso X, y otras en numerosos hechos y sucesos ajenos a esa historia oficial, grandilocuente, que mereció el interés de cronistas e historiadores. Esa otra fuente alude al diario vivir de una sociedad campesina, en el que se alternan períodos de convivencia con otros convulsos y belicosos, y a acontecimientos y circunstancias del entorno cortesano y familiar del propio rey Alfonso y, sobre todo, personales e íntimos. Y en esta segunda fuente de información, pues, se incluye la cantiga CXCI: “Como a alcaidessa caeu de cima da pena de Roenasdealvarrazin e chamou Santa María e non sse feriu”, que en lengua de Cervantes viene a decir que “la alcaldesa cayó desde una peña muy alta de Rodenas de Albarracín y llamó a Santa María y no se hirió”.

Y ciertamente, Rodenas tuvo un encumbrado castillo, del que aún se ven fieles testigos entre el roquedal que, como un escuadrón de gigantescos menhires, lo encumbraba y se guarnecía. Y se sabe a ciencia cierta que García Fernández de Heredia fue el primer alcalde cristiano de la fortaleza durante los primeros quince años del siglo XIV, por encargo del rey Jaime II. Y quiere la circunstancia que este primer teniente sea el padre de Juan Fernández de Heredia, el Gran Maestre de la Orden de San Juan en Rodas, el cual, después de haber vivido en Rodenas, ingresó como Freire en la Orden de San Juan, desde donde

¹⁷ Cita tomada del documentado *Estudio histórico de la cantiga CXCI. El milagro de Rodenas*, de Raúl Ibáñez Hervás, que cita, a su vez, a LÁZARO POLO, F. —*Introducción a la literatura turolense*—. Xiloca, 20. Calamocha, 1997.

inició su ascenso en dicha Orden en la Encomienda de Alfambra como comendador¹⁸. Murió en 1369 y fue enterrado en la colegiata de Santa María la Mayor de Caspe, en un hermoso y monumental sepulcro, destruido que fue por hordas anarquistas en la guerra civil (1936—1939).

Pero dejemos la historia escrita de Rodenas, que también tendrá algo que decir de las Guerras Carlistas, del “Tigre del Maestrazgo” y de los maquis, y callejemos para encontrarla desparramada por sus plazas, rincones y contornos. Y sale a nuestro encuentro, en primer lugar, un original monumento levantado en el jardín que está enfrente del Ayuntamiento. Y es original porque se alza como homenaje a los antiguos ganaderos de Rodenas mediante la exposición de las pegas o marcas que colocaban en el lomo de sus animales para distinguirlos de los que tenían otros dueños, pues cada ganadero poseía su propia pega, su propia señal, que solía ser la inicial de su nombre, o del apellido o, incluso, del socorrido mote. A veces, la pega era un número. Y ello hace referencia a la enorme importancia que tuvo la ganadería en el pueblo como medio de vida y a su relación con la trashumancia, “aunque nosotros no bajábamos a Andalucía. Nos quedábamos por Valencia y Castellón”, aclara José Antonio, el alcalde de Rodenas convertido en distinguido cicerone en esta ocasión excepcional.

—Pero las excavaciones en un yacimiento en Bronchales, pueblo que no está nada lejos de aquí —continúa nuestro *cicerone*—, dejan claro que por aquí estaba muy extendida la actividad de la trashumancia y que los pastores llegaban hasta Andalucía, pues con los resultados de las excavaciones se concluye que los pastores de esta serranía acudían cada temporada con sus rebaños hasta Jaén desde hace 2.500 años. ¿Y sabes cómo se llegó a esta conclusión? —me pregunta entusiasmado y lleno de curiosidad.

—No. Ni idea —respondo expectante.

—Por el tesoro arqueológico que una persona anónima dejó por la noche en una bolsa de plástico a las puertas del ayuntamiento de Bronchales, hace un par de años. Había armas, herramientas de hierro y broches de bronce. Una lanza de dos metros o más, tijeras de esquilar... Y este material sirvió para descubrir una sociedad pastoril de hace 2.500 años que habitaba en un poblado, en la jurisdicción de Bronchales, que estaba sin identificar. Además, estas herramientas son idénticas a las encontradas en una necrópolis de Jaén. Por tanto, la cosa está bien clara —concluye nuestro *cicerone* ocasional.

¹⁸ Véase BARRAGÁN, Juan José: *Alfambra en la Edad Media y Moderna. Una visión de su arte y su historia a través del conjunto natural de la Ermita de Santa Ana*. Sarrión. Muñoz Moya Editores, 2015.

—Claro, que en el escudo del pueblo, muy parecido al de la Comunidad de Albarracín —continúa nuestro *cicerone* de excepción—, aparece también una figura femenina portando una espiga, para significar la importancia, también, de la agricultura en la vida diaria del pueblo. Pero aquí, como es de esperar, la agricultura tenía menos peso que la ganadería por varias razones: por la calidad del terreno, bronco y pedregoso, excepto esa llanada que tienes delante; por las temperaturas de frío, que duran mucho, y, sobre todo, por la nieve, que también nos acompaña durante mucho tiempo.

En el marco del escudo colocado en el centro del monumento, se enseñorea la figura entronizada de la Virgen con el Niño en el regazo, flanqueada por dos estirados pinos, para significar su abundancia por estos campos. En el cuartel inferior, hay una especie de hornacina que guarda un puñal, y en el marco superior, se lee: RODENAS, todo enmarcado por una orla, en cuya parte cimera aparece fijada la fecha del monumento en latín: “ANNO MMXII fecit Isarria”. Dos gigantescas figuras se yerguen en sendos laterales, a modo de cariátides, que portan, respectivamente, un cordero para significar la importancia de la ganadería en el “modus vivendi” de los rodeneses, y una espiga con que el otro personaje resalta la segunda actividad prioritaria en la localidad. Y las dos figuras extienden sus brazos —el izquierdo, uno y el derecho, el otro— hasta tocarse levemente, como en el cuadro de *la Creación de Adán* de la capilla Sixtina, miran al curioso espectador y esbozan una sonrisa.

Enfrente del monumento, del agradecido jardín que lo acoge y del cómodo restaurante que ocupa el espacio del antiguo Ayuntamiento y cita a todo el personal de la zona por ser el único en aquellos contornos, estaban las Escuelas de niñas y de niños, ahora convertidas, respectivamente, en Casa Consistorial y Casa del Maestro, disponible ésta para la familia —puede ser numerosa— que desee establecerse en Rodenas, Rodenas de Albarracín. Y justo al lado de la Casa del Maestro, se extiende un abrevadero de piedra de rodeno, cuyos surtidores escancian agua pura y fresca y, al tiempo, recuerdan la actividad ganadera de los antiguos rodeneses y el trabajo de la trashumancia. Y muy cerca, ocupando el centro de una amplia explanada, se asienta la señera estampa de la Iglesia parroquial de Santa Catalina Mártir, levantada a principios del siglo XVI, porque la anterior resultaba pequeña para congregar a todos los lugareños y, también, porque quedaba alejada del centro urbano.

Es de una sola nave de cuatro tramos con capillas laterales entre los contrafuertes, financiadas por familias pudientes de la localidad para sus respectivos enterramientos. Estas capillas presentan, a su vez, sus particulares bóvedas en piedra. En el interior, se aprecian

varios retablos de los siglos XV al XVIII, entre los que destacan el de Santa Catalina, en la primera capilla del lado del Evangelio, y el espléndido retablo de San Juan Bautista, realizado hacia 1430 y atribuido al pintor valenciano Gonzalo Peris (1380—1451). Este majestuoso retablo, procedente de la antigua ermita de Santa Catalina, es una obra del siglo XV de vivo colorido y cuidado dibujo. Consta de tres calles con El Calvario en la parte superior de la central coronando la escenografía. San Juan, en la parte inferior de la misma calle con un libro en la mano, en cuya tapa de color rojo posa un cordero. Las dos calles laterales del tríptico muestran escenas de la vida y muerte de san Juan Bautista, entre las que sobresale el bautismo de Cristo en la parte superior; y la degollación del santo y la entrega de su cabeza por Salomé a Herodes. La predela o banco del retablo también está ilustrado con varias imágenes, entre las que se distingue a santa Lucía por llevar sus ojos en una bandeja, y a la Virgen Dolorosa... El retablo del altar mayor está dedicado, claro, a la titular de la parroquia, santa Catalina de Alejandría, que aparece en el centro con la rueda de su martirio y la palma de su gloria. También sobresale, por méritos propios, junto a la sacristía, el púlpito de hierro forjado de finales del siglo XVI...

Sobre las capillas del último tramo de la nave, a los pies del recinto, se levanta el coro, al que se accede por una escalera adosada a la pared; y debajo del coro y también a los pies de la nave, una fornida pila bautismal de rodona, surtida de agua bendita, aguarda pacientemente para ser utilizada.

Toda la nave, con la cabecera incluida, está cubierta por una originalísima bóveda de crucería estrellada.

...Se trata de un esbelto edificio levantado en mampostería de rodona en la plaza Mayor, junto al Ayuntamiento, al Centro de Interpretación de las cualidades del rodeno, a otros edificios de recia contextura y al filo de la carretera que lleva al castillo de Peracense. La mampostería se ve reforzada en las esquinas por piedra sillar con su distintivo color rojizo. Detrás de la fachada principal y el tejado que vierte a cuatro aguas, asoma la torre del campanario, y también “del reloj”, a los pies del templo, con dos cuerpos de altura: uno cuadro, el primero, que sostiene el reloj y las campanas, visibles a través de arcos de medio punto; el segundo es de forma ochavada, cerrada por un puntiagudo chapitel. La puerta de entrada está conformada por un esbelto arco de medio punto rodeado por otro superior, a modo de corona, y escoltado por dos finas columnas que sirven de adorno. Sobre la portada, se alza un segundo cuerpo, en cuyo centro se abre una hornacina con la

imagen ¿de marfil? de santa Catalina. Y en la parte superior, en el vano del arco también de medio punto, la silueta de un clásico frontón.

Muy cerca, un panel vestido de verde anuncia el Antiguo Horno, que hoy alberga el Centro de Interpretación del “encanto del Rodeno”, sin que el horno antiguo haya desaparecido. Es un edificio lleno de historia popular fechado en los mismos inicios del siglo XIX, en 1800. Pero indicios suficientes demuestran que ya existía otro horno dos siglos antes. Ese panel anunciador se muestra muy explícito sobre la historia del antiguo horno, y argumenta que “*Para optar al arriendo del horno comunitario, los vecinos podían pujar ofreciendo dinero u otros productos.*

Un ejemplo de la cantidad eran 50 reales —para el Ayuntamiento junto con cinco cántaros de vino y veinte docenas de huevos que se consumían en la fiesta de San Ginés. En su periodo de arriendo, que duraba un año, el hornero estaba obligado a abrir todos los días el horno y a tener leña disponible, que podía recoger libremente del monte bajo del municipio—. El pago de los vecinos al hornero por sus servicios también podía ser en dinero o en especie, lo que se denominaba “pagar a mequila”. En este caso, el hornero se quedaba con un pan por cada veinte que se horneaban, o de cada 50 kilos producidos recibía tres.

(Pero) Teniendo en cuenta la singularidad de las rocas rodenas que componen los edificios del pueblo, (es lógico que el histórico y popular edificio albergue ahora) el Centro de Interpretación “Los encantos del Rodeno”. Junto a Tormón, Pozondón, Albarracín y Bezas, Rodenas forma parte del Parque Cultural de Albarracín, un espacio que incluye el Paisaje Protegido de los Pinares del Rodeno, el núcleo más importante de las areniscas serranas. Además de su valor geológico, el Parque posee interesantes valores ecológicos y etnográficos...”.

Y como en Rodenas nada está lejos, subiendo hacia el Aljibe, aparece la Casa Julianes que perteneció —como su propio nombre indica— a esta familia de rodeneses que se contaba entre los nobles y más pudientes de la localidad. Eran tan pudientes *los Julianes*, que durante todo el siglo XIX fueron los dueños del castillo del pueblo. Y en esta magna casona vivió la familia desde los mismos inicios del siglo XVIII, desde el año 1700. Se trata, por tanto, de una de las mansiones más importantes del municipio y, como es de suponer, está construida en mampostería de rodeno, cuyas esquinas se ven reforzadas con sólidas piezas doveladas. Un arco de medio punto formado por grandes dovelas, también rodenas, marca la entrada del edificio. En la fachada de la segunda planta, se abren cuatro balcones de rejería adintelados y formados por grandes sillares de rodeno. En el piso superior, se distinguen los ventanucos de una estancia en la que, probablemente, se extendiera la carne para que se secase y, también, los productos de la matanza. Como si de un zócalo se tratara,

al pie de la fachada, un poyo corrido de piedra se ofrece gentil y generoso e invita a la conversación vecinal.

Y aunque esté en la parte más alta del pueblo, el Aljibe o la Cisterna tampoco está lejos de la iglesia ni del antiguo horno comunitario. Está encaramado, en efecto, sobre una formación rocosa en las afueras de Rodenas, en la parte alta que ya linda con los altos serranos encumbrados por el nido rocoso que guarda, como si de una reliquia se tratara, los restos del antiguo castillo. No obstante, aquí, en la parte izquierda de la corriente del aljibe, tenía sus hogares buena parte de los habitantes de la localidad, pues las paredes limitadoras de las propiedades y otras que señalan dónde humeaba la chimenea, y dónde estaban las cuadras, y las zahurdas y los corrales para el ganado y dónde anidaban y se espulgaban las gallinas, diseñan un caserío ruinoso y sin dueños que lo reclamen. A mano derecha de la cisterna, se levanta un caserón, todo de mampostería y exento de ostentación, que, después de haber conocido diversos usos —el último, de palomar—, ha entrado también en tiempos de inacción y, por ende, de derrumbe.

El exterior del aljibe es una construcción adintelada, escalonada en cantería de grandes losas de piedra arenisca, que construyeron los musulmanes en el siglo X, cuando Rodenas estaba integrada en la taifa de Albaracín. Y se corona con una torrecilla circular, también de cantería, que sirve, a su vez, de ventilación para el depósito y otras dependencias que en torno a él se acomodan a los desniveles del terreno. La torrecilla está rematada por una cúpula pequeñita de hierro forjado, desde la que se ve el gran depósito recolector. Este original ingenio fue construido para encauzar el agua de la lluvia por canalillos trazados —y aún visibles— sobre los enormes bloques de arenisca que marcan el cielo abierto del monumento. Y estos canalillos depositaban su aporte fluvial en el cuenco del aljibe. “En conjunto, se trata de un edificio muy singular prácticamente único en su tipo”, leo en el panel explicativo. Por todo ello, está declarado Bien de Interés Cultural.

La Casa del Olmo tampoco puede estar lejos de cualquier lugar de Rodenas, por lo que se da casi la mano con el aljibe. Ofrece uno de los rincones más apacibles del municipio, pues marca una esquina en la parte más antigua del pueblo, tiene enfrente una amplia alameda alegrada por pajarillos cantores y, detrás, parte del despoblado rodenés y el monte de san Ginés. Es una casona-palacio del siglo XVIII a la que se accede por dos grandes puertas guardadas por sendos arcos de medio punto dovelados con trabajadas piezas de piedra arenisca. Sobre uno de los arcos, se encuadra un balcón de rejería, y sobre el más ostentoso campea el escudo familiar que, según me apunta José Antonio, es el único en las

viviendas de la localidad. Y por encima del escudo, se abren los vanos de dos ventanas, cuyos dinteles inferiores sirven de presumidos floreros.

—Estas dos puertas se corresponden con las dos partes de que consta la vivienda —informa José Antonio—. La más antigua, según la documentación estudiada por el actual dueño de la casona, que ha sido alcalde de Rodenas durante cuarenta años, se construyó en 1360, y se amplió en otra reforma posterior, en 1600. Antes de las reformas ordenadas por D. Carlos Muñoz, el dueño actual, se contaban en la Casa del Olmo saeteras de forma diferente, desigualdad que hacía referencia a las dos partes de que constaba el palacete.

—Esta vivienda —continúa nuestro *cicerone*— perteneció a la ilustre familia de los Martínez Rubio, que fue obispo de la catedral de Teruel, virrey de Nápoles a mediados del siglo XVII y, también, arzobispo de Palermo. Y se da por cierto que esta vivienda perteneció a la Orden de los Antonianos, una orden religiosa y militar fundada por san Antonio Abad. De ahí su nombre. Y una curiosidad más sobre este edificio, y se puede comprobar ahora mismo: varias de las piedras de la fachada están marcadas con la letra griega “tau”, lo que se relaciona con el arte de adivinar y con el más allá. Pero yo de esto no tengo ni idea. Y como me conformo con el más acá, así lo dejamos —cierra José Antonio. Poyos de piedra corridos por macetas olorosas recorren la angulada fachada.

También damos con la Casa rural Espigas Altas, una gran casona ubicada en un edificio del siglo XVI que, además de ofrecer comodidad garantizada y de cuidar de un sencillo y primoroso jardín, cuyas plantas dan a conocer su propio nombre con letra escrita a mano, se convierte en excelsa mirador y ofrece unas vistas extraordinarias de la amplia llanura que se extiende por el sur y el oeste de Rodenas y sólo se detiene ante una lejana montaña vestida de azul hecho por la tarde...

Ahora, con el sol casi caído, me acuerdo de las capillas de la antigua ermita de santa Catalina y las veo lozanas y jubilosas congregando la fe y la devoción de todos los rodeneses, y festivas y galanas cuando se convirtieron en ermita a finales del siglo XVII conservando su advocación. También se sentirían muy agradecidas cuando la familia de los Catalán Ocón eligió para su enterramiento la capilla de san Juan Bautista, y los Martínez Bayo la de santa Marina y los Martínez Rubio la capilla de Nuestra Señora del Rosario. Y exultantes de júbilo y también muy agradecidas, entre los repiques de los campaniles, estarían las capillas aquellas ocasiones cuando hasta ellas acudía todo el vecindario procesionalmente tres veces al año, ocasiones en que también se celebraba la misa en el venerable recinto. Hoy y ahora, sin embargo, las siento solitarias y traspuestas a las afueras del municipio, donde se reduplica

la paz y el silencio, en un solar de tapias blancas que fue usado como cementerio y en el que hoy se tuesta la hierba, crece el jaramago y se hacen arrumacos, a sus anchas, las palomas...

El castillo de Peracense: fusión de piedra, color y arte

En efecto, vestido todo él del color rojizo de rodeno, aparece colgado sobre un impresionante espolón rocoso de la Sierra Menera, junto al renombrado cerro de San Ginés, por lo que habría de darse la mano con la vecina fortaleza de Rodena de Albarracín. Y es espectacular por su estratégico emplazamiento, dominador de los valles del Jiloca y del Gallo y de amplias llanuras y vegas sin límite; por su perfecto acomodo a la morfología del terreno —quebrada y ondulada—, en que se asienta, de modo que parece emerger del imponente roquedal con el que se confunde no sólo por el color rojizo compartido, también porque el peñasco sirve de murallón defensivo inexpugnable, sin necesidad de almenas, troneras, fosos ni puentes levadizos, que también tuvo y aún hoy día se pueden cotejar. Y este aspecto defensivo de la fortaleza se completa con una muralla en ángulo recto de más de tres metros de espesor, reforzada, a su vez, por torres rectangulares por el sur y el oeste, y por el foso natural que supone el encaramamiento del castillo a cerca de 1400 metros sobre el nivel del mar.

El terreno en que se alza ya estuvo habitado por lugareños de la Edad de Bronce, hace 3.300 años, como atestiguan enigmáticas cazoletas esculpidas en las rocas, sin que aún se haya descifrado su significado, y restos de cerámica por ahí hallados. Y también anduvieron por estos elevados territorios los celtas mucho tiempo después, y otros pueblos prerromanos. Los musulmanes ocuparon estos lares entre los siglos X y XI, como informan, también, muestras de cerámica policromada; no obstante, no existe indicio alguno de su relación con la construcción de la fortaleza actual. Si se documenta, sin embargo, que este territorio fue recuperado en torno a 1168, cuando el emir de Murcia, conocido como “el Rey Lobo”, y señor, a su vez, de la taifa de Albarracín, al que pertenecía el castillo de Peracense, donó el territorio al caballero navarro Pedro Ruiz de Azagra¹⁹ (+ 1186), señor de Estella, por la ayuda prestada contra los almohades, cesión que gozó del beneplácito de los castellanos, aragoneses y navarros. De esta forma quedó integrada la fortaleza en el poderío navarro, y encajonada entre Castilla y Aragón y los señoríos de

¹⁹ Antes de 1211, fecha en que se cita por primera vez este castillo con el nombre de Peracels, la fortaleza había pasado por varios tenetes, entre ellos Pedro Ruiz de Azagra, que sería el primer señor del castillo, y se declaraba “vasallo de Santa María”, título exhibido después por la mayoría de sus descendientes. Y al tiempo, proclamaba que en la tierra no reconocía ninguna soberanía sobre él, excepto la Virgen María en el cielo. Después, varios miembros de la familia Jiménez de Urrea, de las más importantes y poderosas del reino de Aragón, gobernaron la fortaleza desde mediados del siglo XIII.

Molina de Aragón, Albaracín y la Comunidad de Daroca, época en que corrían tiempos convulsos y de inestabilidad política.

Y esta situación geográfica y tanta apetencia ajena acentúan enormemente su posición de frontera, máxime cuando los tres reinos pretendían atraerse las simpatías del nuevo señor de Albaracín²⁰. Y así se mantuvo la situación, hasta que Pedro III (1284) utilizó el castillo peracensino para la conquista del señorío de Albaracín, en poder de Pedro de Azagra, y lo recupera para su reino.

El castillo se empezaría a construir en la segunda mitad del siglo XIII, donde antes habría una construcción musulmana, pequeña y, en cualquier caso, sin la fortaleza de un baluarte. Y durante el XIV se reformó y amplió al integrarse en la Comunidad de Aldeas de Daroca, entidad administrativa que se encargó de su abastecimiento y financiación, y se convierte en uno de los puntos fuertes de la frontera con el reino de Castilla. Después de la guerra conocida como “de los dos Pedros” (1356-1369) —Pedro I de Castilla y Pedro IV, el Ceremonioso, de Aragón—, que se originó por el apresamiento de dos buques genoveses atracados en San Lúcar de Barrameda por naves aragonesas, el enclave perdió su importancia como valor estratégico y se convirtió en cárcel²¹ de la Comunidad de Aldeas de Daroca. Y con la unión de los reinos de Castilla y de Aragón que significó, entre otras muchas cosas, la desaparición del centro penitenciario, el castillo cayó en el abandono, estado en el que se mantuvo hasta la I Guerra Carlista (1830—1833), en que fue recuperado y usado como cuartel de un destacamento por las fuerzas liberales. Pero hablemos de lo de ahora, como aconseja Jorge Manrique en sus *Coplas*.

Y lo de ahora es, sencillamente, un castillo impresionante y espectacular por su enclave, por su color nacido de la piedra que le da forma y lo defiende... Por su mimetismo con el paisaje, pues la fortaleza y la roca misma que la sostiene se funden y confunden para hacerse una misma realidad forrada con el color rojizo de rodeno. Y es así porque en su

²⁰ En efecto, “Alfonso VIII, no tardó en atraer al noble (navarro), lo recibió en su Corte, lo hizo su vasallo y le otorgó posesiones en Castilla. Además, el arzobispo toledano, el nombrado Cerebruno, le apoyó en esta empresa, deseoso de ampliar su ámbito jurisdiccional con la instauración en Albaracín de un obispado sufragáneo de la Sede Primada. Por el contrario, Alfonso II de Aragón hizo cuanto pudo por anexionarse Albaracín y situarla bajo la jurisdicción eclesiástica de Zaragoza, aunque ni sus gestiones ni la intervención del Pontificado frenaron las aspiraciones de la mitra toledana, que nombró un titular para esta diócesis”. Antonio SÁNCHEZ MORA: *Pedro Rodríguez de Azagra (Zagra o Zafra). Señor de Albaracín (I)*.

²¹ Como dato cuando menos curioso, anoto las circunstancias por las que los aldeanos podían ser encarcelados en las mazmorras de este castillo, según los leo en una vitrina del museo del castillo: Si no pagaren la pecha establecida; si venden inmuebles sin la correspondiente autorización; si toman partido en banderías armadas; si dirimen sus pleitos mediante desafíos; si desobedecen a los oficiales de la Comunidad y si prestaren dinero a los concejos sin autorización superior. El museo, a la derecha según se entra en el recinto, ocupa dos salas con una sección, apoyada en fotografías antiguas del castillo, donde se explica la historia de la fortaleza y se muestran algunos de los hallazgos encontrados durante las excavaciones.

construcción se aprovechó tanto la topografía del terreno como los materiales que proporciona la zona: esta característica piedra del terreno, que goza de la protección gubernamental necesaria para evitar que desaparezca de estos contornos por desaprensivos antojos aldeanos...

Un enorme y robusto rimero de riscos rojizos parapeta la esquina sur de la fortaleza como si se tratara de un fornido torreón defensivo más, justamente donde las murallas forman un ángulo recto, cuyo vértice señala un torreón fuerte y vigoroso. Detrás, asoma la gallarda torre del homenaje que, ojo avizor, vigila las vegas del Jiloca y del Gallo. La almenada muralla se extiende hacia el norte defendida con dos torres más y saeteras distanciadas y precisas. La muralla que busca el sur, también almenada, se ve defendida por esa mole de piedra estratificada por capricho de la erosión en láminas, de las que se extraían las ruedas de molino pilas para lavaderos públicos, piedras de afilar y otras para abrevaderos y bloques de figuras geométricas disformes. A lo largo de la muralla sur, corre el insalvable foso...

Franca y sin pedir explicaciones se ofrece la puerta de acceso y trae un amplísimo espacio abierto, antiguo patio de armas, en torno al cual se distribuyen las dependencias de la fortaleza, al tiempo que deja ver armas antiguas esparcidas por el ancho del espacio, y un aljibe y salas destinadas a exposiciones itinerantes o temporales. Pero vayamos por partes: cruzamos sin detenernos el antiguo Cuerpo de Guardia para pasar a lo ancho del patio y, con la ayuda de paneles informadores damos con la “Torre del Hospital”, al fondo del patio, y con el “Aljibe principal” excavado en la misma roca. Y recorriendo el castillo por el interior, otro cartel indica el lugar concreto en que estuvo la “Cárcel”, lo que anoto en mi cartera machadiana porque, más adelante, otro cartel indica el espacio en que estuvo la “Mazmorra”, función carcelaria que habría de cambiar después por la “Bodega subterránea”, localizada, no obstante, en la planta superior. También nos detenemos en el espacio que ocuparon la “Capilla” y la “Necrópolis” en el recinto más elevado. Y como parte del castillo se dedica en la actualidad a Museo y Sala de exposiciones, las buscamos y nos detenemos también observando las numerosas armas medievales esparcidas por el interior del enorme patio, y observamos que son de la misma época, y muchas idénticas, a las que encontramos expuestas en el patio del castillo de Rubielos de Mora: catapultas diversas, un “mantelete para artillería”, a imagen y semejanza de otro del siglo XIII; un “trabuco de contrapeso” que, montado en una especie de trípode, parece un telescopio actual. Y según la cartela, este artefacto “fue inventado en el Este del Mediterráneo durante la primera mitad del siglo XII”. Su construcción se debió a “*la intensa actividad militar que se*

estaba produciendo en este territorio, donde habían confluído diferentes tradiciones militares: la de Bizancio, la musulmana y la que traían los cruzados cristianos europeos. Se había creado el caldo de cultivo necesario para que las piezas de artillería sufrieran una evolución definitiva”. Esta máquina supuso “una notable evolución respecto a las predecesoras, pues permitía disparar proyectiles más pesados, que llegaban a alcanzar la media tonelada, y a una distancia mayor”. También anoto la reproducción de un “Ariete” del siglo XV, y catapultas de diversas formas y ballestas unas más grandes y fornidas que otras.

Una segunda puerta nos conduce a otro recinto más elevado, donde también hay máquinas de asedio. Caminamos por un tramo de muralla y damos con la “Torre del Hospital”, que ofrece vistas impresionantes: el paisaje se extiende en la inmensa lejanía entre colores pardos de laderas sin cultivar, el verde de los sembrados que anuncian fruto cierto y, claro, el color rojizo del rodeno que puntea por todas partes.

Por unas escaleras más cómodas de lo esperado, subimos a la parte superior del castillo, sobrepuerta en una zona rocosa en el ángulo noreste. Es la parte noble de la fortaleza, pues ahí residía el alcaide y se alojaba la soldadesca. “La Torre del Homenaje” también se encuentra en esta parte, la más elevada del castillo y la mejor defendida de la fortaleza, pues se accedía mediante un puente levadizo de madera o, según otras opiniones, con una escalera de quitaypón. Estamos a 1400 metros de altura. Un largo muro nos lleva desde esta torre a la muralla sur, en el que hay intercalada una torre cuadrada, conocida como “del Hospital”.

Reparé también en el espacio en que estaba el “Horno de pan” y busco el familiar olor a pan calentito, recién salido del horno; y en la sala que fue “Cocina y Chimenea”, y en la espaciosa “Sala Principal” … Un letrero nos invita a pasar a la “Terraza y aljibe circular”, y leo el decir de la elocuente cartel: “*La excavación arqueológica de 1989 descubrió un ingenioso sistema de recogida de agua de lluvia en la parte más alta del castillo. Un tejado de losas sobre la sala gótica vertía hacia un canalillo central, de doble pendiente, que llenaba el aljibe rectangular, situado al este, y el de la planta redonda y cubierta de sillería, cuyas aguas sobrantes se conducían hacia otro pequeño aljibe situado en las escaleras de acceso*”. Así “*se aprovechaba al máximo la lluvia, única fuente de aprovisionamiento de agua, a falta de pozos y fuentes en el interior del castillo. La terraza servía, además, de magnífica atalaya*”, dominadora de “*un amplio territorio*” y, a su vez, “*conformaba la última defensa de la fortaleza en caso de asalto*”. Me detengo también en la “Mazmorra” y recito, de nuevo, el “Romance del prisionero”.

Pero me quedo con los paisajes de los valles del Jiloca y del Gallo desparramados por los cuatro puntos: montañas lejanas, alomadas algunas y todas vestidas de azul vagaroso, y sombríos bosques, quizá, de sabinas... También oteros o muelas y gigantescas

guarniciones de piedra rodeno que dejan profundizar gargantas en forma de abanicos, situación, precisamente, en que se encuentra el *rimero* de casas de Peracense tejiendo una imagen idílica, mientras se cuenta su propia historia en la penúltima hora de esta tarde de finales de junio bajo la copa de su milenaria encina.

